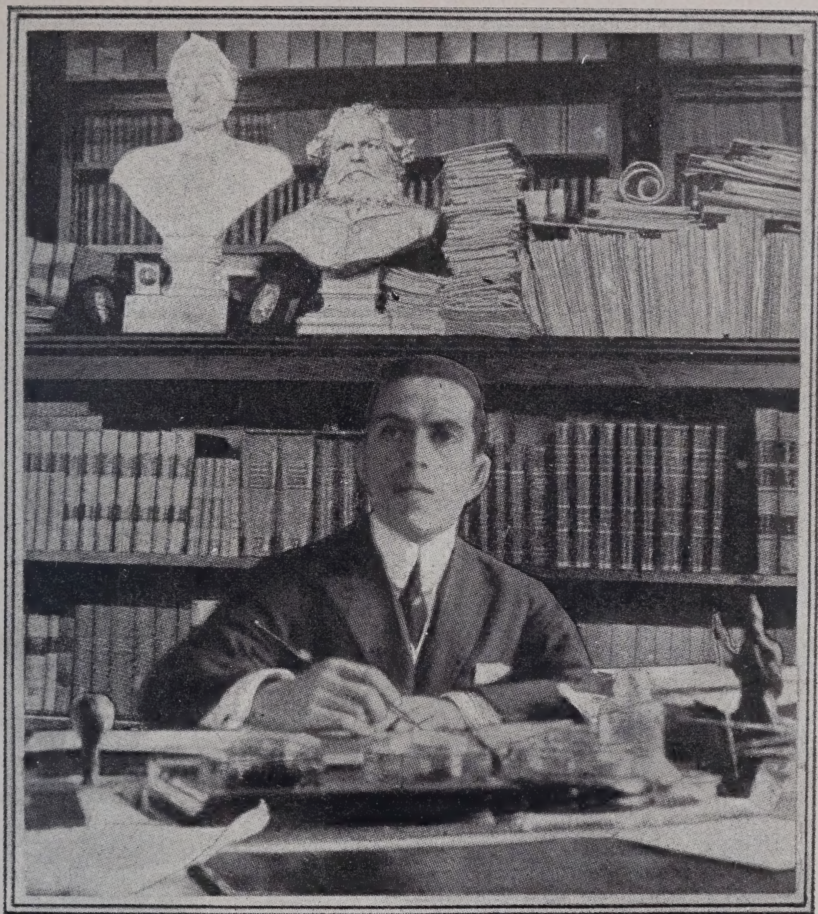
L



Retrato del autor. (año 1916)

Los pueblos que olvi-
-dan sus tradiciones llegan
a perder hasta la concien-
-cia de sus destinos.

Julián de Charras.

Obras de Julián de Charras

PUBLICADAS

POESIA.
"El Friso Heroico". (*Barcelona,* 1908). (*Agotada.*)
"La Epopeya Patria". (*Buenos Aires,* 1910).(*Agotada*).
"Soles Rojos y Lunas de Plata". (*Buenos Aires,* 1925). (*Agotada*).

PROSA.
"La Patria en marcha" (*Buenos Aires,* 1926).

NOVELAS CORTAS.
"Una Estrella en la Noche". (*Epoca romana, bajo Julio César*).
"El Camino del Ensueño". (*Francia, en el siglo XII*).
"El Lobo de Peña Negra". (*España, en la Edad Media*).
"El Hombre de la Capa Roja". (*Alemania, en el siglo XIII*).
"La Ciudad del Amor y la Muerte". (*Venecia, en el Renacimiento*).
"Marión, la Cortesana". (*París, antes de la gran guerra*).
"Le Jour de Gloire". (*Francia, durante la gran guerra*).
"El Tesoro del Pirata". (*Costas del Mediterráneo*).
"Los Parias". (*Italia, región de los Abruzzos*).
"La Noche del 13 de Agosto". (*Colonia del Cabo, Sud Africa*).
"El Hombre que vivió dos vidas". (*Epoca contemporánea*).
"El Ideal de Aurelio Montalvo" (*id.*).
"Remansos de Odio". (*id.*).
"Cuando los Muertos Vuelven". (*id.*).
"El Alma de Pierrot". (*id.*).
"Más fuerte que el Destino". (*id.*).
"En Pecado Mortal". (*id.*).
"El Ultimo Altamirano". (*id.*).
"La Novia que no vino". (*id.*).
"La Salvaje". (*id.*).

TERMINADAS É INÉDITAS

POESIA.
"Las Campanas del Mar".
"Las Tardes Grises".
"Aguas Muertas".
"Cantos de Redención y Humanidad".
"Guitarras y Nazarenas".
"La Herencia de Prometeo".

PROSA.
"A la luz de mi lámpara". (*Crítica histórica y literaria*).
"Héroes y caudillos". (*Sobre historia nacional*).
"Oraciones y Discursos".
"La Batalla de Ituzaingó". (*Monografía*).
"Sombras de la Estigia". (*Cuentos*).

JULIÁN DE CHARRAS

LA PATRIA EN MARCHA

HOMBRES

GLORIAS

IDEALES

EDITORIAL MINERVA

BUENOS AIRES - MCMXXVI

AL LECTOR

Sale a luz el presente libro en un momento de suprema amargura para mi espíritu.

La desconsideración, mejor dicho la indiferencia, que se advierte en mi país para todo lo que representa un mérito artístico o un esfuerzo intelectual en pro de elevados ideales, ha repercutido hondamente, por circunstancias que son de público dominio, sobre mi quebrantada existencia de hombre laborioso y digno.

Unicamente me sustenta la profunda fe que tengo en los grandes destinos de mi patria. Y es por eso que, sobreponiendo a mi angustia moral los sentimientos de intenso civismo que prevalecieran siempre, como pauta, en todos los actos de mi vida, quiero ofrecer a mis connacionales en esta obra una prueba más de mi amor a la tierra en que he nacido, con la seguridad de que todos los ciudadanos que llevan en su pecho, como en recóndito sagrario, las grandes virtudes y principios que constituyen el patrimonio argentino han de saber estimarla conforme al concepto que la inspira.

Algunos objetarán, indudablemente: ¿qué entiende, el autor de este libro, por patria?... Respondo.

En primer lugar, y por definición, sé que la voz *"patria"* proviene de *"patriae"*, *"patris"*, *"pater"*, que M. Tullius Cicero define así, respectivamente: *"país, lugar donde uno ha nacido"*, *"genitivo de pater"*, *"el padre"*, o bien tierra natal de los *"progenitores, mayores, antepasados, abuelos, ascendientes"*.

En segundo término, aunque con mayor importancia para mí, el vocablo *"patria"* tiene un significado más amplio que el de lugar o país de nacimiento, con respecto a su fisonomía geográfica, tipo étnico, costumbres, etc. Simboliza un conjunto de factores morales, de esfuerzos comunes, de energías voluntarias, de luchas heroicas, de timbres gloriosos, de aspiraciones dignas, de sacrificios anónimos, de tra-

diciones ejemplares, de ideales superiores, que forman el legado, la herencia, de las generaciones, — los hombres de ayer, — que laboraron en el lento y dificultoso proceso de nuestra prosperidad nacional, anteponiendo a sus intereses personales la suprema finalidad de los grandes anhelos humanos, basados en los principios de la libertad, el derecho y la justicia.

Y, como bien dice un escritor francés, (Leroux, *De la Humanidad*), *"nosotros al nacer somos no solamente la continuación, y, como suele decirse, los hijos y la posteridad de los que han vivido ya, sino en el fondo y realmente esas mismas generaciones anteriores"...*

La Patria, en el sentido más amplio de su definición clásica, no la constituyen ni la representan los individuos ni los intereses de una clase determinada, con prebendas y privilegios; ni cierto número de familias, — *"gens patriciae"*, — arrogándose derechos exclusivos sobre el dominio de las cosas, como en la primitiva organización de Roma; ni tampoco los audaces, que, por razón de circunstancias o efectos del flujo y reflujo que determinan los acontecimientos, se encaraman a las posiciones públicas y se convierten en árbitros de la situación política de un país, subordinando todo a la lógica de sus apetitos materiales y a la ofuscación de un criterio unilateral y egoista... ¡La Patria es un concepto básico, de virtudes ancestrales y de perfección moral, que persiste a través de las generaciones, sustentado por el constante ejemplo de la abnegación, el desinterés y el sacrificio, con que ciertos hombres se esfuerzan por consolidar dentro de la vida cívica de un pueblo las más saludables conquistas de la civilización y los más elevados principios de la dignidad humana!... ¡Es, por lo tanto, patrimonio de todos los ciudadanos!

¡La Patria es eso!... ¡Tradición, Virtudes, Progreso, Ideales!... Todo lo demás, lo que protocolarmente se cincela en floreos de retórica diplomática, lo que se pregona en convencionalismos corrientes, al margen de inconfesables concesiones recíprocas, lo que muchas veces se vocea en los sitios públicos, por aquellos que Voltaire denominara *"talentos de plazuela"*, para alhagar las pasiones de la multitud y obtener el logro de finalidades bastardas, toda esa artificiosa y vocinglera exterioridad, en la que hay quienes creen que puede consolidarse la idea de la patria y el sentimiento real de una nacionalidad, es mentira...

"La identidad y la conciencia de nuestra identidad es lo que constituye la esencia de la vida inmortal", dice Laurent, (Historia de la Humanidad, *"La religión del porvenir"*). Y Reynaud, en la *Enciclopedia nueva,* comenta: *"nacer no es empezar, sino cambiar de forma; nada sucede sin una razón moral que sea su causa"*.

¿Cómo, entonces, suponer que podamos desligarnos en absoluto del pasado, como lo pretenden algunos teóricos modernos, para encaminarnos al porvenir sin una luz que nos alumbre el camino?... Utopía de cerebros enfermos y espíritus ilusos, que imaginan que se puede marchar mirando a las estrellas sin el conocimiento del terreno en que se ponen los pies...

Conforme a lo expuesto, juzgo que tiene algún fundamento la publicación de este libro. En sus páginas halla cabida todo lo que es digno de un laurel. Cruzan por ellas paladines y tribunos, pensadores y poetas; héroes, todos, de estas tierras que baña el Plata y que custodian los Andes. Y al escribir sobre ellos y su gloria no ha animado a mi pluma otro móvil que una elevada razón de justicia.

Existe en la actualidad, dentro del país nuestro, una tendencia malsana, característica en los pueblos cuyo progreso económico y social se forma a base de capas de aluvión, y es la de sonreir inconscientemente, con un dejo de ironía, con mordaz escepticismo, ante todo lo que se refiere al pasado nacional, a los valores morales de nuestra historia, a nuestro camino de tradición y cultura. Los que utilizan como zancos, con descaro inaudito, las atrevidas especulaciones de ciertos sociólogos modernos, pregonan como una novedad, como una teoría avanzada, *"no tener idea alguna del amor a la patria; el patriotismo* (para ellos) *es un defecto, una debilidad"*... ¡Exactamente lo que dijera Lessing, conocido escritor alemán del siglo XVIII...!

"Cuando se olvida la patria, la nacionalidad, se corre el peligro de perderse en el panteísmo político", son las palabras de un historiador belga. Y es cierto. Tanto la prédica de Anacarsis Clootz como la de Camilo Desmoulins, con respecto a una república universal, durante la Revolución Francesa, no dejan de ser utópicas. Y lo mismo las teorías de Lamennais, Krause y Bluntschli... ¡Por lo menos hasta el presente!

Juan Jacobo Rousseau ha sido el mejor ariete contra ellos: *"desconfiad,* decía, *de esos cosmopolitas que aman a los Tártaros para excusarse de amar a sus vecinos"*. Y en otro lugar, *"es positivo que los mayores prodigios de virtud han sido llevados a cabo por amor a la patria"*...

Si con este libro consigo aportar un grano de arena a esa gran obra, de formar una "conciencia nacional", en la que están empeñados desde hace años los más eminentes ciudadanos de nuestra república, tendré la íntima y profunda satisfacción de haber cumplido con un deber.

El autor.

DEL TIEMPO HEROICO



LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN

(1810)

Al Dr. don Angel L. Sojo.

Pocas democracias, en la historia de las sociedades humanas, pueden vanagloriarse, con más legítimo orgullo que el pueblo argentino, de los hombres que levantaron el lábaro redentor y los principios doctrinarios de su independencia nacional. Hoy, a más de cien años de distancia de aquella época, cuando tendemos una mirada retrospectiva sobre el escenario soberbio en que tocárales actuar, y analizamos el espíritu de la vida contemporánea que pesaba en torno de ellos, y reconocemos los enormes obstáculos que hubieron de vencer para la realización de sus propósitos, nos asombra la calidad de la empresa que acometieron y la decisión y energía con que la llevaron a cabo; y hasta parece que una fuerza sobrenatural hubiese intervenido en la tarea, infundiéndoles ese vigor extraordinario de los antiguos héroes de la fábula.

Y lo que maravilla más aún, al contemplar aquel núcleo de pensadores y guerreros que proyectaron y llevaron a la práctica el magno plan de la independencia sudamericana, es la forma en que se identificaron sus espíritus, en común, con el dogma sagrado de la Revolución, desde el día en que voló el

grito de libertad sobre el virreinato, como envuelto en una ráfaga de gloria.

Su colaboración en la gigantesca obra, considerada sobre cierto plano y según sus aptitudes y vocación, aparece tan uniforme, tan enérgica, tan eficaz, que, salvo alguna rara excepción, se encuentra en todos ellos el mismo temple moral, análoga perseverancia, igual arrojo heroico en los instantes supremos, idénticas virtudes en la norma austera de su vida, y la misma visión patricia en el fondo de sus meditaciones y desvelos.

Todos ellos fueron aquilatados en la acción, y tuvieron la elocuencia de los oradores atenienses en la tribuna o el heroísmo lacedemonio en los campos de batalla. No necesitaban calzar el coturno clásico ni buscar el oropel que deslumbra, para elevar su talla, pues les agigantaba el noble ideal que mantenían en su pecho y su fe en la misión histórica que les incumbía desempeñar.

Laboraron sin tregua para afianzar los cimientos de una nueva nacionalidad, multiplicándose en las funciones, arrostrando las adversidades, procurándose los recursos, asimilándose a las necesidades, y sobreponiendo en todo instante los intereses de la causa que sostenían a los que se relacionaban con su bienestar y afectos personales. Lucharon, con su verba cálida y sus armas invictas, por el bien de los pueblos, por la emancipación de sus hermanos, por el derecho de los que gemían oprimidos. Tal como si hubieran arrebatado la inspiración de la libertad a los cielos, igual que el rey de los Titanidas el fuego sagrado.

Para juzgarles en conjunto no se necesita hacer ningún esfuerzo mental. Basta seguir la trayectoria del ideal revolucionario, en los días de infortunio, de indecisión o de victoria, e ir apreciando la suma de esfuerzos, los sacrificios, el desinterés, la abnegación, la osadía bélica y la lealtad de aquellos cruzados de nuestra redención. Entonces fulge el concepto espontáneo. La justicia dicta, imperativamente, nuestra gratitud. Y nos sentimos tan obligados a su memoria como los hijos al recuerdo de los padres.

¡Ellos fueron los padres de la patria!... En aquellas angustiosas horas preliminares, cuando embozados en su capa, con la huella del insomnio en los ojos y el delirio de la fiebre en el cerebro, acudían a la cita nocturna en la jabonería de

Vieytes, en la quinta de Orma o en la casa de Rodríguez Peña, la nacionalidad argentina, en gestación, fermentaba en el alma popular y aguardaba solamente a que ellos proclamaran su advenimiento y afirmasen su soberanía, para entrar a cumplir sus destinos en el concierto de los demás pueblos independientes.

Veíase cruzar, por las angostas callejuelas de la Buenos Aires colonial, a Castelli, a Paso, a Chiclana, sombríos, engolfados en una interna preocupación. Saavedra guardaba un mutismo que hacía aún más severo su continente marcial. Belgrano, con una exaltación no habitual, llevaba una palabra de aliento, por todas partes, a los que anhelaban una hora decisiva. Las juntas secretas realizábanse con frecuencia, y en ellas aparecían los rostros pálidos y reflexivos de don Martín Rodríguez, Balcarce, Darragueira, Viamonte, Irigoyen, Guido, Moreno, Díaz Vélez, Ocampo y otros. Los jóvenes *Chisperos* propagaban en los cafés y tertulias familiares sus ideas patrióticas. French recorría, animoso, el barrio del Alto, comprometiendo a los manolos para una cita que no tardaría en llegar. El Cuartel de Patricios habíase convertido en foco de conspiración... ¡Así llegó aquella memorable semana de Mayo, en la cual se presintió, por vez primera, el sol magnífico que debía, con el tiempo, inundar de luz y gloria el continente, en una floración de resplandores!

Noticias siniestras empezaron a circular. Habíalas traído a Montevideo una fragata inglesa. Según ellas el gobierno de España era solamente una sombra refugiada en Cádiz, próxima a caer en poder de los franceses victoriosos. Los ejércitos de Napoleón, entrando en Andalucía por Sierra Morena, se habían apoderado de Sevilla. La dominación española, por lo tanto, había caducado de hecho, en las colonias del Río de la Plata.

Entonces, las figuras inmortales de nuestros patricios, inadvertidas hasta ese momento en el transcurso de la vida ordinaria y relegadas a la penumbra de los conciliábulos, empiezan a adquirir un extraño movimiento en plena luz. Saavedra y Belgrano solicitan una convocatoria a Cabildo abierto, para que el pueblo decida lo que ha de hacerse; Rodríguez y Saavedra niegan al virrey Cisneros su apoyo, como jefes militares, para consolidar su autoridad, en caso de una sedición popular. Frente al Café de los Catalanes y en casa de Rodríguez Peña, sucédense las reuniones. En una de éstas, la noche del 20, son

comisionados el comandante don Martín Rodríguez y el doctor Castelli para exigir, inmediatamente, del virrey, la convocatoria, que parece querer evadirse con dilaciones. Penetran en la Fortaleza, hasta las habitaciones del mismo, a quien consiguen arrancar una concesión forzada. Al otro día el pueblo se amotina frente a la casa capitular, pidiendo a gritos la realización de un Cabildo abierto... Llegó el día 22, señalado para que se efectuase dicha asamblea. La Plaza Mayor rebalsaba de gentío. Eran las nueve de la mañana. Abierta la sesión y después de hacer uso de la palabra el obispo Lue, levantóse—por primera vez, en tal lugar y en tal actitud,—una voz vibrante que abogaba por la soberanía del pueblo y sus derechos a nombrar la autoridad que había de gobernarlo. Era Castelli, el joven y fogoso orador de la Revolución. Su tesis, fundada con erudición y valentía, pareció vacilar luego, atacada con hábil dialéctica por el fiscal Villota; pero la firme, solemne y razonada contrarréplica del doctor Paso devolvió la confianza a todos los patriotas que asistían a la deliberación. A las doce de la noche, cuando se terminó de votar y se levantó la sesión, en todos los corazones nativos el patriotismo había incendiado los sentimientos y el fervor revolucionario empezaba a iluminar las almas.

El día 23 fué de honda expectativa. La última tentativa del partido metropolitano, para conservar la autoridad del virrey, fué intentada con un subterfugio. Desde la mañana hasta el mediodía se aguardaba la publicación del bando con la deposición de Cisneros, y ello no se efectuaba. El descontento cundía en los corrillos del pueblo, con rumor amenazante. Por fin, a la entrada del sol, el pregonero hizo pública la resolución del Cabildo, por la cual cesaba el virrey en su cargo. Pero el 24 se nombró por el Cabildo una Junta de Gobierno, compuesta de cuatro vocales y presidida por el virrey, con el mando de las armas. Este fué un ardid que trajo, como consecuencia, la histórica irrupción del pueblo en los sucesos, el día glorioso de nuestra primera fecha cívica.

El 25 de mayo de 1810 es la hora sagrada en que despierta, en el pueblo argentino, la conciencia de los derechos del hombre. Parece que una voz poderosa le hubiera gritado desde las alturas: "*¡Exsurgite! ¡vitalis spiritus advenit!*"... Ya no hay vacilación en los patriotas ni en la multitud. Se obra con resolución y temeridad. Durante la noche anterior, en casa de

Rodríguez Peña, se preguntan algunos qué se hará si el virrey no quiere renunciar el nombramiento del Cabildo. Belgrano, con súbita arrogancia, y poniendo la mano sobre la empuñadura de su espada, exclama: *"¡Juro a la patria y a mis compañeros, que si mañana, a las tres de la tarde, el virrey no ha renunciado, le arrojaremos por las ventanas de la Fortaleza!"*... La reunión se conmueve. Los espíritus vibran al unísono, con igual tensión. Y el teniente don Nicolás de Vedia, adelantando un paso y señalando a otros oficiales presentes, agrega con la misma energía, al oir la promesa de Belgrano: *"¡Eso corre de nuestra cuenta!"*...

Llegado el día, llenos los alrededores del Cabildo de gente del pueblo que, bajo el cielo gris y la llovizna, divagaba en corrillos, con la honda preocupación de los últimos acontecimientos, reuniéronse los cabildantes en la Sala de Sesiones, para considerar la renuncia de Cisneros, conseguida por Saavedra y Castelli. French y Berutti, entretanto, habían distribuído cintas celestes y blancas que, unidas en lazo, servían de divisa entre la muchedumbre de la plaza, anunciando los futuros colores de la enseña nacional. Así organizado, llegóse el pueblo hasta las puertas del Cabildo, golpeando en ellas con crispados puños y clamando: *"¡El pueblo quiere saber de lo que se trata!"*...

¡Los cabildantes se miraron asombrados! ¡Hasta entonces no habían conocido a esa entidad nueva, que se les presentaba como un espectro, reclamándoles atención!... Tras varios instantes, llegó hasta ellos una diputación enviada por el pueblo. Traía una lista de nombres y manifestaba que era voluntad popular el que los citados formaran la Junta. Eran ellos: Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Larrea, Matheu, Paso y Moreno...

Tal fué el primer capítulo de la Revolución de Mayo. Sin una gota de sangre y con muchos laureles. Los actores que intervinieron en él legaron su nombre a la posteridad sin una sola mancha. Luego, después de establecida la Junta, otras figuras entran en escena. Aparecen algunas que deslumbran como el relámpago y otras que brillan serenas como una estrella en las noches del trópico. Surge Moreno, que hasta entonces poca parte había tenido en la Revolución, pero que la subordina a su genio, según expresa felizmente el general Mitre. Empiezan a señalarse los primeros guerreros, aureolados por la idea que

les sirve de cimera. Belgrano, Balcarce, Ortíz de Ocampo y otros. La nueva corre las provincias. La gente campesina siente estremecerse el rancho, al escuchar los clangores que anuncian la cruzada. Y en las noches de la patria parece que resplandece una nueva constelación, no bien determinada todavía, pero que se presiente y se concibe, como la llegada de la aurora en ese instante profundamente tenebroso que precede a su arribo.

Han pasado más de cien años, y nosotros percibimos siempre aquel punto de partida con esa idealidad y ese amor con que se sueña la visión del hogar que cobijó nuestra niñez. Más tarde el escenario se amplió. La legión patricia engrosó sus filas. Nuevos cerebros y nuevas espadas señalaron otros derroteros. Y entonces Sud América contempló la más estupenda epopeya que tuviera por teatro sus regiones. Y entonces sus volcanes, majestuosamente dormidos desde la tarde trágica de Otumba, elevaron, en una palingenesia de fuerzas cósmicas, sus formidables lenguas de fuego, como colosales teas revolucionarias.

Los altivos cóndores, allá en las cumbres andinas, apoyada la fuerte garra sobre el granito, despertaron azorados al estruendo de Chacabuco y Maipo... ¡Y vieron flamear victoriosa, entre los últimos resplandores de la tarde, la bandera inmortal de los guerreros libertadores de Sud América!... También, los rumorosos bosques salteños, sabían del centelleo del sable legendario de Güemes, cuando salía de la vaina con relampagueantes fulgores y era, entre marañas y serranías, como el rayo formidable de la redención proclamada a orillas del Plata.

¡Ah, cuán grande aparece, sobre ese fondo, nuestro primer capitán don José de San Martín, atravesando los Andes, envuelto en su obscuro capote y meditando la liberación de Chile y el Perú, después de haber redimido a su patria!... ¡O bien, al fulgor de la batalla de Maipo, quemando, lo mismo que César en Farsalia, los papeles reveladores de la traición, encontrados en las maletas de Osorio!... ¡O sino desterrándose a un ostracismo voluntario, luego de conocer las ambiciones de Bolívar, para no ensangrentar su espada en una guerra de rivalidad y miras encubiertas!

¡Y cuán heroico se nos presenta el denodado Lavalle, haciendo retemblar los llanos de Río Bamba con el tropel de

sus valientes "Granaderos", cuyos sables se iluminaban con sagrados destellos en la suprema invocación del heroísmo!

¡Y cuán noble la estampa militar del general Las Heras, — nuestro Xenofonte — cuyo espíritu, igual que el de los guerreros antiguos, sabía elevarse en medio de la derrota; y que con clarividencia genial, en la infausta noche de Cancha Rayada, toma en sus manos la enseña redentora y rodeado de sus bravos se retira entre las sombras, para conservar y ofrecer a San Martín una guardia heroica, cuando ya las ráfagas frías del desamparo empezaban a soplar sobre la antorcha de la libertad!

¡Salve, Revolución de Mayo!... ¡Tus hombres fueron paladines de un ideal que arde perpetuamente en todos los espíritus dignos, como la llama simbólica de los altares paganos!... ¡Y por eso, la visión blanca y celeste de tu bandera lucirá siempre, como un astro de esperanza, en las nostalgias tristes de los pueblos oprimidos!

LA CONJURACION DE ALZAGA

Aun cuando la revolución de Mayo, como dice Mitre, "fué una transición pacífica, de un estado en cierto modo artificial a un estado normal", no por eso la esperanza de una reacción contra la nueva situación creada habíase extinguido en el ánimo de los españoles residentes en Buenos Aires. La efervescencia patriota de los primeros momentos, las prudentes medidas tomadas luego por la Junta, y otras circunstancias de esas que son consecuencia de un brusco cambio de régimen político, habían paralizado toda acción en los peninsulares, aunque su antagonismo con los nativos, no encubierto, dejaba entrever el odio latente en los espíritus.

La idea de una contrarrevolución trabajaba, sin embargo, la mente de algunos realistas más resueltos. Y ya en los últimos meses del año 1811, mientras el Triunvirato iniciaba su labor, tratando de remediar los últimos desastres de los patriotas en el Alto Perú, empezó a tramarse una conspiración sumamente sigilosa, que fué adquiriendo cada vez más vastas proporciones, hasta que en los primeros meses del año 12 había alcanzado el máximo de fortaleza y poder suficiente para que el triunfo se descontase de antemano.

Todo estaba listo—

Aguardábase únicamente la ocasión propicia para el estallido. El jefe que debía encabezar el movimiento era el exalcalde de primer voto don Martín de Alzaga, alma de la cons-

piración y carácter enérgico, bien probado en días de responsabilidad y peligros.

Por aquel entonces, la oportunidad ansiada por los conjurados hubo de presentarse. Peligros inmediatos, que ponían en riesgo la suerte de la revolución, comenzaron a preocupar la atención del gobierno. Por una parte, el ejército realista de Goyeneche, vencedor en Huaquí y Sipe-Sipe, había incendiado a Cochabamba y avanzaba triunfante hacia Salta, desde el Alto Perú; por otra, la escuadrilla española, reforzada, seguía dominando los ríos, y el ejército portugués continuaba constituyendo una amenaza en sus posiciones sobre el Uruguay. Los elementos de guerra estaban concentrados en Montevideo; y la ciudad, mal guarnecida y sin armas, era una presa fácil para cualquier sedición organizada y bien dirigida.

En vista de esto, se decidió por los conjurados que la contrarrevolución estallara a fines de Junio, Algunos inconvenientes hicieron aplazar la fecha para el 5 de Julio, aniversario de la defensa de Buenos Aires en 1807.

La denuncia del negro Ventura—

A pesar del secreto absoluto en que se mantenían todos los trabajos del "complot", un rumor persistente, vago, indefinido, como todos los que preceden a la mayoría de los graves acontecimientos, empezó a circular por la ciudad intranquila.

El doctor Pedro José Agrelo, en su autobiografía, narra con sombríos colores el desarrollo de aquellos sucesos.

"Hacia cuatro días, dice, el 2 de Julio por la mañana, que estaba sin abrirse sobre la mesa del gobierno, un pliego dirigido por el alcalde ordinario de segundo voto don José Pereyra Lucena, trasmitiendo unas noticias tomadas ya judicialmente por un alcalde del barrio de Barracas, en virtud de una denuncia formal que le había hecho un negro, a quien había hablado para el efecto el capataz que don Martín de Alzaga tenía en su quinta en aquel destino."

Tal era la ignorancia en que vivía el gobierno, de lo que se tramaba, que, a pesar de los rumores que cundían, de la manifiesta osadía con que se repartían las proclamas excitando al pueblo contra las autoridades, y aun de cierta revelación que en modo reticente y diplomático hiciera el coronel don Juan

Rademaker, enviado del príncipe regente de Portugal, a Pueyrredón, ninguna alarma evidenciábase en su seno.

El 2 de julio llegó personalmente hasta el gobierno una mujer gallega, (1) que decía querer comunicar un grave asunto que ponía en peligro la vida de todos los habitantes de Buenos Aires. Escuchada, refirió con sobresalto que en esa misma noche una conspiración realista llevaría a cabo horribles represalias en los patriotas, para lo que ya había grupos armados que esperaban la hora señalada. Entre los conjurados figuraba un yerno de la noble mujer, que en cambio de su servicio a la causa revolucionaria solicitaba se respetara la vida de su pariente, lo que se prometió y cumplió.

A raíz de esta denuncia, el gobierno tomó resoluciones inmediatas, y acto continuo empezaron las prisiones y los sumarios. Se abrió el pliego del alcalde Pereyra Lucena, viéndose que tenía relación con el asunto. Y los sindicados por la delación del negro Ventura como principales cabecillas del complot fueron prendidos en seguida, con la energía y prontitud que las circunstancias reclamaban.

Justicia rápida.—

Don Feliciano Chiclana, don Miguel Irigoyen, don Bernardo Monteagudo, don Hipólito Vieytes, se constituyeron en tribunal, actuando de fiscal el doctor Agrelo. Alzaga había desaparecido, y, al írsele a buscar a su casa, se supo que no iba a ella desde hacía ocho días. La quinta de Alzaga quedaba en Barracas, donde hoy cruza la avenida Montes de Oca, y sus fondos llegaban hasta los juncales del río.

A las 12 de la noche ya se había dictado sentencia y puesto en capilla a los conspiradores detenidos. Don Martín de Alzaga, a quien todas las declaraciones señalaban como el autor principal del movimiento sofocado, fué condenado a muerte, en rebeldía, para ejecutársele cuando fuese habido. Don Matías de Cámara, yerno suyo, y nu tal de la Torre, comerciante, y el capataz de Alzaga, fueron ejecutados y puestos en la horca a las 11 de la mañana, del día siguiente (3 de julio de 1812).

Con justicia tan rigurosa y rápida los conjurados quedaron anonadados en su plan. "Aislado cada uno en su casa, dice

(1) Isabel Torreiro, casada con el empleado en rentas, americano, don Francisco Guerreros.

el doctor Agrelo, sin saber lo que pasaba en la ciudad, ni poder salir sin exponerse a ser muertos o conducidos a las prisiones por las partidas voluntarias de patriotas que cruzaban en tumulto todas las calles", no se atrevieron a nada, pues la alarma general había despertado el furor del populacho contra los peninsulares.

Propósitos de los conjurados.—

Son curiosos el plan, los medios y los propósitos de la conspiración. En la primera declaración tomada por el tribunal, se lee lo siguiente:

Que ellos, los europeos, no podían sufrir más tiempo gobernados por los pillos criollos.

Que tenían dispuesta una conspiración para quitarles el gobierno y hacerse dueños de la ciudad.

Que no habían de quedar en ella criollos, mulatos, indios, ni negros, sino solamente españoles.

Que todos habían de ser mandados a España para que sirviesen contra los franceses, y que si se atrevían a disparar un solo tiro, habían de ser pasados todos a cuchillo desde la edad de siete años.

Que ya tenían formada una compañía, y nombrado oficiales, sargentos y cabos. Que los veteranos viejos eran todos suyos. Que aquel lugar de Barracas era todo de ellos; pues allí no había criollos sino europeos. Que podían entrarse en la ciudad cuando quisieran, y lo harían dentro de pocos días.

Que ya tenían comprado a los veteranos de Barracas el santo y seña. Que vendrían en partidas por la noche, y quitarían las armas a las patrullas que encontrasen. Que en seguida entrarían al cuartel de artillería, que ya tenían comprado y sacarían armas. Que después harían lo mismo en el cuartel de Arribeños, aunque no estaba comprado. Que otros entrarían por la costa de San Isidro y Pólvora de Cueli, que estaba comprada. Que sacarían de su casa al sargento mayor de plaza y le harían abrir la puerta del Fuerte, y por la puerta de Socorro entrarían trescientos hombres, que de no entrar sitiarían al fuerte, rindiéndolo por hambre. Que en seguida se haría la señal con tres cohetes para que vinieran los barcos españoles a cargar con la gente, y se mandarían partidas a la campaña, para que nadie escapase...

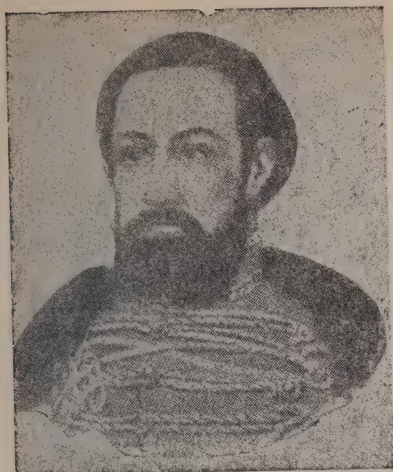
Si se añade que se contaba con 10.000 paisanos y con 500 hombres de desembarco de la escuadrilla realista, el apoyo del ejército portugués que estaba en el Uruguay y un jefe tan animoso y sereno como Alzaga, puede creerse que la conspiración tenía base y elementos como para haber realizado lo que proyectaba, y que era, "en caso de resistencia, no dejar vivo ningún americano de siete años arriba, y en todo caso exterminar a la mayor parte de los hijos del país."

Muerte de Alzaga.—

Alzaga, tratando de ocultarse y escapar a la muerte envió a llamar a su amigo Calvo, cura de la Concepción, quien lo llevó como a lugar más seguro a una casa situada en la vecindad de la Casa de Ejercicios, donde residía doña Rosa Piñeiro. Esto fué en la noche del 2 al 3 de julio, cuando la alarma en que el gobierno había hecho tomar las medidas anteriormente expuestas.

En conocimiento el tribunal del paradero de Alzaga, hízole prender por el ayudante don Floro Zamudio, a la una de la mañana; siendo llevado a "la cuna", donde se detenía a los presos. Rehusó defenderse, aunque negó todo y manifestó ser inocente del delito que se le imputaba. Tres horas después era puesto en capilla. En la madrugada del día 6 se le llevó a la cárcel, donde fué fusilado, y más tarde su cadáver era expuesto al vecindario colgado en la horca levantada en la plaza de la Victoria...

El día 12, fué ejecutado y colgado, igualmente, su colaborador, el fraile borbón fray José de las Animas, y como corolario de aquel fracasado complot continuaron las ejecuciones hasta el número de treinta y ocho, realizándose así un enérgico escarmiento contra los que intentaban dar un golpe mortal a la revolución.



General D. Martín Miguel de Güemes

LOS GAUCHOS DE GÜEMES

I

Corría el año 1816. *"Algunos patriotas,*—dice el general Mitre, resumiendo en un conciso párrafo aquel álgido período,—*llegaron a desesperar de los destinos de la Revolución. Unos creyeron que las Provincias Argentinas no tenían fuerzas propias para triunfar de España, y buscaron por la diplomacia el concurso directo de naciones extrañas. Otros se persuadieron de que ellos no tenían elementos de propio gobierno y buscaron la salvación en la monarquía, con el concurso de las grandes potencias sin excluir el de España, sobre la base de la independencia garantida."* También la idea de una restauración incaica alucinó a muchos cerebros y fué propagada con pasión por personajes ilustres. En este estado de cosas, el congreso reunido en San Miguel del Tucumán declaró que era voluntad unánime de los pueblos allí representados el constituir una nación libre e independiente de la monarquía española. Fué un gesto viril; fué como izar la bandera, mientras la nave se hundía... Porque efectivamente, la Revolución estaba a pique de naufragar.

En el interior era el caos. Las provincias habíanse dividido en tendencias opuestas y antagonismos pronunciados. Y la anarquía empezaba a centellear en el trágico estandarte de las montoneras.

Interin, el enemigo triunfaba en todas partes. Las fuerzas patriotas, derrotadas en Vilcapujio y Ayohuma, acababan de emprender la retirada funeral de Sipe-Sipe. Chile, impotente para independizarse sin auxilios, había quedado en poder de las tropas del rey.

La Banda Oriental era invadida por los portugueses. Venezuela y Nueva Granada yacían sometidas, tras infausto esfuerzo. México era presa del virrey Apodaca. Fernando VII, restablecido en el trono de España, preparaba una poderosa expedición al Río de la Plata, bajo el mando del conde de La Bisbal, con el fin de restaurar su dominio en las colonias. Y por el Norte, desde el Alto Perú, marcial, imponente, formidable, avanzaba una ola de tropas aguerridas que venían de vencer en la Península a los soberbios ejércitos napoleónicos: batallones de Gerona y Extremadura, Dragones de la Unión, Húsares de Fernando VII, cuya aureola de triunfos y tradiciones épicas parecía iluminar al Nuevo Mundo con inusitados fulgores.

El ejército auxiliar del Perú, quebrantado por los reveses, relajado en su moral por la inacción y el abandono del gobierno, débil en relación al enemigo, no era valla para detenerle. San Martín, en Cuyo, cuidaba sus tropas como la única base del triunfo, pero tampoco podía dejar abiertos los pasos de la cordillera sin el peligro de que la travesía de los Andes se realizara a la inversa por las fuerzas realistas de Chile.

¿Qué dique podían oponer las Provincias Unidas, desgarradas en sus entrañas, a aquel torrente que penetrando por el valle de Humahuaca amenazaba inundar todo el territorio, llegando hasta las calles de Buenos Aires?

II

...Gauchos, nada más.

Sin otra táctica que una perspicacia ingénita, y la práctica del terreno en que operaban.

Sin más armas que una tercerola, un cuchillo enastado en un gajo del monte, o un sable arrebatado al enemigo... Y a veces el lazo... O las boleadoras... Y también el pesado rebenque, con la lonja enrollada al puño y utilizado como maza, en el desesperado trance...

¡Esa fué la muralla que salvó a la Revolución de Mayo, y con ella a la independencia de Sud América!

¡Ese fué el baluarte inexpugnable de nuestro destino!

III

¡Los gauchos de Güemes!...

Eran, en la intrincada serranía y en la selva enmarañada, el espectro terrible de la tierra hostil.

Atacaban por sorpresa al enemigo, en impetuosa racha destructora, o lo fusilaban a discreción con invisibles guerrillas.

Singulares, — fantásticos, — con sus guardamontes como alas de murciélagos, aparecían y desaparecían, veloces, por los claros de los bosques o las sinuosas quebradas, sembrando la muerte y el espanto en las filas del invasor.

Sus caballos, tan intuitivos como los dueños, parecían secundarles en los chispazos de la epopeya, buscando, con maravilloso instinto, la senda salvadora entre montes y barrancos, el vado de los arroyos o la salida de las cañadas.

IV

Era su jefe, y ejercía sobre ellos el mando con extraño influjo, un hombre de singular apostura, bizarro en el ademán, elocuente en la frase: don Martín Miguel de Güemes, cuyo nombre repercutía épicamente en las poblaciones del Norte.

Montaba siempre un fogoso "zaino negro"; vestía chaqueta azul, de húsar, con alamares y vueltas de piel; gorra de cuartel con manga caída, pantalón mameluco, y al cinto portaba un sable corto, pendiente de tiros con galones de oro.

La barba y melena, renegridas, prestábanle, con el rostro ligeramente trigueño, cierto simil a los guerreros árabes. Usaba guardamontes lujosos, con finos bordados. Solía variar de uniforme, en gala fantástica. Arengaba a sus fieles con tal entusiasmo y patriotismo, que los gauchos, inflamados por sus palabras, sentíanse capaces de pelear hasta con el diablo.

Gaucho también, por afinidad sentimental con el espíritu

nativo y por sus aptitudes características. Pero jefe gaucho de noble cuna y modalidades de hidalgo, de abnegado patriotismo y talento superior. Gaucho por su idiosincracia, plena de regionalismo, que le hacía preferir el comando de aquellos obscuros héroes a ir a sentarse — grande de España — con manto de armiño en los hombros, ante el trono del Rey, en los ceremoniales solemnes. Caudillo de marcial y romancesca figura, como para encarnar a uno de los legendarios barones de la Tabla Redonda; y noble apóstol y paladín, digno de haber defendido con Leonidas, en los tiempos antiguos, aquel trágico desfiladero de las Termópilas.

V

Los "*Dragones Infernales*" eran gauchos uniformados con chaqueta y chiripá rojos.

Los creó Güemes en contraposición a los "*Angélicos*" realistas del cura de Yaví.

Y los venció con ellos el 24 de septiembre de 1816, en Santa Victoria.

Usaban, en el chambergo negro, una pluma blanca de avestruz.

Los demás gauchos llevábanla también, simbolizando con ella su lealtad a Güemes.

Cuando no la tenían colocaban en su lugar una flor de cortadera.

Esa pluma blanca fué más allá de su reinado agreste.

Entró en los salones, consagrada emblema.

La madre del general Güemes, en un baile en honor del general Belgrano, bailó el primer minué ostentando la blanca pluma en su peinado...

IV

¡Aquella guerra extraordinaria fué un remolino de gloria!

¡La patria contrajo con los humildes gauchos una sagrada deuda de gratitud!

...Y los invasores, destrozados y vencidos, emprendieron

la retirada; acosados en sus flancos por las partidas volantes; con la obsesión perpetua del ímpetu surgente de la maraña y del fatal lazo serpentino sobre sus cabezas.

... ...

Cumplióse la profecía que en una mañana del tiempo heroico, hiciera el general español Valdéz, al entrar en tierras de Salta con sus tropas y ver a un muchacho de muy pocos años saltar en pelo sobre su caballo, para llevar el aviso de la invasión a los patriotas ocultos en el bosque: — *"¡A este pueblo no lo conquistaremos jamás!"*...

VII

¡Así sucede en la vida de los pueblos!...

Hay días en que todo el porvenir de una nación depende del esfuerzo y la integridad de un determinado número de héroes anónimos.

Días en que se nubla el horizonte, arrecian las adversidades, el desconcierto íntimo se acentúa y la misma noción del momento se extravía en el cerebro.

¡Estos son los grandes instantes!

El fuego encendido en las aras del ideal doctrinario sufre aciagas vacilaciones y el alma teme hasta la ráfaga traidora que se anuncia.

...Entonces, surge un núcleo de hombres, hasta ese momento inadvertido. Fuerza aislada, que la trama de los sucesos empuja, circunstancialmente, en escena, hasta el primer término.

¡Visión de aliento que aparece, como el fantasma de Maratón, en el punto más reñido y en el momento más culminante de la contienda!

¡Conjunto de siluetas predestinadas a la inmortalidad, que emergen del fondo nebuloso, entre la brega confusa, y cuyos rasgos y perfiles no pueden precisarse sino cuando el tiempo ha serenado el curso de la vida y los grandes acontecimientos de la historia empiezan a irradiar en la noche del pasado!

EL MARQUES DE YAVÍ

"Mártir grotesco de una gran causa, a la que, sin embargo, sirvió de todo corazón y por la cual se sacrificó."—B. Mitre.—"Historia de Belgrano".

Hay personajes de segundo término, en el escenario de todas las grandes revoluciones sociales y políticas, que por carecer de ciertas condiciones y aptitudes necesarias para compenetrarse de su verdadero rol y obrar, de acuerdo con él, a la altura de las circunstancias, suelen poner una nota cómica en el drama y legar su memoria a la posteridad, acompañada, irónicamente, por el polichinela del ridículo.

Y, sin embargo, tales seres, examinados detenidamente y estudiados en su espíritu, móviles y propósitos, no son despreciables, como a primera vista parecen. Cometieron el error de actuar según su obscuro criterio de alucinados, y fueron víctimas expiatorias de tal falta. Pero no hay que negarles la generosidad en los sentimientos, el sincero amor a la causa, el desinterés en la consagración de su persona. Quizá, colocados en un terreno distinto de aquel en que operaron y subordinados a una inteligente dirección, hubieran sido más útiles, más eficaces y más dignos colaboradores.

La historia de la independencia argentina tiene en sus páginas algunas de esas figuras grotescas, de vida efímera, que ostentan relieve un instante y luego se desvanecen en la sombra y el olvido. Una de ellas, por el carácter de las que diseñamos más arriba, es la que vamos a bosquejar en los renglones que siguen.

... ...

Don Juan José Fernández Campero, Maturana del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, Marqués del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo, comandante general de la Puna y coronel mayor del primer regimiento peruano, era un noble de abolengo español, pero nacido en América, y que tenía extensas posesiones en las fronteras del Alto Perú, que iban hasta Yaví y Tarija. Gente de labranza y peonada numerosa vivía y cuidaba los ganados en sus dominios. Como señor de aquellos feudos, su popularidad iba en zaga con su riqueza, y los habitantes de aquella dilatada comarca tenían por qué, directa o indirectamente, mencionar en sus conversaciones a tal personaje, llamado comúnmente *el marqués de Yaví.*

Cuando el clarín de la Revolución hizo vibrar sus primeras notas en las distantes serranías de Salta y Jujuy, proclamando la independencia de Sud América, aquel buen marqués sintió interrumpidos sus hábitos pacíficos de aristócrata colonial por una repentina vislumbre de la gloria. Como si estuviera llamado a ser un prócer, creyóse inspirado de improviso. Sin preocuparse de que su persona, obesa y excesivamente sedentaria, no era apta para los arreos militares y la penosa vida de campaña, púsose en práctica al primer impulso de su ánimo, apoyando con sus recursos la causa de la Revolución. No hay que negar que prestó muy buenos servicios en esa forma.

Pero, después de la derrota del general Rondeau en Sipe-Sipe, el buen marqués de Yaví, sin ninguna preparación militar, ni siquiera la elemental disposición para comandar una tropa, levantó con su dinero una numerosa fuerza, a la que denominó *Primer Regimiento Peruano.* Para exornarse a sí mismo, nombróse coronel mayor. Luego ofreció a Güemes el ponerse a sus órdenes, lo que éste aceptó.

Creyéndose un genio de la estrategia, pasaba el marqués las noches en vela, combinando marchas y contramarchas sobre los planos, cuyos efectos recaían al siguiente día sobre el regimiento, que iba, venía, cruzaba un río, se internaba en las sierras, bajaba a la planicie, y todo sin más razón que la creencia íntima del marqués en sus singulares dotes de hombre militar.

Estableció su cuartel general en Casabindo, lugar situado en el mismo centro de sus posesiones, y allí, como desde su iniciación en la tarea, continuó abrumando a los soldados del

regimiento con bandos, proclamas y órdenes del día, firmadas con una serie de nombres y títulos que no lograban agigantar su personalidad.

Se decía que para costear sus gastos contaba con un tesoro oculto, heredado de sus antepasados.

Algunos ligeros éxitos, conseguidos por núcleos de sus tropas, sostenidas con partidas de gauchos e "infernales" de Güemes, envanecieron al buen señor y se imaginó un nuevo Alejandro el Grande, por lo que avanzó su campamento hasta Miraflores. Coincidiendo con este movimiento una deliberada retirada del enemigo que ocupaba el pueblo de Yaví, el marqués entró en este pueblo al frente de 500 fusileros, gauchos e "infernales", y precedido de 100 hombres armados con chuzos.

Esto era el 14 de noviembre. Fué una entrada triunfal en pequeño. Tuvo sus respectivos vítores y festejos. Las tropas entregáronse al saqueo de los equipajes abandonados por el enemigo.

Al otro día, muy de mañana, encontrábase el marqués de Yaví oyendo misa en su campamento. Algunos soldados habían salido a las afueras del pueblo a juntar leña. De pronto, uno de ellos llega fatigado por la carrera, anunciando que el enemigo avanza. Casi al mismo tiempo aparecen las primeras guerrillas, haciendo fuego. Cunde el pánico. Algunos grupos resisten. otros disparan. El enemigo pasa a cuchillo a los que no se rinden.

Sale el marqués, corriendo, al sentir el tumulto, en el instante en que uno de los oficiales de Güemes—don Bonifacio Ruíz de los Llanos—cruza la plaza a la carrera, en un caballo flaco. Tal vez, entonces, reconoció el marqués que él no había nacido para tales averías, y con rostro compungido, clamó al oficial:

—"*¡Ruíz! ¿qué haré? ¡favoréceme!*"

El generoso Ruíz de los Llanos dió el caballo al marqués, pero para que su voluminosa persona pudiera subir al jamelgo tuvo que hacer no pocos esfuerzos.

—"*Lo mejor es que trate de reunir la tropa.*"—aconsejó el oficial.

Mas el marqués, que sentía los gritos de: "*¡Nos cortan por la zanja!*", que daban los soldados, viendo una columna que venía por la izquierda, salió al trote de su rocinante, sin cui-

darse de Ruíz de los Llanos, que debió correr tras él y saltar en ancas para también salvarse.

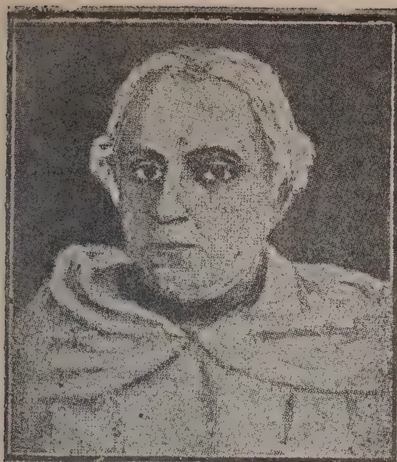
El marqués de Yaví no se cuidaba ya de sus actitudes cómicas, ni de su grado militar, sino de su pellejo. Veía los sables de los godos pasando por su cuello la hoja filosa o cayendo de hacha sobre su cabeza. Pero, maturrango, apenas podía sostenerse sobre el caballo y deteníale a cada rato, con riesgo de su grave persona. La huída así era imposible.

Lo comprendió el noble oficial. Bajó de las ancas del animal y tomó una mula ensillada, que andaba suelta, la cual dió al marqués. A éste se habían reunido solamente cuatro hombres de toda la tropa, y eran perseguidos, encarnizadamente, por siete jinetes españoles. El marqués cayó de su montura, por varias veces, siendo levantado por sus compañeros y colocado como una bolsa sobre la mula, encima de la cual su figura causaba risa y lástima.

En esta forma llegaron a una zanja. Los que guiaban saltaron sobre ella y siguieron su fuga. El marqués únicamente no se atrevió a dar el salto. A los gritos de sus compañeros, y cuando ya los perseguidores estaban casi encima, se resolvió a saltar y saltó... Infelizmente, tampoco era saltarín el buen marqués, y su persona fué a caer, de espaldas, en medio de la zanja. Incorporábase, lleno de lodo y atribulado, cuando los enemigos llegaban, intimándole rendición... Entonces pareció que en el supremo instante, aquel marqués fantoche se iba a convertir en un héroe. Su mirada se animó con fulgor súbito. Echó hacia adelante su pie derecho, levantó resueltamente la cabeza y metió mano a su espada, desenvainándola... Y cuando ya los contrarios esperaban la acometida desesperada y el arrogante gesto del señor marqués de Yaví, coronel mayor del Primer Regimiento Peruano, éste, tomando la espada por la punta de la hoja y entregándola a un oficial enemigo, exclamó con un suspiro de alivio:

—"*¡Estoy rendido!...*"

De tal suerte terminó su carrera el desdichado marqués de Yaví. Prisionero, se le sometió a un consejo de guerra por el enemigo,y al ser conducido a España, en un vapor, murió en el camino. Bien pudo decir, también en su postrer instante: *Acta est fabula...* ¡frase con que terminaban en la Roma antigua los espectáculos teatrales!



Fray Justo de Santa María de Oro, diputado por San Juan, insigne sostenedor del régimen republicano.

EL CONGRESO DE TUCUMÁN

"Cuando la esperanza desaparece del corazón de los hombres, ha dicho un pensador francés, *vuelve a surgir de lo más hondo de la tierra"*. En la historia de nuestra independencia aquella extinción se llama 29 de noviembre de 1815 y la resurreción 9 de julio de 1816.

En realidad, el Congreso de Tucumán fué providencial; sin su proclama la Revolución hubiera carecido de la fuerza moral suficiente para reconquistar el terreno perdido. Los gobiernos ensayados por los patriotas habíanse sucedido sin que ningún prestigio los acompañara. Parecían tentativas fracasadas. Ejecutivos todos ellos, solo habían previsto las emergencias y atendido a las necesidades y peligros inmediatos, sin que ninguna ley, ningún plan, que encauzara las fuerzas vivas y latentes del país contra el enemigo exterior, ni tampoco que remediara el conflicto interno, quedara como rastro de su paso por el poder.

Allí, en esa sala histórica, oculta en el seno del *"Jardín de la República"* y rodeada por las frondosas arboledas del Tucumán colonial, sala que hoy invita al viajero argentino al recogimiento y a la evocación de otros tiempos gloriosos, reuniéronse aquel día memorable, aquel 9 de julio de 1816, grabado con cifras de oro en nuestros anales históricos, los Represen-

tantes elegidos por los pueblos de las Provincias Unidas, para declarar solemnemente, ante el mundo, que era *"voluntad unánime e indubitable de esas Provincias, romper los violentos vínculos que las ligan a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli."*

Don Pablo Groussac, en su *"Ensayo histórico sobre Tucumán"*, pretendió restarle importancia a aquel acto, con erróneo criterio, juzgando que con él los congresales *no hicieron sino consagrar por escrito un hecho ha tiempo consumado.* Tal opinión la contradice la magistral pluma de don Nicolás Avellaneda. Merecen citarse estos párrafos de su crítica: *"Esa declaración,* dice en ella, refiriéndose al acto de la independencia, *era necesaria en aquellos días de contrastes tan reiterados y de abatimientos profundos para los espíritus; así opinaban los hombres de acción como Pueyrredón y los hombres de guerra como San Martín y Belgrano, y la promovieron con reclamo urgente. Ella disipó hasta la alegría de los vencedores, dejándolos reflexivos y consternados, sin que sea necesario invocar otro testimonio que el de sus propios historiadores. Léase a Torrente."*

"Parece una ley humana. Una situación no se halla suficientemente caracterizada mientras no han sido expresados por la palabra los hechos que la constituyen. Se ejecuta el acto y tarda en pronunciarse el nombre en que debe ser anunciado al mundo, no es el "Rubicon atravesado" sino el "Alea jacta est" de César, el supremo esfuerzo de la voluntad humana."

El mismo doctor Avellaneda, en un fragmento suyo sobre el Congreso de Tucumán, dice con igual elocuencia:

"La declaración de la independencia, acto del más sublime y heroico patriotismo, contribuyó poderosamente en aquellos días infaustos de la Revolución a hacerla irrevocable e invencible, no dejando otra alternativa sino la libertad o la muerte. ¿Quién podía desconocer que con aquella mágica palabra los pensadores argentinos desataron las fuerzas sociales para ponerlas al servicio de las ideas revolucionarias? Hemos quemado como Hernán Cortés las naves, y no tenemos otra salvación sino la victoria, *decía la Comisión Gubernativa de Buenos Aires, respondiendo al pronunciamiento del Congreso."*

Tal fué la realidad. Estudiando la faz preliminar del congreso, es digna de considerarse la gran fuerza moral que debió animar a los Representantes que lo formaron, cuando pre-

cisamente en esos días era más sombrío que nunca el horizonte de la Revolución, y las armas patriotas, desalentadas por la derrota, parecían impotentes para contener el avance de los vencedores. No compartimos por esa razón, a pesar del gran respeto que nos merece, la opinión del historiador don Bartolomé Mitre, cuando refiriéndose al Congreso de Tucumán lo define como *"producto del cansancio más bien que de la fe"*. Creemos, por el contrario, que únicamente la fe en los destinos de la Revolución y en la idea redentora que entrañaba, pudo reunir y dar cohesión a aquel bloque de ciudadanos, tan semejantes por la elevación de su espíritu, como distintos en sus ideas de gobierno y de política.

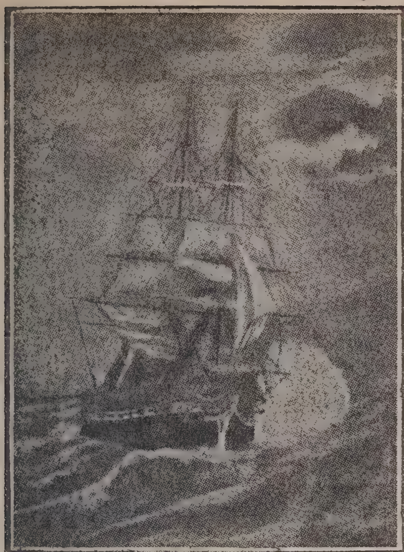
Los representantes del año 16, aunque llenos de vacilaciones en sus primeros debates, aunque sin ascendiente en la opinión pública, adversa en su mayoría, pues el primer mes de sesiones acusaba desorientación y pérdida de tiempo en discusiones estériles sobre cuestiones secundarias, sentían, sin embargo, sobre su conciencia la mayor responsabilidad que puede tener una asamblea ante la historia: la de constituir una nación independiente y libre.

Y jamás, en circunstancias tan desfavorables, un Congreso se ha puesto de pie para proclamar esa fórmula de soberanía nacional. El acta de nuestra independencia es un relámpago de gloria que ilumina el caos de la anarquía interna, con todos los elementos políticos en pugna. Los diputados de las Provincias Unidas, influenciados por la palabra de Belgrano y por las cartas de San Martín, al resolver su actitud en la sesión del 9 de julio, declarando la independencia del país, revelan una voluntad titánica que los consagra de una naturaleza superior a la época. El voto de todos fué unánime aquel día solemne. Y por boca de ellos hablaban los pueblos.

Entre tanto, aquel mismo anhelo de independencia, latente en el alma de las multitudes argentinas era explotado, como un medio para sus fines, por el caudillaje que hacía de la idea separatista el estandarte bélico de sus ambiciones bastardas.

El acta del Congreso de San Miguel del Tucumán es la aurora de la soberanía nacional, como el nombramiento de la Primera Junta el 25 de mayo de 1810 es la aurora de la libertad política. Si este acto es sublime por la espontaneidad revolucionaria, aquel otro es sagrado por la magnitud moral de los principios que sustenta. Y sin embargo, no es solo la solem-

ne declaración de la independencia lo que forma esa aureola luminosa que envuelve al Congreso de 1816, en la historia de la patria. Su obra, no se concretó a ese acto: fué también el organizador del primer gobierno de consistencia interna frente a la anarquía disolvente de los egoismos locales que minaban las provincias. Y también, fruto de su labor legislativa, fué, tres años más tarde, aquella Constitución unitaria de 1819, tan anhelada como combatida después, que provocando con su centralismo los instintos de las semibárbaras masas campesinas, hizo presentir la noche sangrienta de la tiranía en las siniestras algaradas gauchas que el año 20 flamearon las divisas rojas, al correr de los potros, por las calles de la Buenos Aires colonial...



El corsario "Argentina". (Oleo de Malharro.)

EL CORSARIO "ARGENTINA"

(1817-19)

Era en el tiempo heroico de nuestra independencia. La victoria de Chacabuco acababa de estremecer las fibras patrióticas... Una madrugada de junio, de aquel año, el puerto de Buenos Aires aparecía envuelto en brumas; el fuerte, la plaza mayor, el Cabildo, estaban silenciosos y desiertos; la población hallábase entregada al descanso... Entre los buques anclados frente a la costa, destacábase una fragata, aparejada y lista para hacerse a la mar.

De improviso un cañonazo dió la señal de levar el ancla; la enseña argentina ondeaba en el pico de cangrejo; el grito clamoroso "*¡viva la patria!*" vibró en los aires, lanzado por la tripulación desde las vergas... Y con las blancas velas hinchadas por las brisas del Plata, la fragata empezó a alejarse, majestuosamente, del puerto...

¿Qué nave era aquélla? ¿Cuál su rumbo? ¿Quién la comandaba?...

¡Era la fragata "Argentina", armada en corso! ¡Iba a llevar a mares remotos, por vez primera, la bandera celeste y blanca de un nuevo pueblo libre; a ostentarla, triunfante y res-

petada, en una gloriosa vuelta al mundo; a sembrar el terror, como un huracán de fuego, entre los enemigos, hundiendo sus barcos, bloqueando a Luzón, asolando las costas de Méjico, desmantelando con sus cañones las fortalezas de Monterrey, San Juan, Santa Bárbara, San Blas, Acapulco y Sonsonete; a combatir y vencer en el Realejo; a redimir esclavos, castigar a los piratas, rescatar una corbeta vendida, ajusticiar a los traidores y hacer reconocer por un "soberano famoso" la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata!

¡Todo eso realizaría aquel buque que partía de Buenos Aires en la mañana del 27 de junio de 1817! (1).

¡Su capitán era un temerario marino, que iba a inmortalizar su nombre en la historia argentina: don Hipólito Buchardo!

Antecedentes

A su regreso de las costas del Perú, donde en compañía de Brown combatiera contra los puertos del Callao y Guayaquil, el capitán Buchardo había traído una presa importante: la fragata española "Consecuencia", apresada por él frente a las fortificaciones del Callao.

Una vez en el puerto de Buenos Aires, el capitán Buchardo cambió nombre a la fragata, llamándola "Argentina". Y se constituyó en armador de ella el doctor Vicente Anastasio de Echevarría, de quien dice Mitre que "*no satisfecho con la actividad del foro y de la vida revolucionaria en que era actor, quiso correr, por vía de apoderado, como el bachiller Enciso con Ojeda, las peligrosas aventuras del mar.*" La fortuna del doctor Echevarría permitió armarla en corso y la fianza por las armas y demás pertrechos de guerra, que entregara el Gobierno, fué prestada por el señor Juan José de Sarratea.

Seis meses tardó en tripularse y armarse el buque. La fragata era de dos baterías y fué artillada con 34 cañones de 8 a 12 y 4 de desembarco. Los cargos a bordo se distribuyeron en la

(1) El historiador Groussac da como fecha de partida el 25 de junio. (Bouchard y Buchardo. II). Rivas, (Efemérides Americanas) fija el día 27 del mismo mes.

forma siguiente: comandante, Hipólito Buchardo; segundo, Nataniel Somers; jefe de infantería, capitán José María Piris; teniente 1.°, Guillermo Shipsi. El estado mayor se componía de los oficiales Daniel Oliver, Pedro Cornet, Juan Van Burgen, Luis Greyssac, Juan Harris, Miguel Borges, Carlos Douglas y Jorge Miller. Iban también el aspirante Tomás Espora, después marino ilustre, los hermanos Merlo (parientes de Buchardo) y 450 hombres de tripulación, entre ellos, 125 infantes de Buenos Aires.

La noche anterior al día fijado para la partida, estalló a bordo una insurrección, debido a que la marinería se embriagó con licores que consiguiera sobornando al despensero. El altercado entre varios marineros degeneró en combate general, y, gracias a la intervención del capitán Piris con la infantería, pudo ser sofocada la sedición, no sin que hubiese 2 muertos y algunos heridos.

Restablecido el orden y tomadas las medidas de seguridad pertinentes, al amanecer, la fragata se hizo a la vela, siendo el 27 de junio de 1817. De Buenos Aires tomó rumbo a la ensenada de Barragán.

En busca de enemigos

Del puerto indicado se puso en viaje a Madagascar, el 9 de julio, y después de navegar cerca de dos meses, fondeó en el puerto de Tamataba, al SE. de la isla de Madagascar.

Cuatro barcos negreros, que se ocupaban en el comercio de esclavos, estaban fondeados en el puerto, cargando mercancía humana. La autoridad inglesa del lugar solicitó el auxilio de la fragata "Argentina" para impedir aquel acto vergonzoso.

El comandante Buchardo intimó a los barcos aquellos que se pusiera en libertad inmediatamente a los esclavos, bajo amenaza de cañonearlos y hundirlos. Ante aquella terminante imposición, los mercaderes de carne humana pusieron en libertad a los pobres negros, destinados a ser vendidos en otros países.

La corbeta de guerra inglesa "Conway", que llegó más tarde, dió las gracias a Buchardo en nombre de la civilización.

La "Argentina" siguió viaje hacia las costas de Bengala, por aquellos mares pérfidos y terribles. Pasando por el estrecho

de la Sonda, se puso en dirección al mar de Java, para lo cual debía atravesar el océano Indico. No encontró en su travesía los buques españoles que hacían viaje a las Filipinas, sin duda, hostilizados por las otras naves corsarias.

La isla de Luzón era el centro del poder colonial en Filipinas. Allí se dirige Buchardo con su fragata, bloqueando el puerto, en el que se encontraban una corbeta de guerra, enemiga, y una flotilla de faluchos, armados con 2 cañones cada uno. Los realistas, en vez de combatir, pusieron las embarcaciones bajo el fuego de las baterías de la isla, desembarcando su artillería y armamento.

Después de haber hundido 16 barcos mercantes, y de haber reducido a los habitantes de la isla a vivir con arroz y agua, resuelve el comandante Buchardo llevar su crucero al Norte de la isla.

El 9 de abril de 1818, traba combate con un bergantín enemigo, durante el cual muere el arrojado Somers, que mandaba el abordaje.

El bergantín fué apresado, después de derrotar a 200 hombres, que, con un cañón, lo defendían desde la playa.

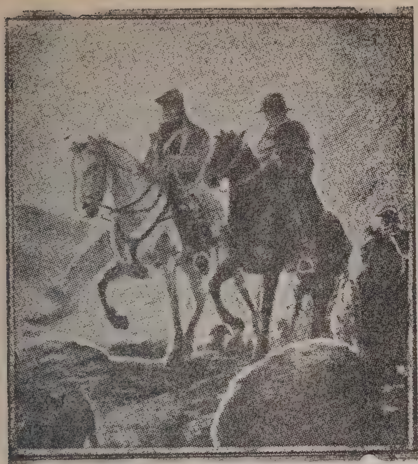
En busca de naves de bandera española, Buchardo vagó por los mares, experimentando todo género de vicisitudes, que Mitre ha narrado magistralmente.

Se destaca, entre sus hazañas, el ataque al puerto y fortaleza de Monterrey, en donde los realistas tenían considerable poder.

En el puerto del Realejo, en el Pacífico, fueron apresadas cuatro embarcaciones españolas, de las cuales tres se incendiaron por orden de Buchardo, que no aceptó las proposiciones de rescate. Este combate, el último de la "Argentina", es un episodio naval que honra a los que en él lucharon bajo el pabellón celeste y blanco.

A los dos años de su salida de la ensenada de Barragán, fondeaba la fragata, con sus presas, en el puerto de Valparaíso, el 9 de julio de 1819.

El héroe don Hipólito Buchardo murió en Lima, en 1843. Su nombre y el de su famosa nave corsaria están escritos con letras de oro en las páginas de la historia patria.



San Martín y O'Higgins, cruzando los Andes. (Oleo de Vila y Prades).

EL PASO DE LOS ANDES

(1817)

I. — *La incógnita*

¡Fué, ante todo, la victoria del genio sobre la naturaleza salvaje!... La cordillera, abrupta y tenebrosa, hubo de humillarse al paso del ejército redentor. Dijérase que el sol de la independencia sudamericana horadaba los macizos de piedra con un rayo de luz.

Tal fué la gloria de la travesía, ampliada luego en los triunfos de la epopeya marcial... Ella, la inexpugnable barrera, estaba allí, envuelta en el misterio secular aureolada por las supersticiones aborígenes, vedando el tránsito a los hombres con la lobreguez amenazadora de un gigante maléfico. Las colosales y escarpadas cumbres parecían acechar cualquier tentativa. Apenas si el arriero anónimo o el audaz peregrino animábanse, con pisadas furtivas, a deslizarse en sus sombríos valles transversales, estrechos, arenosos, negros, como ciertos senderos de las regiones dantescas... Y no sin que muchas veces el arremolinado sudario de las tormentas de nieve les envolviera en uno de sus pliegues funerales.

En el seno de aquellas montañas, la soledad, el silencio, la muerte, adquirían entidad fantástica. Las asechanzas del terreno salían al encuentro, como los dragones mitológicos de

sus cavernas; ya en traidoras avalanchas, en glaciares, en ventisqueros, en torrentes longitudinales sin puente posible, en precipicios fatales, o en derrumbamientos de peñascos y piedras de canto, como lluvias formidables. Y en pos de tales peligros, el cortejo invisible de los buitres voraces, y la rastrera compañía de pumas y zorros, ocultos en las resquebraduras de las vertientes, vigilando el desfallecimiento humano y anticipándose su saciedad en la presa.

Nadie osara contra las cadenas de montañas, en son de conquista. Acá, en su falda oriental, extendíanse las pampas, abiertas, inconmensurables, donde el potro competía en rapidez con el huracán, y los gauchos respiraban brisas de libertad y esperanza, en su vida nómada... Allá, la cordillera andina levantábase ante ellas, enhiesta, inaccesible, enigmática. Era el contrafuerte de las teorías geológicas. Por sus cuestas ásperas ascendíase con el pensamiento hasta los días bíblicos del Diluvio. En las aristas de sus montes había reflejos de eternidad. Las razas indígenas adoraban sus cimas cubiertas de nieve o coronadas de fuego. Veían en ellas a las divinidades de sus leyendas teogónicas. Llegaban hasta atribuirles facultades omnipotentes... Para los hombres de la revolución de Mayo aquellas montañas eran, únicamente, la fatalidad en forma de muralla infranqueable; el obstáculo imprevisto; la fuerza ingénita del destino cerrando el derrotero de un ideal.

II.—*Los héroes*

Frente a las cadenas de los Andes, a dos leguas al norte de Mendoza, vivaqueaban las legiones de la epopeya. Montaraces aun los paisanos venidos de los llanos y las sierras, precisándose guardias baqueanos que les trajesen de sus frecuentes deserciones. Hoscos y bisoños los reclutas de cepa indígena. Más épicos los criollos, hidalgos de cuna, con arrogancia hispana en cuanto a reglas del honor, aunque plenos de savia regional en sus modalidades.

Pintorescas las indumentarias típicas, mientras se proveían los uniformes. Ponchos y aperos clásicos; botas de potro y caña fuerte; calzoncillos de fleco cribado... Mezcla de infantes sanjuaninos y jinetes puntanos, morenos libertos, gauchos

patriotas y huasos chilenos, que se ejercitaban en común en el campo de instrucción. Algunos con baguales clinudos, de cola al corvejón, por cabalgaduras. Otros, más diestros, ya fogueados en la guerra del Norte... Y bajo los arbolados del campamento, un hálito de laboriosidad incesante. Fraguas encendidas y martillos repiqueteando sobre los yunques. Los sables de los granaderos arrancando chispas a las piedras de molejón. Grupos que cosen correajes y revisan arreos. Otros que funden, en moldes inventados por el padre Beltrán, balas y cañones, con el metal de las campanas descolgadas de iglesias y conventos. Talleres que fabrican culatas de fusil y confeccionan morriones y fornituras. Por doquier la idea de la patria libre, estimulando y encendiendo el entusiasmo en los corazones. Severa la oficialidad, en la disciplina. Altaneros todos los semblantes, como en los días de responsabilidades históricas. Y en el fondo de todas las pupilas la nebulosidad del porvenir; cortinaje de grandes acontecimientos ineludibles, velados como ciertas vorágines bajo la serenidad superficial de las aguas.

III. — *El capitán*

Eje central de aquel conglomerado de fuerzas y aspiraciones, una figura de lineamientos extraordinarios: el primer capitán de América, don José de San Martín. Soldado aguerrido, de temple probado en la resistencia española contra las huestes napoleónicas. Carácter de acero, taciturno, invariable en la decisión y terminante en el mando. Reconcentrado noches enteras, allá en la habitación alta de su vivienda mendocina o bajo el toldo de la carpa militar, ideando el plan estratégico sobre los mapas y croquis de la cordillera, sin confiar secretos ni a la almohada de su lecho: extrañas vigilias—pábulo de comentarios—que denunciaban, con su luz nocturna, investigaciones mentales y problemas sin solución, como las de Alberto Magno en Colonia y Enrique de Aragón en Cangas de Tineo... Y nada de estado mayor en antesalas, ni escolta deslumbrante en redor de la tienda: la sencillez de Aníbal entre sus guerreros; la frugalidad lacedemonia en sus hábitos.

IV. — *La victoria*

Tales eran el escenario, los héroes, el capitán... Un día, aquel ejército, ya listo y pertrechado, arremetió, fraccionado en divisiones, contra la formidable cordillera, hundiéndose en ella por tres de sus gargantas. Iba a tramontarla, renovando por tercera vez la hazaña en la historia militar de la humanidad. El dogma de Mayo lucía, como una custodia, entre el conjunto bélico.

Cien leguas de camino impracticable a vencer. Para ello, San Martín había contado con su capitán Beltrán, y no en vano. Este allanó todas las dificultades del transporte, con poderoso ingenio. Los cañones iban en zorras con ruedas, por los pasos fragosos y las caracoladas sendas de las montañas sucesivas; izábanse, en los declives empinados, por medio de ancletas que servían de punto de apoyo. Y en tanto, salvaban las impetuosas avenidas con puentes portátiles, de madera. Y las mulas orillaban los abismos con sus cargas de hombres, armamentos, bagajes, parque y maestranza de las tropas, palas, picos y barretas de camineros y zapadores, cureñas, ruedas, provisiones y forrajes...

Así avanzaban, a cálculo matemático, las legiones que el genio de San Martín hiciera brotar de la tierra, más feliz en la práctica que Pompeyo. Las formidables masas de granito, asombradas de aquella temeridad, parecían abrirles paso, como el mar Rojo de la tradición hebraica. Después de varios días de marcha, San Martín revistó a sus valientes sobre las alturas, y las charangas rompieron el silencio de las quebradas con las vibrantes notas del himno nacional. Era el pregón con que los argentinos anunciaban a sus hermanos del Arauco indómito que iban en su auxilio, flameando la enseña de la Revolución.

Y llegó el instante supremo, del choque con el enemigo... El valle de Chacabuco esplendía como la arena de un anfiteatro. Los regimientos, enardecidos, montaban sus caballadas de pelea... La batalla fué reñida, con visiones sublimes en que relampagueaban los sables de los granaderos o perfilábanse siluetas de paladines como Zapiola, Escalada, Necochea, O'Higgins, Soler, Melián, Medina y tantos otros. San Martín, contemplaba desde una elevación, en su corcel de batalla, la escena inmortal...

Al llegar el crepúsculo, la victoria ya había coronado los esfuerzos patriotas. Varias compañías de lanceros perseguían los restos del enemigo... Sobre el campo de la acción, quemado por el fuego de los cañones, el primer capitán de América descendió de su cabalgadura; un núcleo de jefes y ayudantes rodeábale. Sobre el parche de un tambor escribió el parte lacónico, rotundo, que un oficial debía llevar hasta la angustiada Buenos Aires colonial, de techos de tejas. La comunicación finalizaba diciendo: —"*Al Ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho la campaña, atravesamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos y dimos libertad a Chile.*"



''Arrebatados por la violencia del huracán, como la caballería de Murat en Marengo...''

LOS "GRANADEROS A CABALLO"

(1812-26)

Al Dr. don Andrés Ferreyra (h.)

*
* *

Los Andes, envueltos en el sudario de sus nieves eternas, inclinaron los picachos para verles pasar...

Iban, allá, en el fondo de hondonadas sombrías...

Sigilosos...

Con agresiva taciturnidad...

Bajo la visera de los pesados morriones, su mirar despedía fosforescencias extrañas y terribles...

Tras los pliegues del capote azul negro, su mano izquierda tenía crispaturas insólitas sobre la empuñadura del sable.

*
* *

De día orillaban los más peligrosos abismos...

Internábanse en el misterio de las quebradas...

Sumergíanse en los desfiladeros...

Ascendían las cuestas ásperas y resbaladizas...

...Por la noche dormían en el seno tenebroso de los valles o al borde de los precipicios... Arrullados por el espantoso rodar de los torrentes...

*
* *

¿Quiénes eran?... ¿De dónde venían?... ¿Cuál era su anhelo?... ¿Qué les reservaba el destino?...

Los cóndores, vigilantes centinelas de la Cordillera, preguntábanselo en sus cavilaciones de insomnio.

Las ventiscas, cual en incógnita colaboración, arremolinábanse frente a su paso, como para ocultar sus designios...

¡Las montañas parecían suspensas, ante aquella audacia inaudita!

¡Se les fingían descendientes de una estirpe titánica, que intentaran renovar la epopeya olímpica de sus abuelos!

...Llevaban por guía una enseña celeste y blanca, que custodiaban con orgullo, como si fuera un jirón de cielo, arrebatado en legendaria conquista.

Tenían todos ellos una misma talla, moral y física. Eran de elevada estatura; austeros, sobrios, imponentes.

A la rojiza lumbre del vivac recordaban a aquellos gigantes guerreros de Auvernia, cuyo aspecto hacía temblar a los curtidos legionarios de César...

*
* *

Supieron pronto, las violadas soledades andinas, del espíritu que les movía a la cruzada.

Fué en Achupayas con Lavalle y en Las Coimas con Necochea... ¡cuando se revelaron, al relámpago heróico de sus aceros, en la rúbrica inmortal de la victoria!...

¡Eran los "Granaderos a caballo"!... ¡los más intrépidos soldados del Ejército libertador!...

Marchaban a vanguardia, rastreando el peligro y olfateando la aventura.

Flanqueaban, en penoso y difícil pasaje, los macizos de piedra, para iluminar con el verbo de la Revolución el alma de los pueblos aherrojados.

Sus jefes y oficiales eran leones con uniforme militar.

Llamábanse, Necochea, Lavalle, Escalada, Suárez, Guido, Cajaraville, Melián, Zapiola, Díaz Vélez...

Ellos,—los Granaderos,—tenían nombres de guerra...

Venían de las riberas del Plata.

Habían afilado a molejón sus largos y templados "corvos", en horas de cuartel, y probado su filo en la hueste enemiga, cabe las escarpadas barrancas del Paraná, frente al convento de San Lorenzo, a la luz de una alborada plena de acción épica y notas de clarín...

También los almenados muros de Montevideo, en su secular majestad, habían admirado el empuje y la temeridad de tales paladines.

Allá, por la frontera del Alto Perú, el enemigo comentaba en sus charlas de campamento la hazaña singular de un joven arrogante teniente de Granaderos que, rodeado con los suyos por las tropas del Rey en un corral de piedra, en el Tejar, amenazado por espadas y bayonetas, había saltado sobre un redomón "en pelo", hundido los espolines en sus ijares, abierto un claro en la valla adversaria con formidables sablazos, y dejado un soplo de inmortalidad en la estela gloriosa de su fuga...

Una parte de aquellos Granaderos, conducía la sagrada bandera del Gran Ejército. Habíanla bordado las manos de cuatro damas patricias, cuyo nombre es justicia recordar: doña Dolores Prast de Huici, (chilena), y Margarita Corvalán, Mercedes Alvarez y Laureana Ferrari (argentinas).

*
* *

Después de los preliminares encuentros con el enemigo, llegó Chacabuco. Descendieron sobre aquel cual un alud fantástico, y vencieron. Y vino luego la entrada por las tierras del antiguo Arauco. Y la segunda "noche triste" sobre América. Y los días memorables del asedio a Talcahuano con el terrible asalto, ennegrecido el rostro por el humo de los cañones; y Maipo, coronando la independencia de Chile.

¿Cuántos y cuáles fueron los hechos en que recogiera laureles aquel regimiento?

Ocioso sería enumerarlos. Estuvo en todos los que constituyen la historia militar de la independencia sudamericana. Sus soldados fueron los niños mimados de la victoria. En el Río de la Plata, en Chile, en las mesetas del Perú y hasta en los elevados valles de Quito.

Cuando la suerte les fué adversa, su heroismo sobrepasó en trascendencia al esfuerzo de los vencedores.

Así sucedió en los abrasantes arenales de Moquehuá, cuando cubrían la retirada del ejército de Alvarado.

Fué testigo el Chimborazo, en su silenciosa actitud de Júpiter andino. Llegaron a su falda tras un viaje de mil seiscientas leguas, abriéndose camino, valerosamente, palmo a palmo. ¡Iban a libertar a sus hermanos del Ecuador!... Los mandaba Lavalle. Pelearon por vez primera, bajo aquel sol de fuego, *"contemplados por los orgullosos soldados de Colombia y contra la voluntad del general en Jefe"*...

¡Eran 96 "Granaderos de los Andes", y 500 los contrarios!... ¡Uno contra cinco!... Sin embargo, al primer choque los cuatro escuadrones fueron arrollados y metidos a sablazos bajo el fuego de su propia infantería.

Regresaban "al tranco" de sus corceles los héroes, cubriendo siempre la retirada de los patriotas, cuando el enemigo rehechos, les persiguió nuevamente... Al llegar a cien pasos, vibró otra vez el clarín, volvieron caras los Granaderos y cargaron sable en mano, al toque de "a degüello".

¡Aquel grupo temerario buscaba la muerte!... Así lo comprendió el general Sucre, que con su anteojo de campaña presenciaba la escena desde lejos, disgustado por la imprudencia de Lavalle que le comprometía a una acción general... Y volvió la vista... En ese supremo instante sintióse interpelado por un valiente; el coronel Ibarra: — *"¡Mi general, si V. S. me lo permite iré con mis "Guías" en protección de esos valientes!"* El general Sucre frunció el ceño y sobreponiéndose a la emoción repuso: — *"¡El comandante Lavalle ha querido perderse, que se pierda solo!"*...

No se perdió... ¡Triunfaron!... Los enemigos huyeron, acuchillados y dispersos...

¡Pocos ejemplos presenta la historia, de una legión tan aguerrida, abnegada y fiel a sus principios!... Puede paran-

gonárseles, únicamente, con aquellos granaderos de la guardia imperial de Napoleón. En la antigüedad hubieran tenido su Homero. En la Edad Media habrían sido cantados en los romances de gesta.

Un día, sin cansancio aún en el brazo ni decaimiento en el espíritu, encontráronse frente al vacío... ¡Ya no quedaba un solo soldado enemigo sobre el antiguo imperio de los Incas!... ¡Había terminado su misión histórica!

Envainaron sus sables, con nostalgia; volvieron riendas a sus fogosos corceles y emprendieron el regreso hacia la Buenos Aires lejana. Al pasar por el Perú recogieron a tres soldados sublevados de la guarnición del Callao, tres traidores, para que su patria hiciera con ellos ejemplar justicia ahorcándoles en la Plaza del Retiro...

*
* *

¡Eran los únicos!... Para ellos debieron haberse escrito aquellos famosos versos del romance clásico:

"Mis arreos son las armas,
"mi descanso el peleare,
"mi cama las duras peñas,
"mi dormir, siempre velare".

No tenían más consigna que el deber y la independencia de Sud América. Presidía, espiritualmente, el examen íntimo de sus acciones la imagen de un genio tutelar: el general San Martín. Su figura moral habíales prestado abrigo de cuna y temple de fragua.

... ...

Hoy que en nuestra patria, floreciente de progreso y pletórica de porvenir, se funde el tipo de la nueva nacionalidad, revísanse los orígenes históricos con religioso respeto. Y el alma sueña y se imagina la edad heroica. El recuerdo trae la evocación y parece que asistimos a aquellos grandes días de la independencia. Las batallas diseñan sus tumultos sobre un fondo de del combate...

...¡Ah, cuán hermoso es, entonces, forjar en el ensueño calenturiento de la emoción patriótica la visión de sus cargas legendarias!...

Verles pasar, haciendo chispear las piedras bajo el casco de sus potros o envueltos en el humo del combate... Arrebatados por la violencia del huracán... Con centelleos de reflejos solares en las charreteras de oro y las dragonas de plata, de la oficialidad, y en las escamas de los barbiquejos y en los escudos de los morriones típicos... Rojos los pompones de plumas sobre las imponentes copas de hule... En alto los sables, como lenguas luminosas de una vorágine sublime... Ante la mirada de águila de su gran Capitán... En el vértigo del heroísmo, como la caballería de Murat en Marengo...

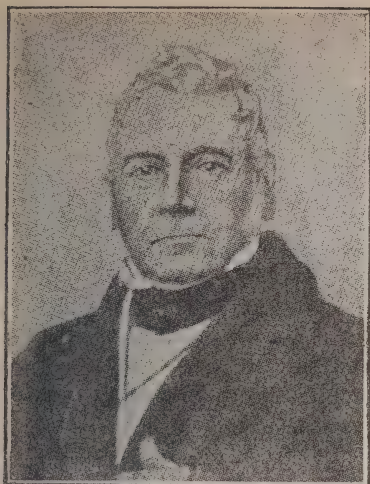
... ...

¡Así les vió San Martín,—su genio tutelar,—en Chacabuco y Maipo!... ¡Así les vió Bolívar, en la tarde melancólica de Junín!... ¡Así les vió Sucre, en la hora decisiva de Ayacucho!

Nota del autor.—Después de haber combatido incesantemente por la libertad de los pueblos, durante catorce años consecutivos, a la sombra de la enseña argentina, desde las márgenes del Paraná hasta la falda del Chimborazo, regresaron a Buenos Aires los sobrevivientes del famoso cuerpo que con la denominación "**Granaderos a caballo**" formara San Martín y creara por decreto Rivadavia. Era un puñado de héroes, que, después de depositar sus legendarios sables en el cuartel del Retiro, se dispersaron sin esperar homenaje alguno, llevando como única gloria la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Damos sus nombres de la nómina subscripta con fecha 13 de febrero de 1826 por su jefe, coronel D. José Félix Bogado, y elevada al Gobierno nacional; documento que conservara en su archivo el general D. Jerónimo Espejo. Fueron ellos: coronel D. José Félix Bogado, sargento mayor graduado D. José Félix Correa, ídem D. Juan Isidro Quesada, ídem D. José Cecilio Lucero; capitanes: D. Pascual Pringueles, D. José Rodríguez, D. Francisco Olmos; sargento mayor, D. Ignacio Correa; tenientes: D. Pascual Pelayes, D. Juan de la Cruz Montalban, D. Pedro Pablo Estrada; alférez, D. Eusebio Castañón; portaestandartes: don Eustaquio Frías y D. Matías Vera. Como agregados, venían con ellas el teniente coronel de infantería D. Luciano Cuenca, sargento mayor de infantería, D. Tadeo Telles, capitán de infantería, D. Pedro José Díaz, capitán oficial de la secretaría del Ejército don Andrés García, capitán graduado del Regimiento Río de la Plata D. Tomás Muñiz, teniente segundo D. Juan Michelena; alféreces de caballería: D. Melchor Gutiérrez, D. Pedro Robles y D. Francisco Cocido, y capellán Dr. D. Manuel Antonio Fernández.

En este año de 1926, al cumplirse cien años de aquel regreso histórico, es más que nunca justiciero el recuerdo.



Brigadier General don Tomás Guido
(de fotografía, año 1862)

DON TOMÁS GUIDO Y LA EXPEDICIÓN AL PERÚ

Los hombres eminentes, cuando persiguen unidos la realización de un mismo ideal, casi siempre se identifican en el espíritu y se complementan en la tarea. Es que la afinidad en los sentimientos elevados conforta, estimula y, al mismo tiempo, engendra la colaboración recíproca, que es la base moral sobre la cual descansa todo el progreso del linaje humano.

Un elocuente ejemplo de tal verdad puede encontrarse en las páginas de nuestra epopeya nacional, estudiando la personalidad y la obra, durante la emancipación sudamericana, de estas dos grandes figuras argentinas: don José de San Martín y don Tomás Guido.

La íntima y sincera amistad que uniera a estos dos patricios, constituye un galardón común para ambas biografías. El paso de los Andes, la gloria más trascendental de nuestros fastos militares, enlaza sus vidas con la luz de una misma aureola. Y hoy, a través de los años, parece que la augusta y digna estatua del uno, ya coronada por el laurel de la apoteosis, sintiese el vacío del mármol ausente que debiera consagrar, a su lado, la memoria del ilustre y amado compañero, con quien la posteridad continúa siendo ingrata.

Don Tomás Guido, presentado por el doctor Darragueira, en una de las veladas secretas de los patriotas que preparaban

la revolución de Mayo, fué designado, luego del estallido, oficial de la secretaría de gobierno, por la junta provisional gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata. De tal manera se ligó su acción a la de los directores del movimiento. Acompañaba, en el carácter de secretario de su misión privada, al gran Moreno, que iba a Inglaterra como portavoz del dogma de Mayo, cuando la estrella de este prócer se eclipsó, fatalmente, en las aguas turbulentas del océano, al fallecer en brazos de su hermano y de su secretario.

Guido, con el hermano del muerto, don Manuel Moreno, llegó a Londres. Allí cimentó aquél su amistad con San Martín. Y allí, también, con su talento y su actividad, realizó trabajos en pro de la causa revolucionaria, consiguiéndole prosélitos y conquistándole simpatías.

A su regreso a Buenos Aires, fueron desempeñados por Guido varios importantes puestos del gobierno, ocupando interinamente el ministerio de la Guerra en 1812, y siendo enviado luego a Charcas como secretario a las órdenes del general Ortiz de Ocampo. En tal lugar fué uno de los hombres que con mayor tino contribuyó a amenguar los reveses del ejército patriota en Vilcapujio y Ayohuma, esforzándose por que se le proporcionaran auxilios, que fortalecieran nuevamente el espíritu de las tropas y el ánimo de todo el país.

Por este tiempo (principios de 1814), tan congojoso para los argentinos, que veían el sol de su libertad cubierto por siniestras nubes, es cuando San Martín, ya con el prestigio de San Lorenzo, pasa a Tucumán para ponerse al frente del ejército, relevando a Belgrano, y siente la necesidad de un consejero ilustrado y fiel, de una persona conocedora de la situación, del terreno, de los recursos, espíritu de iniciativa y de acción, que sea "un barómetro que le dirija..."

San Martín sabía, con la intuición del genio, conocer a los hombres. Y en su amigo don Tomás Guido descubrió a la persona que buscaba. Llamóle inmediatamente, y se entrevistaron en la estancia de Puch. Allí puede decirse que germinó la idea del paso de los Andes. Aquellas dos naturalezas, tan afines en su abnegación y patriotismo, compenetráronse pronto de la trascendencia del momento, y analizaron las medidas que debían tomarse y la mejor forma de realizar una nueva campaña. Por los datos, las consideraciones y el aspecto con que Guido presentó la situación en el Alto Perú, comprendió San Martín la

imposibilidad de vencer por tal camino. Y sus miradas se dirigieron hacia Chile, donde el enemigo imperaba, pero donde también la terrible y desolada cordillera podía velar cualquier plan estratégico de los patriotas. Mas, para realizar tan gigantesca empresa, es decir, tramontar los Andes y llevar la ofensiva al campo enemigo, faltaba todo... ¡Y había que empezar por hacerlo!

Solamente a un amigo confiaba el coronel mayor don José de San Martín la intensa preocupación moral que le envolvía. Y era a Guido. Nombrado éste, al año siguiente, oficial mayor del ministerio de Guerra, pudo ayudar eficazmente al gran capitán, olvidado en sus cuarteles de Mendoza. Las cartas que San Martín le dirigiera en carácter privado, revelan lo que representaba para él aquel hombre tan activo, inteligente, previsor y entusiasta.

En mayo de 1816, el Congreso nombró director supremo a don Juan Martín de Pueyrredón. Era el gobierno que se necesitaba.

Guido desempeñaba provisionalmente el ministerio de Guerra al llegar ese nombramiento. Intimamente ligado a San Martín, y depositario de su confianza, vió con pesar la resolución de Pueyrredón de reabrir nuevamente la campaña del Alto Perú, con el ejército auxiliar de Tucumán.

Esto era ir otra vez al desastre. A nadie como a Guido le preocupaba. Testigo y actor en las fronteras del Norte, había presenciado los acontecimientos de años anteriores, estudiado el terreno y las desventajas de los patriotas para operar con éxito en una guerra ofensiva por aquel punto... ¿Qué hacer?... Ha sido el brazo derecho de San Martín en la reorganización del ejército auxiliar del Norte; ha hecho todo lo posible para que el ejército de Mendoza se formara, gestionando todas las peticiones de su jefe, contribuyendo a que se le despachasen los recursos necesarios, aconsejando, influyendo, alentando en todo momento a los prohombres de la revolución, siempre con la idea fija de un día propicio para la gran empresa que únicamente San Martín y él llevan, como un diamante en el fondo de su silencio; desvelándose por que aquella idea, que es de suponerse trataron cuando estuvieron juntos en Córdoba y que ha de llevar al gobernador de Mendoza a la inmortalidad, no deje de realizarse.

Guido, consecuente con sus convicciones, presenta enton-

ces una "Memoria", que viene a demostrar la gravedad de la situación y a indicar el único camino de la victoria. Pueyrredón, influenciado por el Congreso y por gran número de emigrados del Alto Perú, ya había decidido que se emprendiera nuevamente la guerra por el Norte, contra el general Pezuela, ordenando, al efecto, que se hicieran marchar tropas y convoyes con dicho fin, a Tucumán, cuando la "Memoria" presentada por Guido al delegado supremo, general Balcarce, fué puesta en su conocimiento.

Transcribimos lo que Guido escribía a Bolívar, años después, en 1824, refiriéndose a aquel momento:

"El conocimiento—dice—que mi posición que había proporcionado, de los recursos militares de aquellas provincias (del Norte); las inmensas dificultades que prácticamente había tocado en la campaña del Perú; el riesgo que corría la libertad de la república si un nuevo contraste frustraba nuestras esperanzas, y las ventajas y probabilidades que ofrecía la posesión de Chile, me inspiraron la resolución de presentar al delegado una memoria demostrativa de la verdadera situación del país y de la necesidad de preferir la ocupación de Chile a la de las provincias altas del Perú. Mi plan se extendió entonces a este solo objeto; su tendencia directa llegaba hasta la invasión de estas costas (las del Perú), señalando los medios de la ejecución."

"Ya se ve que, en la imposibilidad de garantir el resultado de la empresa (esta garantía era el genial plan estratégico que San Martín meditaba), era natural se convirtiese contra mí el descontento de los primeros hombres de la nación, empeñados en la campaña de las provincias altas. El general San Martín tenía contra sí un fuerte partido de oposición, y, sin embargo de que al proponer mis ideas no podía ser conducido de otro interés que el de la salvación de mi país, una sorda pero poderosa conspiración se oponía a mi proyecto. Fueron, con todo, mis demostraciones tan persuasivas y tan fundadas en hechos al alcance de la autoridad, que el delegado pasó mi memoria al director Pueyrredón; la honró éste con su aprobación, abandonó la idea de la campaña del Alto Perú, se decidió por la de Chile y ordenó se practicase cuanto indicaba yo en mi memoria, lisonjeándome con expresiones que no eran por cierto el objeto de mis desvelos."...

Aquellos tres hombres forman el trinomio ilustre de tal

momento histórico: San Martín - Guido - Pueyrredón. Los tres se comprenden y confían mutuamente.

Pueyrredón ha de empuñar las riendas del gobierno, con habilidad y firmeza, para que la anarquía interna no haga malograr la expedición; Guido, será el eje y el apoyo de ella, por la influencia que le da su destino de subsecretario de la Guerra, luchando contra una mayoría opositora y arbitrando medios para aportarle auxilios, y después pasará a cimentar con su sagaz inteligencia y condiciones de diplomático las relaciones internacionales y la independencia de Chile y el Perú; y San Martín, como el héroe cartaginés y el general Bonaparte, realizará con su poderoso genio, por tercera vez en la historia del mundo, una de las más estupendas empresas militares, y atravesando los Andes al frente de su ejército libertador, obscurecerá la eminencia de las cumbres con el pensamiento glorioso que le guía.

A mediados de 1816, habíase aprobado la "Memoria" de Guido; hasta 1817 no se puso en marcha el ejército de San Martín. Este tiempo intermedio fué de fatigosa labor. Los inconvenientes eran muchos; los recursos había que arbitrarlos, recurriendo al patriotismo intenso de los habitantes de Mendoza, hombres y mujeres.

"Es moralmente imposible pasar los Andes con hombres enteramente desnudos", decía San Martín a Guido, en una de sus cartas, (20 de Octubre de 1816), y le pedía, por la patria, que instara al director para que le remitiera vestuarios, de que carecía.

Hay cartas que hablan, de puño y letra del general San Martín; cartas confidenciales, en que hace minuciosos encargos a su amigo Guido, a quien apoda cariñosamente su "Lancero amado"; comunicaciones sobre el estado del ejército, no transmitidas a nadie más que a él, detallándole la falta de mulas, caballos, aparejo de cordillera, subsistencias, etc. Guido es, en estas circunstancias, un hombre providencial para San Martín. En Noviembre de 1816, éste le comunica:

"En este correo escribo a Pueyrredón sobre su venida: es materialmente imposible pueda trabajar con éxito sin tener un secretario de toda confianza, que sea usted, y de estas provincias, de lo contrario todo se lo lleva el demonio."

Y más adelante agrega:

"Hable usted al amigo Pueyrredón sobre su venida; ésta es

indispensable; póngase las espuelas y vuele hasta abrazarnos."

Al mes siguiente:

"Cada vez me convenzo más de que sin usted no podemos hacer nada. Ahora bien, calcule usted cómo me veré (en pasando la cordillera), en una campaña activa y teniendo que establecer las bases de nuestras relaciones políticas, crear otro ejército, hacer reformas indispensables, etc., etc. Yo escribo al amigo Pueyrredón sobre este particular y espero que convencido de la necesidad me lo mande a usted aunque no sea más que por tres meses."

... Todo ya preparado enérgicamente, se realizó el paso heroico de los Andes. Lució el día de Chacabuco, y el tiempo coronó todos los esfuerzos de los hombres culminantes de esta célebre campaña. A 18 de febrero de 1817 el gran capitán escribía a Guido, desde Santiago de Chile; — y no hay nada más elocuente.

... "Ocho días de campaña han deshecho completamente el poder colosal de estos hombres... ¡Qué falta me ha hecho usted! Yo bien lo calculaba, pero en esa distancia no se ve cómo yo divisaba... ¿Qué se hace ahora, mi amigo? ¿Qué ventajas podrán ganar nuestras relaciones políticas con este inesperado suceso?... Adios, mi lancero amado: un brazo hubiera dado por su presencia en estas circunstancias..."

Después, en Chile, a donde Guido es enviado como representante de las Provincias Unidas, San Martín cuenta con su colaboración inteligente para allanar las dificultades de una situación arriesgada. La fortuna, veleidosa, abandona en Cancha Rayada al ejército redentor, y la derrota se cierne sobre los patriotas. No importa; Guido está en Chile, como Las Heras en el campo de la acción, y ambos acuden, confiados en que el espíritu de San Martín ha de retemplarse, levantándose a la altura de su capacidad militar.

Y más tarde viene la expedición al Perú, también aconsejada en Chile por Guido, quien se embarca luego con San Martín para emprender la acción libertadora en el antiguo imperio de los Incas. Y llegan otros días magníficos, tras nueva labor insuperable. Los sucesos siguen encadenándose, hasta que los dos más eminentes libertadores de Sud América llegan a encontrarse, y como en ese fenómeno celeste del choque de los cometas, en que tan hermosamente simboliza el historiador Mitre la entrevista de Guayaquil, la imponente figura de San Mar-

tín termina su misión histórica, envolviéndose en un ostracismo voluntario con el propósito de desvanecer todo antagonismo, dejando abnegadamente que Bolívar, altivo y pujante, realice su ensueño de gloria y ambición.

El inseparable compañero de San Martín, general Guido, antes de embarcarse el héroe, alejándose para siempre de allí, recibió su último cordial abrazo. El gran capitán reconoció, al alejarse inesperadamente, el vacío que dejaba en el alma de su amigo, y tomando la pluma, a bordo del barco a vela que le conducía a otras playas, en altas horas de la noche y con la conciencia de quien cumple un deber, escribió la carta siguiente, la que respira tanta grandeza moral como justicia; decía así:

"Señor don Tomás Guido. — 1822. — A bordo del "Belgrano", a la vela, 21 de septiembre; a las 2 de la mañana.

"Mi amigo: Usted me acompañó de Buenos Aires, uniendo su fortuna a la mía: hemos trabajado en este largo período, en beneficio del país, lo que se ha podido; me separo de usted, pero con agradecimiento, no sólo a la ayuda que me ha dado en las difíciles comisiones que le he confiado, sino que con su amistad y cariño personal ha suavizado mis amarguras y me ha hecho más llevadera mi vida pública. Gracias y gracias, y mi reconocimiento.

"Recomiendo a usted mi compadre Brandzen, Raule y Eugenio Necochea.

"Abrace usted a mi tía y Merceditas.

"Adios; su

San Martín.

Así se separaron aquellos dos ilustres amigos, como una gloria que se reparte en laureles. La biografía ulterior de ambos es bien conocida por los que han estudiado la historia patria...

Pero no sin rubor tendríamos que callarnos, los argentinos, si algún día un visitante extranjero, de reconocida ilustración, nos preguntase: ¿Dónde tienen ustedes la estatua del general Guido, el gran amigo y colaborador de San Martín, en su glorioso empeño de libertar la América?...

Yacen en nuestro cementerio sus restos, depositados en una gruta hecha de tosca piedra. Al verla, el pasajero recuerda alguna vez el epitafio escrito por un gran poeta francés,

que debiera ser puesto, decía el mismo, sobre la tumba de los héroes muertos en Waterloo:

"¡Ils ne sont plus!... Laissons en paix leurs cendres".

Enero 1917.

EL GENERAL SAN MARTÍN EN EL PERÚ

(1821-22)

La entrada en Lima

El 9 de julio de 1821, una división del ejército libertador, que mandaba en jefe el general don José de San Martín, entraba en Lima, la opulenta ciudad de los virreyes, cuando ya las sombras crepusculares empezaban a envolverla. Ni charangas sonoras, ni pomposo embanderamiento cívico anunciaban la llegada de los héroes. Unicamente, a trechos, corrían los aplausos entre la muchedumbre nativa, en intermitentes ráfagas de entusiasmo popular.

Aquellas eran, sin embargo, las avanzadas del gran ejército que llevaba en sus sables y bayonetas la lumbre sagrada de la emancipación sudamericana...

Al siguiente día, ya entrada la noche, rodeado del incógnito y seguido de un solo ayudante, entró el general San Martín —el vencedor de Chacabuco y Maipo—en la capital del Perú, fundada por el conquistador Pizarro.

En el palacio de los virreyes, adonde se dirigiera, fué *descubierto* por dos frailes, los que, dice Mitre, espetáronle cada uno un discurso, en que le comparaban a Lúculo y Julio César.

Así que se hubieron retirado, exclamó: "*¡Santo Dios, qué va a ser de nosotros! ¡Esto no se acabará nunca!*" El ayudante le dijo: "*¡Oh, mi general! Están esperando otros dos del mismo calibre*". "*Sí,*—repuso San Martín;—*pues que ensillen los caballos y en marcha!*"

"Había circulado la noticia de que el general San Martín estaba en Lima, y a los pocos instantes una multitud frenética hizo irrupción en la sala donde se encontraba el austero capitán.

Las mujeres querían abrazarse a sus rodillas; los hombres se atropellaban por saludarle, y los niños bullían a su alrededor. Algunos gritaban "*¡Viva nuestro General!*" San Martín, grave y modesto, cortó aquella aclamación, diciendo: "*Griten ¡Viva la independencia del Perú!*"... Recibió con circunspección al Cabildo que se presentó a felicitarle. Y después de escuchar otros discursos, retiróse al lugar en que acampaba su ejército, con el cual iba a establecer el sitio de la fortaleza del Callao.

Había aún cierta indecisión en el ánimo de muchos habitantes de Lima sobre la actitud que les convenía adoptar. Algunos, no solidarizados anteriormente, por temor, con los principios revolucionarios, seguían amedrentados por la creencia de que los realistas vencerían al fin y de que sus represalias serían terribles; otros, españoles comprometidos por su actuación contra los patriotas, habíanse encerrado en el Callao con sus familias, no sin esparcir antes la voz de que Lima sería saqueada por los invasores, lo que causó algún pánico entre las mujeres.

La promesa del general San Martín, de que haría prescindencia de las ideas políticas de cada cual, sin recordarlas, en su interés de garantir el orden público, tranquilizó en parte los ánimos; luego, el cumplimiento de ella dió margen a que los prejuicios se fueran desvaneciendo.

El 11 de julio, el general hizo publicar algunos bandos prohibiendo, bajo pena de castigo, que se injuriase a los españoles, y ordenando se abrieran los negocios y se continuase administrando justicia en los tribunales.

El cuartel general del ejército se estableció en el palacio de los virreyes; su residencia particular fué fijada en una casa situada en la Magdalena, pueblo cerca de Lima. Los peruanos llamáronla, después, "*casa del gobierno*".

Diez y siete días más tarde, en la plaza mayor de la ciudad, San Martín desplegaba por vez primera la bandera peruana, inventada por él; y, enseñándola al pueblo, exclamaba ante la solemne expectativa general: "*¡El Perú es desde este momento libre e independiente, por la voluntad de los pueblos y la justicia de su causa, que Dios defiende!*"

La abdicación de San Martín

La misión de los grandes hombres, como la trayectoria de los astros, obedece a inmutables leyes de gravitación y de movimiento. Y, como ellos, a veces describe su elipse triunfal; a veces la trunca, desvaneciendo su luz en el vacío.

No fué dado a San Martín realizar su anhelo de terminar la guerra. Después de un año de lucha contra los realistas, una incógnita se presentó en su camino: era el libertador del Norte, Bolívar.

Ambos héroes venían convergiendo en sus campañas redentoras hacia un mismo punto: Guayaquil. Allí debían chocar aquellas dos naturalezas opuestas y allí debían decidirse los destinos de Sud América...

No pudiendo ponerse de acuerdo en sus intenciones sobre la suerte de Guayaquil, que Bolívar quería anexar a Colombia y San Martín había reconocido en su independencia, éste escribió al primero manifestándole sus deseos de entrevistarse con él en dicho punto, para lo cual se ponía en marcha en la goleta "Macedonia".

Dejemos a una pluma maestra juzgar el acontecimiento: *"La conferencia se realizó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la participación de la influencia continental: el libertador del Norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento; el del Sur, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin una base sólida de poder propio, que, al pisar la plaza guayaquileña, había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual a igual."*

La entrevista, a puertas cerradas, de aquellos dos grandes capitanes, fué durante mucho tiempo un misterio: el tiempo se encargó de revelarlo...

Al siguiente día, San Martín regresaba al Perú, embarcándose por la noche en la misma goleta que le llevara a Guayaquil. Cuando llegó al Callao, hizo escribir a su amigo O'Higgins: *"El Libertador no es el hombre que pensábamos."*

Llegado a Lima, convocó al Congreso, al que, después de instalado, presentó la renuncia de su autoridad civil y militar.

El 20 de septiembre de 1822, después de haber abrazado

al hombre que compartía a su lado toda su confianza y que había sido su mejor compañero, el general don Tomás Guido, tornaba a Chile, en un buque a vela, el primer guerrero de América; solo, triste, pobre, envuelto en la sombra misteriosa de su destino. "*Bolívar y yo no cabemos en el Perú*—había dicho a Guido;—*he penetrado sus miras, he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña...*" Y el héroe sacrificábase por la libertad de América.

Un escritor chileno ha dicho que, "*al retirarse al ostracismo, lo hacía resignado como Arístides, modesto como Cincinato, virtuoso como Wáshington.*"



LA GRANDEZA MORAL DEL Gral. SAN MARTIN

(28 de Agosto de 1822)

Gral. don José de San Martín, libertador de América.

Las armas argentinas, vencedoras en Chacabuco y Maipo, habían consagrado definitivamente la independencia de Chile, cuando salió de Valparaíso una expedición a las órdenes del general don José de San Martín, con la intención de libertar al Perú, donde estaba empeñada desde hacía tiempo una cruenta guerra entre los ejércitos realistas y los nativos que luchaban por verse independientes; esa expedición iba a bordo de una escuadra mandada por el célebre Lord Cochrane, que un año antes apresara en ese mismo puerto las corbetas *"Argentina"* y *"Chacabuco"*, tomando prisionero a su capitán D. Hipólito Buchardo, que volvía a dar la vuelta al mundo.

Después de haber celebrado varios armisticios y entrado en Lima, el general San Martín se había posesionado de la mayor parte del territorio peruano y al llegarle noticias del último triunfo conseguido en los llanos de Bomboná por el general Simón Bolívar, quien luchaba por la libertad de Colombia, consideraba como un hecho muy cercano la independencia de América; desgraciadamente aún no había sonado la hora de su emancipación y durante varios años todavía debía seguir su desarrollo la sangrienta lucha empeñada en su suelo desde tanto tiempo

atrás, porque si bien por el sud los restos de los ejércitos españoles estaban completamente desmoralizados por los continuos desastres sufridos, hasta el punto de ofrecer muy poca resistencia a los patriotas, en el norte pasaba lo contrario y aunque los realistas llevaban muy serias derrotas, allí aún no estaba quebrado el poder español, pues tenía fuertes ejércitos en campaña y mejor campo de operaciones.

Por eso el general Sucre, que se hallaba en Nueva Granada con muy pocas fuerzas, solicitó auxilios de San Martín para tomar la ciudad de Quito, y éste le envió una división al mando del general Santa Cruz; formaba parte de ella el entonces comandante D. Juan Lavalle, quien con sus "Granaderos a caballo" acuchilló en Río Bamba los más aguerridos escuadrones del ejército ibero; esa división se batió más tarde en la falda del cerro Pichincha, contribuyendo con su brillante actuación a la libertad del Ecuador.

Sabedor, Bolívar, del socorro prestado a Sucre por el general San Martín, envió a éste un mensaje de gratitud, lo que dió lugar a una correspondencia entre ambos.

Por ese entonces el teatro de la guerra o mejor dicho la única parte donde todavía podían surgir graves trastornos para los pueblos recién libertados, era el Perú, pues San Martín, aunque dominaba muchos puntos de él, carecía de fuerzas para poder terminar la guerra; en cambio, uniéndosele Bolívar, en muy poco tiempo se podría llegar a obtener un triunfo final y decisivo.

Así se lo indicó San Martín en una carta, al mismo tiempo que resolvía entrevistarse con él, para tratar sobre la futura organización política de las nuevas naciones independientes.

Estos dos grandes hombres estaban encargados de regular la marcha de la América del Sud y de velar por sus destinos; desgraciadamente el noble desinterés que demostraba el uno en sus actos contrastaba con la desmedida ambición del otro.

Bolívar no solamente era ambicioso, sino que también se había dejado dominar por la soberbia; no quería compartir con nadie la gloria que creía alcanzar; soñaba con ser el único árbitro, para poner su mano sobre el Perú, unirlo a Colombia y extender de esta manera su poder; en sus últimos triunfos, se había visto aclamado por los pueblos; se habían levantado en su honor arcos de triunfo, donde se leía: "*Al gran libertador, al*

rayo de la guerra"; se había visto poderoso, coronado de palmas y laureles y habían alfombrado de flores sus entradas triunfales; de modo que el delirio de las grandezas se apoderó de él; comprendía, sin embargo, que el general San Martín estaba a su altura y que tal vez podría llegar a eclipsarle; por eso en vez de unirse a éste, para la pronta terminación de la guerra de la independencia, quiso ser solo y optó por mantenerse dentro de una fría reserva, hasta poder apreciar las ideas del protector del Perú y adivinar sus planes, no sin dejar por eso de hacer entrever los suyos, pues al contestarle aceptando una entrevista en Guayaquil, lo invitaba a verlo "*en el suelo de Colombia*".

Guayaquil no pertenecía a Colombia por que acababa de ser libertada por el general Sucre, con la ayuda de las fuerzas argentinas y ninguno de los dos libertadores debiera haber dispuesto de su destino sin estar de común acuerdo con el otro; sin embargo, Bolívar, conoció que de otro modo tendría que tratar a San Martín como a un igual, e hizo anexión violenta de Guayaquil a Colombia; de ese modo la conferencia no podía establecer igualdad; Bolívar, que era el dueño del terreno que pisaba, tenía de su parte una superioridad; San Martín, en cambio, llegaba sin una base consolidada, sin un poder propio que acreditase sus derechos.

El 26 de julio de 1822, se encontraron los dos libertadores; después de haber recibido los honores que el pueblo en masa les tributaba y pasados los homenajes que les rindiera la sociedad de Guayaquil, el general San Martín se retiró a solas con Bolívar, con objeto de conferenciar sobre las causas que allí les llevaban; esta conferencia duró una hora, al otro día volvió a repetirse, en casa de Bolívar, y por la noche el general San Martín se embarcó en dirección al Callao.

¿Qué pasó entre aquellos dos grandes hombres?... Por mucho tiempo quedó envuelto en el misterio. La retirada del general San Martín, más tarde, dejando a Bolívar encargado de terminar la gran obra que él había empezado, fué tema de muchos comentarios irónicos y severos; el tiempo se encargó de descorrer el velo cuando ya ninguno de los dos existía; una carta encontrada entre los papeles de Bolívar, después de su muerte, puso de relieve las grandes virtudes morales del general San Martín, quien había penetrado, con su mirada de águila, las intenciones de aquél, y comprendiendo que su presencia en el cam-

po de acción podría originar serias turbulencias entre los partidos que representaba, y de las cuales se aprovecharían los realistas para volver a restaurar su poder, resolvió eliminarse, desaparecer, sacrificando su gloria y su brillante carrera en aras de su amor a la patria.

La carta reveladora de todo eso y que dirigiera San Martín a Bolívar, al poco tiempo de la entrevista, fué la siguiente:

—¡Nada más elocuente para la posteridad, que ella misma!:

Exmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

Lima, 28 de Agosto, 1822.

"*Querido General: Dije a Vd. en mi última de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al inepto y débil Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter sino también con la que exigen los altos intereses de la América.*

"*Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido de que, o no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa.*

"*Las razones que me expuso, que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y que aún en caso de decidirse estaba seguro de que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la República, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy persuadido de que, la menor manifestación suya sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados y de que el honor de ponerle término refluiría sobre Vd. y sobre la República que preside.*

"*No se haga Vd. ilusión, general; las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el alto y bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8.500, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas,*

no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable y no podrá ser de utilidad en esta campaña. La división de 1.400 colombianos que Vd. envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido de que, sean cuales fueran las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

"En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación, me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo *que le impide venir al Perú con su ejército. Para mi hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. ¡El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse!*

"No dudo de que después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca, reclamará su activa cooperación y pienso que no podrá negarse a tal demanda.

"Le he hablado con franqueza, general, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

"Deseándole sea Vd. únicamente quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su affmo. y S. S.

José de San Martín.



Gral. don Juan Lavalle

UN BRINDIS DE LAVALLE

Las fuerzas independientes, al mando del general Sucre, habían consolidado, después de los triunfos de Bomboná y Río Bamba, la independencia del Ecuador, con la decisiva victoria de Pichincha. Pero al entrar los soldados colombianos en la ciudad de Quito, desplegaron una soberbia que más bien cuadraba a conquistadores que a los adalides de una causa redentora. Las proclamas de Bolívar deslumbraban al ejército del Norte con las chispas celestes de su retórica, semejante a un fuego de artificio. Y el primer acto de la ocupación de Quito fué declararlo incorporado al territorio de la gran república de Colombia. La municipalidad, al interponer su reclamo por esta violencia, sólo consiguió que sus miembros fuesen desterrados militarmente por resistirse en forma tal a la voluntad de los vencedores.

Sucre, con su gran talento y condiciones de militar, procuró dar un aspecto regular a la anexión realizada, consiguiendo suavizar de ese modo la opinión pública. Sin embargo, la grande ambición de Bolívar empezaba ya a iniciar una sombra en el cielo de la libertad sudamericana.

Veinte días después de la entrada de las tropas vencedoras en Quito, llegó el Libertador. La táctica desplegada por Sucre, surtiendo buen efecto en el ánimo popular, había preparado el terreno para tal arribo y, a la llegada de Bolívar, el entusiasmo dominaba en la población. Bolívar entró triunfalmente y la

corona de laureles de oro—como en Caracas y Bogotá—volvió a ceñir sus sienes, embriagando su espíritu.

Entre los numerosos homenajes que se le tributaron, figuraba un banquete magnífico, del pueblo a sus libertadores. El día fijado para tal acontecimiento, la sala rebalsaba de invitados especiales. Las autoridades de Quito y las principales familias de solar nativo, estaban representadas por los más caracterizados de sus miembros. Los jefes, colombianos, peruanos, chilenos y argentinos, ostentaban gloriosas condecoraciones en el peto de sus casacas militares. La mesa, engalanada convenientemente, lucía los colores de la enseña de Colombia en lazos de cintas y flores combinados. Irradiaba en los semblantes la satisfacción de la victoria, en aquel consorcio de sentimientos e ideas que unía a los hombres de distintos países de América.

La faz del Libertador rebosaba arrogancia. Mas, en su fondo, la mente de Bolívar sufría extravíos. El cálculo y la premeditación bifurcaba sus pensamientos por diversas rutas. Era el delirio del Chimborazo que parecía empezar a cristalizarse en deslumbradora realidad.

El menú fué espléndido. Las libaciones abundantes. Aquellos héroes,—con algunas honorables excepciones,—relevábanse en tal hora y en tal sitio, de la sobriedad habitual, en ofrenda a la magnitud del acto y a la sinceridad y regocijo del pueblo que les agasajaba.

Llegaron los postres. Saltaron los corchos del champán y su espumante líquido desbordó las copas de cristal. Varios prohombres quiteños pidieron al Libertador un brindis. Bolívar estaba inflamado por el orgullo de aquella apoteosis tan intensamente suspirada. Estaba al borde de la deificación. Accediendo a las voces que le aclamaban, se puso de pie.

Su retórica embelleció las frases. Sutilizó el concepto. Caldeada su imaginación por la magnificencia y la exaltación del ambiente, intercaló estas palabras, al concluir un párrafo sonoro:

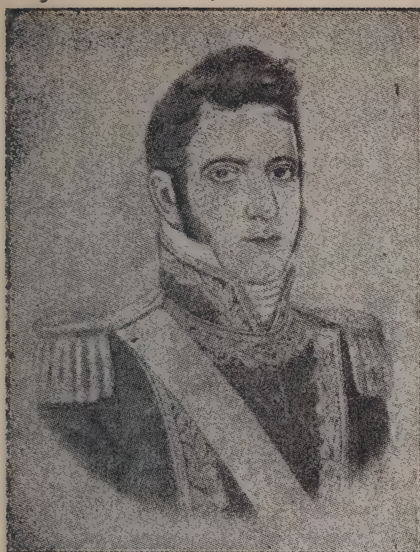
"...*No tardará mucho el día en que pasearé triunfante el pabellón de Colombia hasta el suelo argentino!...*"

Varios de los jefes presentes sintieron subir a su rostro la sangre heroica con que regaron el árbol de la libertad de su patria. Eran cinco argentinos; comandaban la división auxi-

liar enviada por San Martín a tomar parte en la guerra de Quito. Eran los coroneles Andrés de Santa Cruz y Félix de Olazábal, y los comandantes Juan Lavalle, Antonio Sánchez y Francisco Villa. Uno de ellos, al terminar Bolívar, se levantó de su asiento, en actitud de hacer uso de la palabra. Cesaron los aplausos y se aguzó el oído. Don Juan Lavalle, el joven comandante de los "*Granaderos a caballo*"—los héroes de Río Bamba, —aprestóse a brindar espontáneamente. Su bizarra presencia y aire marcial impusieron al auditorio. Pidió la palabra con mesurado acento, pero con mirada que centelleaba indignación, y expuso que deseaba aclarar un error. Y refiriéndose a una frase vertida en el brindis anterior, dijo con voz rotunda y altiva:

—*¡La República Argentina se halla independiente y libre de la dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas hechas para reconquistar su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro himno nacional consagra esos triunfos!*...—Y agregó, levantando su copa, lo que imitaron los demás jefes argentinos:—*¡Brindo, pues, señores, por la independencia de Sud América y de la República Argentina!*

Todos los presentes secundaron el brindis, llevando la copa a los labios. Algunos aplaudieron. Pero ninguno intentó brindar a continuación. La sobremesa se prolongó breves minutos, con mal oculta displicencia, y al levantarse los comensales, la faz de Bolívar estaba sombría y su mirada parecía querer fulminar, en algunos cruces rápidos, al grupo de los altivos militares argentinos.


General don Carlos de Alvear

LA BATALLA DE ITUZAINGÓ

(20 de Febrero de 1827)

(Fragmento de un extenso estudio en preparación con rectificaciones históricas.)

I

...Alvear había hecho alto con sus tropas, a efecto de disponer el orden que ocuparían en la batalla.

Aquella noche, en el silencio que envolvía al valle y bajo el imperio de las tinieblas, los corazones latieron con un fervor místico.

Solemnes visiones desplegaban sus alas en la mente de los veteranos.

¡Acercábase el instante de la ansiada lucha!...

¡Cuántos de aquellos guerreros, de andrajoso uniforme, no alcanzarían a ver la noche siguiente!



Hay, en la víspera de las grandes batallas, cierto mutismo en la misma Naturaleza que parece agigantar al hombre, hacerlo extrahumano, sublimizar sus ideas.

Es la proximidad de la muerte, ha dicho un célebre escritor.

Podría agregarse que es, también, la sagrada vislumbre del deber.



Las estrellas eran las únicas luces que encontraba la mirada... Luces lejanas, de mundos misteriosos...

Para el militar en campaña el cielo es una página inmensa, donde cada astro simboliza un recuerdo.

Unico testigo presencial de esos actos heroicos que pasan inadvertidos entre el tumulto y la vorágine de las batallas, el firmamento tiene algo de tribunal supremo para los sacrificios ignorados.

El heroismo es una virtud, y como toda cualidad espiritual tiende siempre a lo excelso; por eso los héroes están más cerca de la gloria que los demás hombres.



La noche parecía haber querido desplomar todas sus tinieblas sobre aquellos lugares...

Los escuadrones eran masas de sombras... Pasaban lúgubremente; oíase una voz de orden, repetida a la sordina por los oficiales; luego, se acampaba en silencio...

Tenía pena de la vida el que encendiera fuego.

Los ayudantes del Estado Mayor iban y venían, entre la oscuridad, llevando las órdenes del General en Jefe...

A veces, donde creían encontrar la división de Paz hallábanse con la artillería de Iriarte; regresaban por un lugar que creían expedito y de improviso los centinelas les daban el ¡quien vive!...

¿Era aquello un ejército?... Hubiérase dicho el delirio de una imaginación enferma.



¡Era, sí, el Ejército Republicano, que se aprestaba a derrotar las águilas blasónicas de un Imperio!

Allí, en la oscuridad, muchos jefes pronunciaban, íntimamente, un nombre: ¡San Martín!

Era una evocación, un recuerdo, que cruzaba en las almas.

"*¡Los hombres pasan y sus obras quedan!*", dijo al morir Fernando de Lesseps.

El guerrero argentino, desde la lejanía, aun proyectaba su lumbre sobre aquellos espíritus.

Los antiguos latinos juraban por Eneas; ellos hubieran jurado por él.

II

Aparecieron, al fin, entre ligeras neblinas, las primeras luces rosadas de la mañana, como en Austerlitz...

También, en aquella batalla, el ejército que marchaba en retirada fué el vencedor.

Es cierto que entre aquellos valientes estaba Murat; pero aquí palpitaba Lavalle: se buscaba a Lannes y se encontraba a Olavarría.



¡Amaneció el día 20 de febrero de 1827!...

Junto con los primeros albores empezóse a sentir el tiroteo de las avanzadas enviadas por Lavalleja, contra la vanguardia imperialista.

¡Los regimientos, recibieron orden de ensillar las caballadas de pelea!...

En los semblantes brillaba, bajo una satisfacción no disimulada, la vehemencia patriótica de las divisiones.

Pasaban, en la frescura de la brisa matinal, reminiscencias gloriosas de Chacabuco y Maipo.

Estridentes toques de clarín, al tomar posiciones las fuerzas, evocaban toda la radiante epopeya de la Independencia.

*
* *

...¡Y aquellos soldados eran los harapientos, los famélicos, los "*desnudos de Ituzaingó*", como los ha llamado Osvaldo Magnasco; los que habían marchado devorados por la fiebre y extenuados por las fatigas... Tenían más alma que cuerpo... Eran héroes!...

En sus encuentros preliminares a la formación definitiva, Soler, Paz, Lavalle, Olavarría, Olazábal, el desdichado Brandzen, y tántos otros, aparecían con el rostro iluminado por una vivacidad extraña y erguíanse arrogantemente, como si aquel fuese el ambiente que daba vida a sus pensamientos y talla de titán a su estatura.

*
* *

El general don Carlos de Alvear (1) desde una altura, rodeado de sus ayudantes de campo y del Estado Mayor, empezó a desplegar sus fuerzas en línea de batalla.

El joven general, que "*era un Alcibíades*", según el historiador D. Bartolomé Mitre, por su belleza varonil e incomparable apostura, tenía también esa fogosidad que es patrimonio de los guerreros.

En la batalla de Ituzaingó se realza su figura en primera línea; de los laureles a él le pertenece una parte...

---

(1) Por mucho tiempo ha persistido el error de llamar al general Alvear don Carlos María de, siendo que este nombre no figura en su partida de nacimiento, como lo comprobara en su conferencia ante la Junta de Historia y Numismática, en sesión del 16 de julio de 1920, el erudito investigador doctor don Martiniano Leguizamón. Ya habían contribuído a rectificar tal error, deslizado en las obras de Mitre y López, los señores don Arturo Scotto, en 1906, en las columnas de "El Diario", y don Gregorio F. Rodríguez en su "Historia de Alvear", año 1913. **(Nota del autor).**

Si en la campaña faltó estrategia, en aquel campo hubo táctica.

El príncipe Eugenio lo hubiera censurado; pero el mariscal de Saxe, que decía: "*hay más habilidad de lo que se cree, en tomar disposiciones malas si se saben cambiar en buenas en momento oportuno*", lo hubiese aplaudido...

... ...

III

La batalla de Ituzaingó, (1) donde argentinos y uruguayos, hermanados por una misma causa, sostuvieron tan brillantemente su reputación heróica, es para nosotros gloriosa en muchos sentidos.

Con ella puede decirse que se cierra, cual con un broche de diamantes, la primera parte de nuestra historia militar.

Esa acción, que costara la vida a dos valientes jefes de las tropas republicanas, dió por tierra con las pretensiones imperiales sobre la provincia "*cisplatina*", y dió, también, ocasión para que las arrojadas caballerías argentinas demostraran a los soldados de una potencia europea el torrencial empuje y la legendaria bravura que las aureolaran en los campos de batalla.

Los esforzados combatientes de aquel día eran en su mayor parte, dentro del Ejército Republicano, militares que ostentaban en el peto de sus casacas las medallas y los cordones de la gran Cruzada Redentora; jefes que habían regresado de aquellas campañas con un laurel en su elástico, pero como dijera el general Necochea, "*sin más fortuna que sus heridas*".

Eran guerreros que habían redimido a su patria, dado libertad a Chile, proclamado la independencia del Perú, combatido

---

(1) El doctor Adolfo Saldías la denomina "de Cutí-zaingó". Los brasileños la llaman "batalla del Paso del Rosario". Como bien observa el escritor uruguayo E. Acevedo Díaz, dicha acción fué librada sobre la margen derecha del río Ibicuhy: por lo tanto debió ser denominada, con más propiedad, batalla de Santa María o Ibicuhy Grande, nombre del río. (Nota del autor).

en los arenales de Moquehuá y marchado al Ecuador, contemplados por los genios de las muertas razas de América desde las cimas del Pichincha y Chimborazo, para darle la victoria de Junín a Bolívar y acuchillar los últimos escuadrones iberos en el campo de Ayacucho.

¡Parecían estar predestinados a triunfar en Ituzaingó y a coronar su vida consagrando la independencia uruguaya!



Gral. don Rufino Guido. (De fotografía)

EL GENERAL DON RUFINO GUIDO

(1795-1880)

Una de las más típicas figuras entre aquella pléyade de guerreros que combatieron por la independencia nacional; militar por excelencia; hombre de acción; temperamento propio para los hábitos de la vida de campaña y la disciplina marcial: tal fué el general don Rufino Guido.

Hasta su porte, rígido y severo, y el semblante adusto, denunciaban en él tales características. Por eso entre la heroica falange de los libertadores su silueta tenía el perfil de un paladín de romance.

Nació el general Guido en Buenos Aires el 9 de julio de 1795. (1) Mitre, refiriéndose a la formación de la oficialidad de los "*Granaderos a caballo*", dice que el general San Martín "*creó al lado de ella un plantel de cadetes, que tomó del seno de las familias espectables de Buenos Aires, arrancándolos casi niños*

---

(1) Tengo este dato de su sobrino, don Carlos Guido y Spano. En la obra "Memorias y Autobiografías", de don Adolfo P. Carranza, se da como fecha de nacimiento el 19 de enero de 1794. También el mismo da, erróneamente, como año de su muerte el de 1885. **(Nota del autor).**

de los brazos de sus madres." Entre esos cadetes ingresó Guido, a los 17 años.

Estuvo en la toma de Montevideo, marchando luego a la campaña del Alto Perú, encontrándose en los combates de Mojos y la Quiaca.

En la sorpresa del Tejar, cuando el coronel don Martín Rodríguez, que mandaba la vanguardia del ejército auxiliar del Alto Perú, fué hecho prisionero con su fuerza por una división española, el entonces teniente de Granaderos don Rufino Guido escapó a la prisión en las casamatas del Callao, realizando una notable hazaña digna de recordarse al par de la del temerario Necochea.

Guido, prisionero con otros Granaderos, rehusó servir en el ejército enemigo, como se le propuso, llegándosele a ofrecer el reconocimiento de su grado en las filas realistas. Y en uno de los días de marcha por campos desiertos, sublevó, intrépidamente, a sus compañeros de infortunio; e imponiéndose a la guardia que los conducía, logró regresar con ella prisionera al cuartel general del ejército patriota.

También en el día infausto de Sipe-Sipe, cuando la derrota enlutaba las armas de la revolución, fué Guido quien dió la última carga de caballería; carga denodada, que, precedida por las de Necochea, Rojas y La Madrid, salvó los restos del ejército en retirada.

En 1816 pasó al ejército de los Andes, que San Martín organizaba en Mendoza, revistando junto con don Angel Pacheco, como ayudante mayor en el escuadrón "*Cazadores de la Escolta*", que comandaba el teniente coronel don Mariano Necochea. Asistió en tal grado a la batalla de Chacabuco y sorpresa de Cancha Rayada.

La primera noticia que San Martín envió desde el campo de batalla de Chacabuco a Buenos Aires, anunciando a Pueyrredón la victoria, la traía el sargento mayor Manuel de Escalada, cuñado suyo; el 14 de febrero de 1817, a las 3 de la tarde, pasó este oficial, agitando una bandera española y gritando ¡victoria!, por la plaza de Mendoza, donde enseguida se echaron a vuelo las campanas, con gran júbilo. El parte detallado de la acción lo portaba don Rufino Guido, que venía en pos de Escalada, por las nevadas sendas de la cordillera, reventando caballos a fin de alcanzarle; con diferencia de horas llegó a Mendoza, siguiendo

viaje a Buenos Aires, ''*donde aquellos días fueron de locura para el pueblo*'', según dice Pueyrredón.

En la batalla de Maipo, Guido era sargento mayor graduado, y revistaba en el escuadrón de Cazadores a caballo, que mandaba el sargento mayor don Lino Ramírez de Arellano. Luego tomó parte en la expedición libertadora al Perú. Cúpole el honor de dar el primer combate en tierra peruana, poniendo en fuga a una columna realista del marqués de Quimper.

Encontróse en 1821 en el sitio del Callao, y cinco años más tarde asistió a su rendición.

El general San Martín distinguió siempre a Guido, entre los jefes de su ejército. En 1822, nombrado coronel efectivo, eligióle aquél para primer ayudante suyo, en reemplazo del coronel Paroissien. Acompañóle a la célebre entrevista de Guayaquil, en tal carácter. Y cuando el gran capitán de América se retiró del Perú, al embarcarse aquella histórica noche del 20 de septiembre de 1822, Guido fué el único a quien permitió que le acompañase hasta el buque a vela en que se alejaba de la tierra de los incas.

Después Guido continuó la campaña a las órdenes de Bolívar. Y cuando el Callao fué rendido, dió por terminada su vida militar, regresando a Buenos Aires, con el peto de su casaca lleno de medallas, y las condecoraciones con que Chile y el Perú recompensaron a sus libertadores.

Más tarde residió en Lima, y el 15 de agosto de 1880 murió en su ciudad natal, "*en medio del amor y el respeto de su pueblo, que condujo sus restos en triunfo hasta el sepulcro.*"



General don José María Paz, vencedor en la Tablada.

LA BATALLA DE LA TABLADA

(1829)

Al Dr. don Miguel F. Rodríguez.

I

A medida que el tiempo transcurre y las intransigencias de otra época van desapareciendo, suavizadas por el anhelo común, sentimos, los argentinos, cada vez más intensamente, un profundo respeto por todo hecho o figura que, con digna aureola, pertenece a la historia de nuestra evolución política.

El hecho de armas que nos ocupa, es una de aquellas páginas en que fulgura la santa causa de la libertad y la justicia, con resplandor de victoria.

La batalla de la Tablada, en que las fuerzas mandadas por Facundo Quiroga, "*el tigre de los llanos*", a pesar de ser sumamente superiores en número, fueron deshechas y dispersadas por las aguerridas tropas del general Paz, es como un relámpago de gloria, que ilumina el escenario nacional cuando ya los caudillos iban extendiendo sobre la patria una noche fatal de sangre y luto.

II

El general don Juan Facundo Quiroga, ese "*Facundo*", en que Sarmiento encuentra el "*tipo de barbarie primitiva*", aterrorizaba los ánimos con su fama de brutal y sanguinario. Su nombre corría las campañas con aureola de invencible. El mismo Paz le llama su "*formidable adversario*", al saber que se ha puesto en campaña. Y refiriéndose a él, dice en sus escritos póstumos: "*Ya se halla en el teatro de la guerra el hombre singular que desplegó en lo sucesivo tanto genio como audacia, tanto valor como actividad, y que, precedido del terror que inspiraban sus sangrientas ejecuciones, era mirado como inspirado e invencible por la insensata muchedumbre.*"

Se concibe, por lo tanto, que al ponerse bajo su protección el general Bustos, también caudillo federal, derrotado por el ejército unitario de Paz en la batalla de San Roque, la provincia de Córdoba quedase seriamente amenazada. El general unitario vencedor, colocándose al frente del Gobierno, del cual Bustos se apoderara violentamente, procuró, por todos los medios a su alcance, regularizar el estado económico de la provinvia y "hacer triunfar las ideas federales por la adopción de sus mismos principios."

Pero Quiroga, no bien supo la derrota de Bustos por él mismo, se movió con 4.000 jinetes y 1.000 infantes en dirección a Córdoba, dispuesto, según sus intenciones a escarmentar a los "mocosos vencedores de San Roque", como llamaba en su altanería a los soldados del general Paz. Este salió a presentarle batalla, quedando la ciudad sin otra defensa que "cien jóvenes dependientes de comercio, treinta artesanos artilleros, y diez y ocho soldados retirados y seis coraceros enfermos, parapetados detrás de zanjas hechas a la ligera y defendidos por sólo cuatro piezas de artillería."

III

Buscaba el general Paz, con su talento militar tan práctico, un encuentro con las fuerzas de Quiroga en terreno favorable, sabedor de las masas de caballería que éste traía. Pero su intento fué desbaratado pues, con mayores medios de movilidad, y haciendo un rodeo. Quiroga se encaminó hacia la ciu-

dad, presentándose frente a ella mientras las fuerzas de Paz quedaban muy distanciadas, a retaguardia.

Heroica fué la defensa de los vecinos cordobeses; tan heroica, que las caballerías gauchas de Facundo se estrellaron ante la resistencia, dejando sembrado de cadáveres el campo. Varias veces los terribles "Colorados" fueron lanzados al ataque, y otras tantas se retiraron, impotentes, ante la imposibilidad de tomar la ciudad. Creían los cordobeses que luchaban contra montoneras de las que se habían sublevado en la campaña, y su vigor en la defensa, en vez de disminuir, aumentaba; cuando incidentalmente, por boca de un herido, llega a ellos un nombre que les espanta y paraliza su acción, haciéndoles considerar inútil toda resistencia. ¡Aquellas son las fuerzas del general Quiroga!... ¡Facundo!... "¡El Tigre de los Llanos!" Y asociando a la evocación todas las voces corrientes, entran en negociaciones con él, atemorizados por su anuncio de incendiar la ciudad, la que entregan... ¡Tal pánico infundía el renombre del caudillo en el interior!... Y, sin embargo, ya el mismo Quiroga dudaba de conseguir tomar la ciudad, en conocimiento de que Paz, a marchas forzadas, se dirigía contra su ejército. El general Paz llegó esa misma noche a las inmediaciones, sin que los cordobeses, que ya habían capitulado, tuviesen la menor noticia de su socorro.

IV

Quiroga entró a Córdoba el 21 de junio de 1829, acampando su caballería en el llano de La Tablada, distante una legua de la ciudad, y guarneciendo ésta con la infantería. El día 22, el general Paz, que comprende el error cometido por su adversario en la mala disposición de las fuerzas, se presenta en orden de combate con sus 2.350 hombres, entrando al llano en tres columnas paralelas, mientras la caballería de Quiroga se opone a su avance con furiosas cargas. El orden de Quiroga es oblicuo. Al principio, el ejército federal consigue ventajas, arrollando a La Madrid, que manda el ala derecha; pero la reserva, utilizada en el preciso momento por el golpe de vista táctico del general Paz, va a restablecer la situación, al mando de Pedernera y Pringles, que con sus aguerridos soldados rom-

pen las formidables embestidas de las masas que Facundo lanza al ataque.

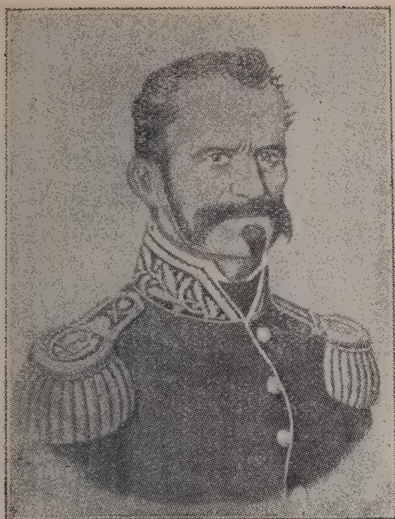
Dice Paz, en sus "*Memorias póstumas*", "*texto bíblico para el historiador argentino*", según el doctor Vélez Sársfield:

"*Después de choques encarnizados y de cargas vigorosas y recíprocas que se sucedieron con la rapidez del relámpago, el enemigo fué arrollado pero no vencido del todo: cedió terreno, se replegó en confusión sobre sus últimas reservas pero sin huir decididamente.*"

El triunfo quedó indeciso el primer día; al siguiente (23 de junio), Quiroga, que se había replegado, bajo el amparo de su infantería, a la ciudad, volvió a tomar la ofensiva, rehecho, y la batalla se renovó con igual encarnizamiento. El 2 de caballería y el 5.º batallón de infantería decidieron la victoria en favor del general Paz; sus veteranos de Ituzaingó abatieron el orgullo del general Quiroga, dispersando en todas direcciones las masas de jinetes que constituían su ejército.

V

"En la Tablada se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad bajo sus más altas inspiraciones", dice Sarmiento. Efectivamente, en aquel campo hay un aliento épico en el choque de las caballerías; "el culto del coraje", que labró la dura piedra para el pedestal de la República. De ambas partes hay gauchos, nervio nacional, sangre argentina, combatiendo en sublime anhelo por el triunfo de sus ideas. Si bien de un lado están los facones y las lanzas de la barbarie indómita, flotando el rojo distintivo federal y al servicio del siniestro Facundo Quiroga, que representa el caudillaje, y del otro, los sables y los cañones de la independencia, defendiendo la inmaculada enseña celeste y blanca, y al mando del general Paz, que simboliza "las ideas más elevadas del patriotismo".



General don Gregorio Aráoz de La Madrid

EL GENERAL LA MADRID

(1795-1857)

I

El Ariosto no soñó paladín más fantástico y valiente.

Los romances de caballería no ostentan una figura más épica y temeraria.

Nació, como dijo un general argentino en el panegírico de su vida, "*para iluminar la historia con los relámpagos de su espada.*"

Los campos de la independencia viéronle pasar poseído de lo que alguien llamó "*el delirio del combate*".

Sableador infatigable del enemigo, decía al general Díaz, antes de Caseros, cuando ya llevaba cuarenta años de aquel guerrear legendario a vanguardia:—"*Si hay alguna refriega, pido al General en Jefe que me haga el favor de no darme ninguna colocación en que sea preciso esperar para pelear, porque si me obliga a permanecer a pie firme, después que se haya disparado el primer tiro o dado la primera carga, se expondrá a que yo dé en el ejército un ejemplo de insubordinación.*"

...Y ya habían nevado cincuenta y siete inviernos sobre su frente.

...Y tenía el cuerpo acribillado de heridas.

...¡Y había buscado, desesperadamente, la muerte, en cien combates!

II

Decíase de él y del coronel Zelaya—otro valiente,—que ambos eran las primeras espadas de la caballería argentina.

Y efectivamente, no hay una sola de las acciones de guerra en que el general La Madrid intervino que no pudiera ser motivo de un bajo relieve heroico.

En los ingenios de Culpina, a inmediaciones del Río Pilcomayo, su arrojo adquiere los contornos de la fantasía.

Espera al enemigo, que se adelanta en número de 600 hombres, con sólo un puñado de soldados.

Al primer tiroteo su combinación táctica es desbaratada.

Entonces carga, con diez de los suyos.

Rechazado, vuelve a arengar a sus pocos fieles, hace tocar "*a degüello*", y ataca nuevamente...

El enemigo cala bayoneta, y aguarda el choque, con su primera línea rodilla en tierra...

Casi todos vuelven cara, ante las descargas de fusilería, sin llegar al encuentro del arma blanca.

Solamente La Madrid, con tres soldados que le siguen, a viva espuela, sin cuidarse de los que huyen o caen, envueltos en el humo de las descargas, llega, choca, sablea la línea, se abre paso con poderoso esfuerzo, y aparece después, a retaguardia de los contrarios, levantando en la punta del sable un pañuelo con los colores de la enseña argentina, como señal de reunión de los dispersos...

¡Y esto no fué todo!...

La Madrid furioso era como un jabalí acosado.

Necesitaba vencer o morir...

Los contrarios, sin perseguirle, muévense en socorro de una guardia suya que ha sido atacada por los indios de Camargo.

La Madrid, rehecho, con algunos de sus valientes, se opone a aquel movimiento, y carga por tercera vez.

Sus jinetes se corren por los flancos, sin chocar; y el intrépido tucumano es el "único" que se estrella contra las bayonetas, dejando su caballo, muerto de cinco balazos y tres bayonetazos, al pie de la fila enemiga.

Los mismos oficiales españoles se asombran de aquel valor.

Gritan: —"*¡Alto el fuego!... ¡No lo maten!...*"

Entretanto, La Madrid corre por el campo, sable en mano, arrojando chispas de fuego heróico por los ojos y buscando el punto más débil del batallón contrario, para echarse sobre él y abismarse sólo en la muerte, ávido de un ensueño inmenso de gloria y desesperación...

Pero dos de sus soldados, que comprenden aquel pensamiento, en un ágil golpe de astucia gaucha, pasan volando en sus potros al costado de su jefe, tomándole entre ambos por los faldones de la casaca y por el corbatín, súbenle en ancas, y se lo llevan con la rapidez de una centella...

III

Sublime lo contemplamos en la derrota del río San Juan, arrojándose el último a las aguas correntosas del mismo, después de defender—como Bayardo en el puente de Garigliano,—la retirada de sus tropas.

¿Y en el Tala?...

¿Qué guerrero de las antiguas leyendas puede establecer paralelo con aquel episodio de su vida?...

Facundo Quiroga—el sombrío caudillo de La Rioja,—tenía fuerzas cuatro veces superiores.

La Madrid contaba con unos escuadrones de milicianos, cincuenta infantes, y su espada.

Empeñada la acción, sus proezas empiezan a iluminar el cuadro.

Los famosos "*Colorados*" de Quiroga son arrollados y perseguidos.

La infantería queda haciendo frente.

Quiere cargarla La Madrid, y al no ser obedecido increpa a sus jinetes y se arroja, solo, en impetuoso anhelo, sobre los gauchos de Facundo.

Hiere a diestra y siniestra...

Le matan el caballo...

Carga a pie...

Su sable describe molinetes sangrientos...

Sintiéndose herido, redobla sus golpes, y acuchilla sin cesar.

Y cuando su brazo, fatigado, se empieza a doblar bajo el acosamiento de la superioridad enemiga, y la hoja de su sable se rompe, y su cráneo ha sido partido a sablazos, y la sangre le baña el rostro, y las bayonetas rasgan sus carnes... únicamente entonces, cae, con intermitentes accesos de ira no domada todavía...

Los adversarios, teniéndole ya en el suelo, dispáranle el tiro de gracia detrás de la oreja, quemándole el rostro con el fogonazo...

...Poco después, Facundo, victorioso, busca empeñosamente el cadáver de su rival por el campo.

¡Y solamente encuentra sus prendas militares desgarradas, y un reguero rojo, y una hoja de sable, quebrada, llena de sangre y melladuras!

...La Madrid había sido recogido por su asistente, entre unas breñas, acribillado a heridas, mutilado, con la fatigosa respiración de la agonía. Exhalaba una especie de ronquido, de estertor... y de rato en rato, con esfuerzo imprevisto, bramaba:—"*¡No me rindo!... ¡No me rindo!...*"

¡Su mano apretaba una empuñadura de sable con la hoja rota!

IV

Este era el héroe cuyo renombre corría por todas las provincias del interior, durante la época de la Tiranía.

El paladín que vencido en Rodeo del Medio, deshechas sus tropas y perseguidas por fuerzas superiores, se precipita sobre sus últimos restos, como en tiempos de la Independencia, y formándolas bajo los fuegos enemigos, retírase con las mismas "en orden".

Este es el guerrero de la causa redentora, que, en días infaustos, huyendo del tirano Rosas, cruzaba los Andes para buscar la protección extranjera, durmiendo bajo el manto de

nieve de la Cordillera con su glorioso bagaje de heridas...

Este es el personaje a quien adoraba el gauchaje tucumano, comentando sus hazañas en las veladas del fogón o corriendo a su paso, para mostrárselo a sus hijos.

Circulaba la versión de que para mantener la cabeza en posición normal, insegura por la huella de formidable hachazo, usaba al cuello un corbatín de cuero crudo.

Los habitantes de San Felipe, en Aconcagua, expiábanle, con cierta superstición, cuando se sentaba en la alameda, ansiosos de cerciorarse si efectivamente, según se contaba, el general La Madrid tenía el cráneo cubierto con un pedazo de mate, por haberle sido cortado en uno de los hechos de armas que constituían su legendaria aureola...

¡Ese era el general La Madrid!... ¡El "*loco*" La Madrid, como le denominaban algunos jefes de su tiempo, que le conocían y le estimaban!

Cantado al son de las guitarras y celebrado en los campamentos.

Y al que atajaban los provincianos, en 1826, cuando se alejaba hacia Buenos Aires por haberle negado la entrada el gobernador Laguna, de Tucumán, coreándole canciones como estas:

La Madrid se va p'abajo,
no lo dejemos pasar,
reunámonos, paisanitos,
que a la fuerza se hai quedar.

Ni preso quieren que dentre
a su pueblo disgraciado.
¡En premio de sus servicios
bonito pago le han dado!

¡Año y cuatro meses hace
muerto lo vimos pasar!
¿Quién nos diría, paisanitos,
que así le habían de pagar?

¿No parecen, estas coplas, versos del romance antiguo?...

El mismo General dice en sus "*Memorias*", refiriéndose a la acción del Tala:

"*Recibí quince heridas de sable; en la cabeza once, dos en la oreja derecha y una en la nariz, que me la volteó soble el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo y más un bayonetazo en la paletilla, junto con el cual me habían disparado el tiro para despenarme, ya tendido en el suelo. Después de esto me pisotearon con los caballos, me dieron de culatazos y siguieron su marcha....*"

¿No parece el general La Madrid — al leer esta relación — un paladín legendario, como fueron, en viejos ciclos caballerescos, Oliveros, Valdovinos o Reinaldos de Montalbán?...

EL CORONEL DON LORENZO BARCALA

El general Aldao, prisionero en Oncativo, regresaba a Mendoza desde Bolivia, adonde le llevaran y pusieran en libertad los dispersos de la Ciudadela. A su paso por La Rioja tuvo una entrevista con el general Quiroga; al lado de éste un edecán, militar de color, lucía sus charreteras de coronel. La mirada de Aldao lo envolvió en un relámpago de odio:

—"*¿Cuándo fusila a este negro?*"—fué lo primero que dijo a Quiroga.

...Aquel "*negro*" era el coronel D. Lorenzo Barcala, ¡un valiente!... El general Quiroga, a quien se rindiera en el Rodeo de Chacón, después de quemar el último cartucho, había respetado su vida admirando su valor. Solicitóle insistentemente para que entrara a su servicio, consintiendo el digno jefe en ser su edecán con la condición de que no se le obligaría a tomar las armas contra sus partidarios de causa.

El asesinato de Quiroga en Barranco Yaco fué de fatales consecuencias para Barcala, pues quedó desvalido. Retiróse a la provincia de San Juan; pero el gobernador de Mendoza, don Pedro Molina, lo reclamó, a pretexto de que conspiraba contra su gobierno. En realidad eran las instigaciones del feroz Aldao. Accedió el gobernador sanjuanino, don José María Yansón, y lo remitió custodiado. Una vez en Mendoza instruyósele un sumario en 24 horas y en la mañana del 1.° de julio de 1835 era fusilado en la misma provincia a la que había honrado con su nombre.

Muchos títulos tuvo el coronel Barcala para que la poste-

ridad lo recuerde. Su pundonor militar y su lealtad y disciplina eran proverbiales en los ejércitos en que actuó.

Había nacido en 1795, en la ciudad de Mendoza, y sus padres fueron negros esclavos. A pesar de que la época no era propicia para que la gente de color pudiese tener aspiraciones, el joven Barcala obtuvo su libertad y se alistó en el batallón de "*cívicos*" mendocinos. En 1820 se le ascendió a sargento, encargándosele la organización y disciplina de varios cuerpos. Las aptitudes y la ejemplar dedicación que demostró en esa tarea valieron que se le nombrase alférez.

Vinieron después los días de revueltas trágicas, y tomó parte activa contra las montoneras con que los hermanos Carrera intentaban dominar las provincias de Cuyo. Otro ascenso y un escudo en el cual decía: "*Aniquilé la anarquía*", fueron su recompensa.

Pasó a revistar en "*Granaderos*", en 1824, con el grado de capitán. Luego, en el movimiento revolucionario que en el mismo año se produjo en Mendoza, sublevó a los granaderos que estaban bajo su mando y se puso con ellos a las órdenes del general don Juan Lavalle, en contra del régimen opresor.

Merece consignarse entre las campañas en que tomó parte, la de la guerra con el Brasil. En ella conquistó los galones de teniente coronel y la estimación especial del general Paz. Acompañó a este jefe en su expedición a Córdoba el año 29; y debido a su activa propaganda entre el gauchaje cordobés y al ascendiente moral que entre la plebe tenía su persona, el ejército unitario engrosó sus filas y encontró un poderoso apoyo en las campañas.

El general Paz encargó a Barcala, después de la victoria de San Roque, la formación de un batallón con gente de color, al que denominó "*Cazadores de la libertad*". Este cuerpo fué un honroso exponente de las condiciones militares del coronel Barcala.

En el ejército libertador, donde sirvió con los jefes más prestigiosos, tuvo siempre, a pesar de su origen humilde, la confianza y el aprecio de sus superiores. También formó en la expedición al desierto del año 1833, en que mandaba el batallón "*Defensores*".

La pluma de un historiador ha expresado, en breves rasgos, los lineamientos principales de su figura; "*la austera moralidad*

de Barcala, dice, *sostenida con abnegación en su larga y borrascosa vida de soldado, las altas prendas de su carácter, la distinción de su persona, su reputación de valiente y el mismo trato familiar que le dispensaban sus jefes, habíanle atraído ya en aquella época el respeto y admiración de las clases de color, cuyos destinos e infortunios personificaba el ilustre negro.''*

MARMOL Y BRONCE



EL CORONEL
DON MARTINIANO CHARRAS
(1820-1894)

La historia argentina, durante las tres cuartas partes de su primer siglo, es eminentemente militar, pues a pesar de la consolidación definitiva de la República después de Pavón, las luchas contra el caudillaje y los indios y la guerra de la Triple Alianza, con algunas revoluciones derivadas del conflicto de ideas entre los hombres de gobierno, mantuvieron al país en una constante zozobra, hasta el año en que la expedición del general Roca al Desierto parece abrir para la nación una nueva era de civilización y progreso.

La figura militar cuyos lineamientos se trazan a continuación es la de uno de aquellos jefes, épicos y bizarros, que, sin más ideal que la justicia y la grandeza de su patria, pusieron siempre su espada al servicio de las nobles causas, sin ningún interés

en beneficios propios, sacrificando por el contrario su bienestar personal y arriesgando constantemente su vida en el cumplimiento heróico de una misión que era, por entonces, un deber supremo: el de establecer un gobierno libre, de instituciones republicanas, y organizar la nación según el programa de nuestra carta fundamental, dándole una constitución como base. Es, por lo tanto, una obligación de respeto y gratitud para los ciudadanos que hoy disfrutamos los beneficios de una realidad conquistada a costa de tantos esfuerzos, rendirle a tales varones el homenaje póstumo de admiración a que se hicieran acreedores por su valentía, su abnegación y su desinterés, en servicio de los más altos intereses de la patria.

El coronel de la Nación don Martiniano Charras nació en el Salto, (Pcia. de Buenos Aires), el 16 de Octubre del año 1820. Fueron sus padres el coronel de los Blandengues del Rey (1), don Francisco de Asís de los Santos Charras y doña Lorenza Rodríguez. Siendo adolescente abrazó la carrera de las armas, que era el sueño de todos los espíritus arrojados, empezando a servir en 1837, cuando la tiranía de Rosas, dominante con el terror, inflamaba los sentimientos patrióticos provocando el levantamiento de Corrientes como preliminar de la sangrienta acción de Pago Largo.

Momentos muy difíciles corrían para los argentinos de entonces que no transigían con las prácticas vergonzosas del Dictador. Entre los emigrados que huyendo del puñal del sicario se refugiaban en la hospitalaria Montevideo levantó el General Lavalle la enseña de la Cruzada Libertadora. A su desembarque en el Baradero, cuando después de la derrota de Sauce Grande dirigía sus operaciones sobre la capital, Charras fué de los primeros en alistarse en sus filas. Entre ellas se encontró en el combate de Arroyo de Aguiar y en la batalla del Quebrado Herrado, último acto de aquella tragedia cuyo héroe protagonista fué el mártir del valle de Jujuy. Fué Charras uno de los pocos que lograron escapar a la sanguinaria persecución de Oribe.

Más tarde, en su agitada vida militar, sirvió indistintamente a las órdenes de los generales Paz, Rivera, López, Urquiza, Ma-

(1)—"Era un antiguo cuerpo de lanceros del Río de la Plata, conocedor muy práctico del país, destinado a guerrear contra los indios de las pampas de Buenos Aires."

dariaga, Mitre (D. Bartolomé y D. Emilio), Paunero, coronel Olavarría y otros. El General Urquiza, que hubo de degollarle en Vences, tomóle luego gran predilección, y Charras le acompañó como Sargento Mayor al sitio de Montevideo y a la batalla de Caseros, donde fué aniquilado el poder de Rosas.

Causas políticas obligaron al Sargento Mayor Charras a defender su provincia, lo que le impulsó a separarse del General Urquiza, no sin hacerle presente el motivo de ello, diciéndole: —*He acompañado a V. E. a derribar al tirano, pero ahora no puedo servirlo porque V. E. está en contra de la provincia de mi nacimiento y en contra de mis ideas, así es que pondré mi brazo y mi lanza al servicio de ella*". El General Urquiza, caballerescamente, ante aquella franca declaración, repuso:—"*Vaya Vd. Comandante Charras, y cumpla con su deber; y sepa que hombres como Vd. tienen siempre un lugar en mi aprecio y en las filas de mi ejército*".

Cuando el sitio de Buenos Aires por el coronel Lagos, cúpole la honra de cargar con un batallón a 2000 infantes, que estaban al mando del jefe sitiador en la antigua capilla "Bola de oro", arrojándolos de sus trincheras.

En la batalla de Pavón, el comandante Charras era el segundo jefe del 7.° de caballería, que mandaba el coronel don Manuel Baigorria, el cual díjole: —"*Vd., comandante, haga y deshaga, porque yo no conozco estos parajes; no me considere como superior.*"

Sarmiento, refiriéndose a la parte honrosa que cupo a ese regimiento en la batalla, dice lo siguiente: "*Tuvo la gloria, en Pavón, de ser el único cuerpo de caballería que peleó con éxito, saliendo reunido del campo cuando el resto de la caballería había flanqueado por todas partes... Sin su oportuna aparición en el Pergamino, cuando el general Hornos hacía frente con 300 hombres a 700 mandados por Prida, logra éste entrar en la campaña de Buenos Aires, entregarla a saco, reuniendo sus filas a diez mil dispersos armados que sólo buscaban un centro y jefes para proclamar la federación triunfante.*"

Cuando el comandante Charras entró al Pergamino, salió a abrazarle el valiente general Hornos, quien le dijo:—"*¡Ahora que está usted aquí, comandante, aunque me sitie el diablo!...*" Juntos lograron desbaratar a los contrarios.

Transcribimos los siguientes párrafos del escritor doctor

don Estanislao S. Zeballos, en su "*Callvucurá o la dinastía de los Piedra*", sobre aquel regimiento 7.° de caballería, famoso, del cual fuera Charras uno de los jefes. "*Especie de escuadrón salvaje, disciplinado y con buenos oficiales, célebre, más tarde, por su participación en nuestras luchas civiles, como por su grandiosa banda de clarines que resonaba en el desierto haciendo un héroe de cada soldado, y la que Sarmiento llamó "única" en nuestra caballería.*"

Vibraban, todavía, en los oídos las últimas clarinadas del largo ciclo de anarquía que había tenido envuelto en luchas al país, cuando el toque insólito de *¡atención!* hizo extremecer las fibras patrióticas: acababa de estallar la guerra con un país limítrofe. Todas las fuerzas se reconcentraron para emprender, con el general Mitre a la cabeza, una larga y penosa campaña, situación que aprovecharon los caudillejos de las provincias del interior para levantarse en armas y empezar sus depredaciones.

El comandante Charras debió ser uno de los jefes que llegaron en dicha guerra a conquistar los galones que les faltaban para culminar en la carrera, pero la Nación necesitaba hombres de aquilatado temple para refrenar a los montoneros y entre los militares escogidos que, con escasas fuerzas, quedaron para ello, tocóle esa misión, por lo que renunciando a su puesto en el ejército de la Triple Alianza, quedó destinado a combatir contra los que intentaban perturbar el orden con sus pillajes y vandalismos. El general D. Emilio Mitre fué uno de los que más se interesó porque quedara un jefe del prestigio y reconocido valor de Charras, a fin de contenerlos.

Epoca terrible fué la del 65 al 68. Las feroces indiadas, más engreídas que nunca por haber tenido que marchar todos los contingentes militares al Paraguay, pasaban a sangre y fuego por los pueblos, llegando con sus pavorosos alaridos hasta las puertas de Buenos Aires. Las salvajes montoneras, formadas por los elementos federales, dispersos después de la guerra civil, recorrían las provincias ensangrentándolas con inauditos horrores. El caudillo Felipe Varela hacía temblar el suelo de la República con 5000 hombres de pelea, 2500 chilenos y 2500 argentinos.

El día 5 de junio de 1867, en el Durito, se encontraron, frente a frente, Charras y Varela. Las fuerzas de aquél sólo

revistaban 720 sanjuaninos, a quienes *"les había prendido el sable hacía pocos días"*.

El encuentro fué heroico, durando la acción todo el día. Al caer la noche, Varela, con sus fuerzas hechas pedazos, huía del suelo de la República... *"¡Muy alto se han elevado las armas argentinas, Exmo. señor, en el día de hoy!..."* decía en su parte al Gobierno el general Paunero, refiriéndose a esta acción.

Otras lanzas temibles se alzaban en el territorio nacional, y eran las de los montoneros Juan y Felipe Saá, apodado el primero *"Lanza seca"*, por su costumbre de hacer ejecutar los prisioneros a lanza.

En el Portezuelo, cuando el último de los citados atacó la retaguardia del general Paunero, consiguiendo arrollarla, Charras, con su regimiento, le dió la victoria atacando, también por retaguardia, a los que se creían vencedores. El propio general Paunero, al entrar luego en Mendoza, lo presentó al pueblo como el verdadero héroe del combate.

La frontera del Norte, de la que tuvo el comando como jefe durante casi veinte años, fué amplio teatro de sus prozas. En la acción del Mate los indios contaban con 1600 lanzas de pelea y el coronel Charras apenas tenía 110 hombres. Era necesario vencer, y al toque famoso de *"sable en mano y a degüello"*, carga sobre los bárbaros, arrojándoles deshechos al fondo del desierto. El después general D. Lorenzo Wínter, que entonces estaba a las órdenes de Charras, tuvo su participación gloriosa en aquel hecho. Sarmiento hizo un comentario elogioso de la acción en su diario "El Nacional".

Transcribimos del artículo publicado por "La Nación" en la fecha del centenario del coronel. *"Son famosos los incidentes personales que tuvo con guerreros tan violentos y feroces como Sandes, Sáa y el Chacho. De todos ellos salió airoso merced a su presencia de ánimo y a su valor indiscutido...*

"El coronel Charras fué fundador del pueblo de Carcarañá. Luego se dirigió al Norte, haciendo en 1865 la campaña del Chaco, cuando aquellas regiones estaban casi inexploradas. Los indios le respetaban y temían por su entereza y su don natural de mando.

"Cuando la revolución del 74 se disgustó con Sarmiento, quien llegó a dar orden de que le prendieran "vivo o muerto".

Sin embargo, el mismo Sarmiento fué quien, llegado a la Presidencia, había llamado (años antes) *a Charras, para decirle:* —*"Coronel, conozco todos sus grandes servicios, y aquí tiene " la efectividad del grado de coronel que hace diez años se le " debía haber dado".*

"Muchos de los oficiales que sirvieron a las órdenes del guerrero que nos ocupa llegaron, más tarde, a ser figuras brillantes del ejército, como el general Wínter, el general Villegas, el general Montes de Oca, el coronel Maldonado y otros."

Dice "La Prensa", del 16 de octubre de 1920: *"El coronel Charras, que murió con el grado que le diera Sarmiento, solía decir sin tono de jactancia o de queja: "¡Pude ser varias veces general, por hechos y servicios", exclamación con que sólo mostraba su satisfacción de soldado y de patriota.*

"Su firme carácter y su valor se hubieran puesto a prueba en lejanas tierras, si el deseo de servir a su patria no se lo hubiese impedido. Amigo del general Garibaldi, éste le dijo una vez: —*"¡Venga usted conmigo; los dos tomaremos a Roma!..." Y no recibió el laurel italiano, que sin duda hubiera conquistado, como eludió la extraña aventura que le invitó a correr en Rusia don Benigno Villanueva.* (1)

"Con su sinceridad y su valor temerario, recorrió lanza en mano, de un extremo a otro, el territorio de la República, combatiendo la tiranía, persiguiendo el caudillaje y escarmentando a los montoneros. En cada campo de batalla, en cada campamgento, dejó una anécdota del valor y de la franqueza que lo distinguieron siempre."

Un libro necesitaría el comentario de su vida de militar y no estos ligeros apuntes, que sólo tienen por objeto recordarle a los hombres del futuro. Sobre la losa de su sepulcro pudieran grabarse en oro sesenta y cinco hechos de armas. Esforzado y caballero, los argentinos más ilustres de su tiempo fueron sus amigos. No cobró muchos sueldos, ni pidió un pedazo de tierra, ni mendigó un ascenso. El amor a su patria, acrisolado al calor de los varones de nuestras primeras épocas, retúvole siempre fiel al servicio de los más puros ideales.

En su foja de servicios se anotan las siguientes acciones:

---

(1) Se ha creído que llegó a ser, en Rusia, el mariscal Villanucoff. (Nota del autor).

Batalla del Tala, Quebracho Herrado, San Pedro (Pcia. de Bs. As.), Caaguazú, Vences, Arroyo de Aguiar, Campaña del Estado Oriental, Caseros, Cepeda, Pavón, Sitio de Buenos Aires, Arroyo Grande, Los Ombúes, Vergara, Gualeguay, Las Raíces, Calchaquí, Laguna de Clé, Laguna de Andino, Derrota de la Paloma, Masa de Villagra, Solís Grande, Albano, Sorpresa de la División Larramendia, Los Calchines, Los Cachos, Colastiné, Portezuelo, Retirada de los Chosmes, Batalla de los Loros, Derrota de la Laguna Limpia, San Ignacio, San Gregorio, Rincón de Vergara, Arroyo del Palmar, Las Moscas, San Pedro (Provincia de Santa Fe), Chiquilofú, Comando de las Fronteras, Campaña del Chaco, Expedición a los Ranqueles, La Verde, Revolución del 80, Durito, el Mate, Mal Abrigo, etc., etc.

''La Nación''—de cuyo fundador el general D. Bartolomé Mitre fué un leal amigo y consecuente partidario, habiendo compartido con él, ante consejo de guerra, las responsabilidades de la Revolución del 74,—decía al dar la noticia de su muerte: ''*era un soldado fundido a la antigua; fuerte como un roble y sereno en el combate, no tenía más norma ni más voluntad que la de ir siempre adelante, donde le llamaba el deber y le arrastraba el ansia de la victoria...*''

El coronel don Martiniano Charras falleció en Buenos Aires el 19 de septiembre de 1894. El Gobierno de la Nación designó una comisión de jefes para velarle y le hizo tributar los honores correspondientes a su cargo. Para terminar citaremos el siguiente párrafo de un discurso pronunciado ante su tumba: "*Murió pobre,—naciendo con fortuna,—porque no traficó nunca con sus principios, ni con los bienes de su patria. Su credo fué la Libertad, solamente. Su nombre "valía por un ejército", dijo Eduardo Gutiérrez.*"

GRANOS DE ARENA

La pobreza de los héroes

El general don Hilarión de la Quintana, gobernador intendente de Tucumán y luego de Salta, en 1814, fué uno de los más pundonorosos guerreros de nuestra independencia.

Su ilustre sobrino, el anciano poeta don Carlos Guido y Spano, referíame una vez la siguiente anécdota:

—*Mi tío Hilarión*—decíame el venerable bardo—*era de un carácter altivo y circunspecto; pocas veces se le veía sonreir; bajo su traje civil, adivinábase al soldado... Cuando yo era niño, un día llegó a nuestra casa y envió a llamar a su cuñado don Tomás, mi padre; era en tiempo de verano y hacía un calor intenso; y mientras mi tío esperaba, llamóme la atención el ver que tenía las solapas de su levitón levantadas. Con toda la ingenuidad de la niñez, preguntéle*:

—*Tío Hilarión, ¿no tiene usted calor, que lleva el cuello en alto?*

Mi tío me miró hondamente; y luego, conociendo mi inocencia, repuso:

—*¿Sabes, querido, por qué llevo así el cuello?... ¡porque no tengo camisa!...*

Así era, efectivamente... El guerrero libertador estaba muy pobre... ¡Con hombres de esa talla moral se formó nuestra patria!

Una frase del Dr. Saldías

Hablábamos una noche, en su sala de trabajo, con el distinguido historiador don Adolfo Saldías, fallecido hace algún tiempo. Era el tema de la conversación la corrupción política de la época, y el autor de estas líneas,—redactor de un diario de la capital entonces,—comentaba amargamente la inmoralidad electoral, la falta de civismo en los hombres públicos, el marasmo popular ante la venalidad del sufragio...

El doctor Saldías, que, frente a su mesa de labor, llena de pruebas de imprenta de su obra *"Los números de línea del Ejército argentino"*, escuchaba serenamente la argumentación del joven periodista, interrumpió, diciendo:

—Es triste, pero es la realidad... Tome, usted que no es escultor, una bola de arcilla; dele las formas que quiera, trate de crear algo con ella, y al final de todos los ensayos, después de fatigosa labor, se encontrará siempre con que solo tiene una bola de arcilla en sus manos... La humanidad es lo mismo. En vano, los estadistas, los filósofos, los sabios, han tratado inútilmente de amoldarla y de purificarla; estamos hoy tan adelantados, moralmente, como en la época del imperio romano. Existen los mismos vicios, las mismas pasiones, los mismos defectos; lo único que ha cambiado es la fisonomía exterior de las cosas...

¡Cuántas veces he recordado, después, la profunda verdad de aquellas palabras, ante los sucesos que alteran casi a diario, la vida de los pueblos!

ENTRE LEONES

El siguiente suceso me fué referido por el ya finado comandante don César Cardoso, en una de sus visitas a casa de mis padres, en 1904. El comandante Cardoso, que fuera secretario del poeta don Esteban Echeverría, conservaba frescos recuerdos de los hombres que actuaran durante la tiranía...

Fué antes de la sangrienta batalla del Quebracho Herrado, cuando el general don Juan Lavalle, después de haber lle-

gado con sus fuerzas hasta las puertas de Buenos Aires, retrocedió, con extraña actitud, hacia el interior de las provincias.

Uno de los jefes que acompañaban a Lavalle era el coronel don José de Olavarría, y también uno de los que se manifestaran disconformes con aquella retirada.

Un día, en el campamento, en medio de un grupo de oficiales (entre los que se encontraba el relator citado), ya enfriadas las relaciones por el motivo aludido, ciertas palabras altas, a consecuencia de un acto de indisciplina, agriaron los ánimos.

Lavalle, alterado su carácter fogoso e inflamable, se dirigió a Olavarría, diciéndole, en un arranque de ira:

—"*¡Tenga cuidado!... ¡Mire que también sé fusilar coroneles!*"

—"*¡Diga que sabe asesinarlos!*"... respondió el interpelado, con igual exaltación.

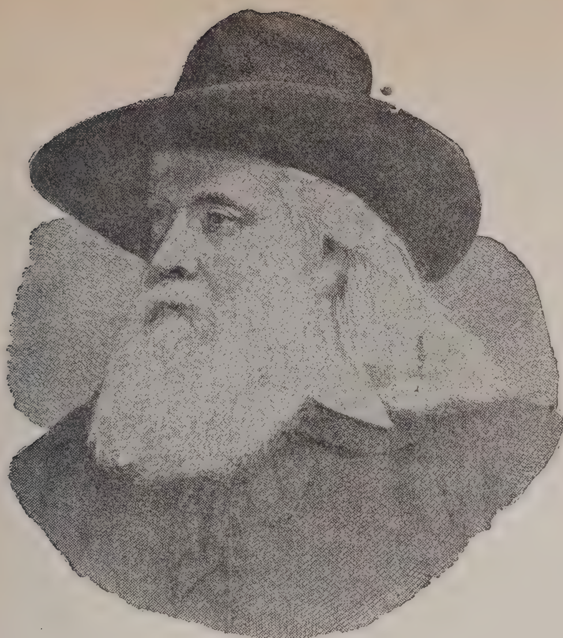
El león de Río Bamba le clavó su vista fulminante, y exclamó, — rugió más bien, — llevando la mano a la espada:

—"*¡¡Don Pepe!!*"...

—"*¡¡Don Juan!!*"... repuso, en el mismo tono y actitud, el león de Junín.

¡Y se midieron con la mirada!...

La intervención de los jefes allí presentes logró conjurar la tempestad que ya estallaba... Por suerte tal escena no tuvo consecuencias, pues las gestiones realizadas por los amigos de ambos y su leal consagración a la causa que defendían en común, tuvo la eficacia de reconciliar a aquellos dos valientes capitantes de la independencia sudamericana, que en el fondo de su espíritu se comprendían y se estimaban.



UNA PÁGINA SOBRE GUIDO Y SPANO

I

Cuando los druidas poetas, antiguos bardos de las tribus célticas, sentían, en el ocaso de su vida, esas ráfagas frías que despeinan los cabellos y dejan en la mente la vaga evocación de los recuerdos, colgaban sus arpas bajo el verde dosel de las encinas seculares y retirábanse a descansar en sus rústicas viviendas.

Allí, a venerar su nombre y a escuchar sus relatos, acudían las nuevas generaciones; y el agreste retiro de los ancianos cantores aureolábase con esa luz celeste que irradian las frentes patriarcales.

Un bardo argentino, cuya cuna besaron las ledas brisas del Plata, años ha que también, a semejanza de aquellos ha silenciado su lira y en la inefable calma de su hogar sueña con

los días ya lejanos de su juventud, pudiendo exclamar como el poeta latino:

> *"Eheu! fugaces, Postumae, Postumae,*
> *"labuntur anni:..."*

Carlos Guido y Spano sintió a la Naturaleza envidiosa sujetarle al tormento de Prometeo, amarrándole con las cadenas de la parálisis a un lecho que, desde entonces, simbolizó para los argentinos un altar de la poesía nacional.

Verdes guirnaldas y escogidas flores forman el marco de su imagen en la fecha de su cumpleaños. Y a venerarle, y a oir su elocuente y sabrosa plática, acude una romería de ciudadanos públicos, políticos, intelectuales y artistas. Y las angelicales cabecitas de los colegiales desfilan, extasiadas, ante el viejo trovador.

Es que Guido y Spano es algo más que una reliquia histórica de nuestro país; en su vida hay muchos momentos consagrados a los más nobles ideales del espíritu y a la causa de otros pueblos, siempre guiado por su amor a la libertad y a la justicia. Y eso lo recomienda al respeto de todos los países civilizados.

Descendiente de patricios, su ilustre padre el general don Tomás Guido fué el más íntimo amigo y consejero de nuestro primer capitán don José de San Martín, y al mismo tiempo hombre de estado y notable escritor político, que prestó grandes servicios a la causa de la libertad y a su patria. Y a su lado recibió Guido y Spano la educación cívica que hiciérale descollar entre los primeros ciudadanos del país.

La nieve de ochenta y tres inviernos blanquea su cabellera, dándole el aspecto de esas cumbres volcánicas que un día, coronadas de llamas, iluminaron la tierra, y que luego, fuéronse apagando en el silencio, bajo una capa de hielo, contempladas con admiración por las nuevas generaciones.

Y aun así, ya cargado de años, antes de entrar en el período de su inmovilidad definitiva, cuando la estrella solitaria de Cuba aparecía en el cielo de América reclamando su redención ante el mundo, era Guido Spano,—el más romántico de nuestros poetas,—uno de los fogosos tribunos que arrebatando a los manifestantes la bandera cubana, enastada por primera vez, lan-

zábase por las calles de Buenos Aires proclamando en sus arengas y sus estrofas la libertad de aquella desolada virgen antillana: "¡la primera en descubrirse y la última en hacerse independiente".

(*Publicación en un diario de Cuba, año* 1909.)

II

La primavera está próxima... Ya se presiente su llegada... Y al solo anuncio, la misma naturaleza de las cosas, en misteriosa palingenesia, parece que se transmuta y vivifica, y que hasta adquiere distinto semblante en su fisonomía ordinaria: el horizonte tiene claridades de aurora... ¡Es la vida que llega!... ataviada, hermosa, resplandeciente de alegría. Pronto ostentarán de nuevo los paisajes toda la escala cromática del iris, en su florida decoración. Los ríos correrán más rápidamente en su cauce y la sangre acelerará su andar en las arterias. Resucitará del seno de la sombra, donde latía en silencio, toda esa existencia vegetal que emerge y se difunde prodigiosamente sobre la tierra, como al sortilegio de un encantador, realzando en sus notas de colorido la esencia de un arte increado. Frescas y olorosas lucirán las hierbas; claros y serenos los días; los seres trocarán su marasmo en movimiento; hormiguearán, laboriosos; el sol iluminará esa actividad con su fulgente disco de oro... Y el mundo será, otra vez, armonía, luz, belleza...

¿Por qué no elegir el arribo de tan hermosos días para realizar uno de esos homenajes justicieros, trascendentales, que tanto dicen de la cultura y del nivel moral de un pueblo? ¿Por qué no aprovechar la temporada propicia, y reparar en ella una de esas ingratitudes, de esos olvidos injustificables, que, aunque comunes en la vida colectiva de las naciones, hablan muy poco en favor de la sociedad contemporánea?... Me refiero a la coronación de Guido y Spano, el más ilustre y venerable de los poetas argentinos... ¡Porque, al fin y al cabo, no todo ha de ser *saison* teatral en invierno y *tourismo* de balnearios en verano!

La inercia proviene de la ignorancia. Es que la gran mayoría no sabe lo que fué, lo que hizo, lo que representa para

los argentinos la figura de ese anciano valetudinario, allí, en esa morada "*pobre, estrecha y obscura*", que le sirve de vivienda. Y los que lo saben están muy preocupados en sí mismos.

Hágase vida retrospectiva; revuélvase periódicos viejos... Léase "La Nación" y "La Prensa" del 10 de agosto de 1894. Los diarios más representativos y prestigiosos del país preconizaban, entonces ("La Nación" lo había hecho ya en 1892), la coronación del anciano poeta. En "La Prensa", decía el doctor Joaquín V. González:

"*Llámese un plebiscito en toda la extensión de la República y pregúntese quién ha de subir al pedestal aun desocupado, y de todas partes se escuchará el nombre del anciano poeta*"...

¡Cuán pronto pasan veinticuatro años de olvido!... Guido y Spano, como un anciano emperador de barba florida, ha presidido, desde aquella época, nuestra vida intelectual desde su lecho de dolor... ¡Y su pueblo aun no le ha ofrendado el laurel ofrecido!

Muchos se dicen hoy: ¿Qué ha hecho Guido y Spano?... Para esos van estas ligeras líneas; ¡que pongan atención!

Ese anciano es una gloria de la patria. Guido y Spano representa cincuenta años de intensa vida nacional. Y en cualquier pueblo y en cualquier época de la historia hubiera descollado, con sus virtudes y su talento superior, en primera línea. Lo mismo en el Agora de Atenas que en el Foro de Roma; igual en los hidalgos tiempos de la señorial Castilla que en los días luminosos del Renacimiento: por su imagen y su espíritu tanto pudo haber presidido el Areópago de Grecia, como un festín de caballeros de la Tabla Redonda, como un torneo de la Europa del siglo XIII... Durante diez lustros, puede decirse que fué el más alto exponente de la intelectualidad y del carácter de nuestro pueblo. Un escritor ecuatoriano dijo de él, que era "*el más sólidamente instruído de todos los literatos argentinos*". Poeta; periodista y polemista notable; escritor de historia; crítico erudito, conocedor y traductor de literaturas clásicas, antiguas y modernas; poliglota; tribuno elocuente y apóstol de las grandes causas; de la libertad del pueblo francés en las barricadas de París, durante las sangrientas jornadas de 1848 y 1852; de las ideas republicanas en el imperio de Don Pedro II, del Brasil; de la causa vencida, sobre los escombros humeantes de Paysandú y en la heroica Montevideo; en la guerra de Mé-

jico, cuando la tragedia imperial de Maximiliano; en la de España contra Chile y el Perú; en la guerra franco-prusiana del 70; en los albores de la independencia cubana; y del honor nacional siempre guardián celoso y austero; y orador prominente en las asambleas populares y en las efervescencias cívicas; y filántropo abnegado en los días de calamidades públicas, ya socorriendo a los enfermos de la peste o curando a los heridos en las contiendas fratricidas. Ese es Guido y Spano; el amigo y contemporáneo de esa pléyade gigante que nos legó por patrimonio la grandeza de su alma republicana; uno de ellos, también; como Vélez Sársfield, Mármol, Derqui, Urquiza, Mitre. Sarmiento, Alsina, Avellaneda, Roca y tantos otros. Miembro correspondiente de la Real Academia Española, de la Academia de Bellas Letras de Chile, de la Real Academia poética italiana, de la Academia Stesicorea de Catania (Sicilia), de la Sociedad Literaria Inglesa de Buenos Aires, y de cientos de asociaciones más. Ese es Guido y Spano, nuestro poeta, con sus rasgos fisonómicos de bardo celta y de patricio romano. El gran Víctor Hugo decíale, en una carta: "*Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante!... Os estrecho la mano.*"

... ...

Italia coronó a Carducci, España a Zorrilla, Francia a Mistral; a la República Argentina, fáltale coronar al más venerable de sus poetas... Pero, ¿dónde están esas damas argentinas que deben encabezar el cortejo que ha de marchar a ceñir la frente del glorioso anciano con la clásica guirnalda de laurel?... Es la mujer la que tiene que tomar tal iniciativa. Ella ha de ser el heraldo y la portadora del augusto mensaje. Son manos blancas, manos femeninas las que deben entretejer y conducir la corona de la apoteosis hasta el olvidado retiro del poeta. ¿Acaso, en la más alta sociedad porteña, no se cotiza ya el valor intelectual, entre las dignas representantes de su espiritual abolengo?... Yo aun no he perdido esa fe; creo, aguardo, confío...

Bs. Aires. Agosto 1916.



EL GAUCHO Y SU GLORIA

A don Constancio C. Vigil.

I

Fortuitamente, días pasados, revolviendo una cantidad de folletos americanos, olvidados en la penumbra de un viejo armario, he tenido la satisfacción de dar con un ejemplar de una de las primeras ediciones del "Martín Fierro". Ignoraba su existencia entre mis papeles. Y, para reparar dicha falta, quiero hacerle la justicia de este modesto comentario.

Una flor antigua, descolorida y seca, encontrada por azar en privada gaveta, suele tener la virtud de agitar en nuestra

memoria las mil reminiscencias de toda una época sentimental. Lo propio me ha sucedido con el poema de José Hernández. Leído por mí tantas veces, durante la infancia, con esa fruición con que se saborea la fruta del huerto solariego, podría recitar de memoria páginas enteras suyas, de tal modo grabáronse en mi cerebro la forma y el sentido de sus estrofas.

Y aun subsiste, a través de los años, tal encanto. Por eso, al ver solamente su título, despliégase en mi imaginación la visión conjunta de su argumento. Luego, la evocación se amplía, y por afinidades correlativas fluyen a mi mente, como un río de imágenes, innumerables figuras y escenas legendarias de todo un pasado histórico, cuya apoteosis es nuestra misma grandeza nacional. El gaucho, sus faenas de la vida campesina, sus épicas *patriadas,* el tropel de las montoneras, la guerra de fortines, los indios y el desierto, esa misteriosa Pampa de ayer, tan admirablemente descrita en *La Cautiva,* de Echeverría, inmensa, inhospitalaria y estéril, con sus brillazones, médanos y pajonales, desfilan a mis ojos, en cuadros mágicos, simulando un espejismo de la lejanía...

Retrospectivamente, contemplo cómo se suceden las etapas progresivas de nuestra organización política, desde las rudimentales juntas de los hombres de Mayo hasta la hora definitiva de la constitución republicana. Ausculto, en ese lento y dificultoso proceso, el latir incesante de los ideales; la fatigosa marcha de la masa colectiva y anónima, laborando sin tregua. Tiembla el continente al rodar los cañones de la epopeya. Huyen los clangores bélicos, llevando a otras latitudes el soberano aliento de nuestra redención gigante. Vienen los días trágicos, con sus tumultos envueltos en polvaredas de oro, donde resuellan potros y jinetes y brillan lampos de sables y se agitan lanzas acicaladas de flámulas rojas. Y avaloro, entonces, la sublime tarea que representa la historia de un pueblo libre. Comprendo el caudal de perseverancia, de esfuerzos, de sacrificios, que ha requerido el avance del país para llegar hasta este presente magnífico. Y encuentro majestuoso el escenario de aquellos tiempos heroicos; recios y altaneros los campeones; estupendas sus luchas; azul el fondo, como el esmalte de un escudo heráldico.

¡Tan intensa es la impresión que produce en mi ánimo ese perfume añejo de vida nativa que exhalan las páginas del "Martín Fierro". ¡Tan profundamente ligado está el recuerdo

del gaucho a los grandes acontecimientos que forman la trama histórica de nuestro progreso!... Es que Martín Fierro, entre todos los clásicos héroes del gauchaje, es el que mejor refleja las características de aquel tipo étnico, de nuestra evolución social, que fuera factor tan poderoso en las luchas constitutivas de la nacionalidad argentina. El sentimiento popular, por una de esas claras intuiciones que tienen a veces las muchedumbres, personificó en el gaucho al espíritu de la tradición nacional.

Y ninguno de los personajes creados dentro de la literatura nacional, en el género del poema aludido, nos evoca hoy mejor que Martín Fierro en su aspecto característico la campesina rudeza de sus costumbres, los matices de su original vocabulario, el pintoresco realismo de sus pasiones y amores agrestes y los desplantes de esa fibra indómita que constituía la savia de su genio montaraz.

Como los paladines andantes de las famosas novelas de caballería, muchos personajes de leyendas gauchescas han adquirido, en labios del vulgo, extraordinaria reputación de arquetipos en su género. Todos ellos ostentan acentuados contornos que les singularizan. Pero, por lo general, se advierten en su fisonomía típica ciertas rasgos que no fueron comunes. Desde Jacinto Chano y Ramón Contreras, creados por el ingenio de Bartolomé Hidalgo, hasta los que surgieron de los siniestros dramas policiales de Eduardo Gutiérrez y que contribuyeron a inculcar en la gente del pueblo una idea equívoca sobre la idiosincracia real del gaucho de nuestras campañas—Aniceto el Gallo, Paulino Lucero y Anastasio el Pollo, figuran en el grupo—ninguno de ellos, ni Celiar, el paisano romántico de Magariños Cervantes, ni Santos Vega, el gaucho trovador de Ascasubi, idealizado más tarde por Rafael Obligado, ni Lázaro, el paria subjetivamente triste de Ricardo Gutiérrez, pueden ser puestos en parangón con el Martín Fierro de Hernández. Porque éste es la realidad misma. Y ante ella todo ensueño palidece, toda ficción se esfuma.

II

¿Qué era el gaucho de las llanuras argentinas?... El hombre nacido y criado en ellas, experto en los trabajos de campo y habituado a sus usos y costumbres. La etimología del epíteto

con que lo bautizara, despectivamente, el habitante de las ciudades, permite establecer la idea que se tenía de su triste condición social. *Gaucho,* por una alteración de letras que gramaticalmente se denomina *metátesis,* proviene de la palabra *guacho* o *huacho.* Este vocablo incaico (1) aplícase vulgarmente, por definición, al ser que no ha conocido a sus padres o se ha criado desamparado por ellos.

Y en verdad, algo pesaba sobre el hombre oscuro de la campaña, que bien pudiera llamarse orfandad. Aislado de los centros urbanos, en la soledad de su vida agreste, sin otro medio de locomoción que su caballo, sin otra garantía de sus derechos que el facón atravesado en el cinto, era un ser librado a sí mismo, con los recursos que su propio ingenio hubiera de facilitarle. Desde pequeño sentía en torno suyo un vacío profundo: la falta de consideración de las demás clases sociales. La gente culta zaheríale con el denigrante mote: *¡es un gaucho!*

Y el sufrimiento, ascendiendo a veces hasta su garganta, en una marea interior de desesperación, hacíale buscar la sombra de protector alero o frondoso ombú, templar la gemebunda vihuela y entristecer a su auditorio cantando coplas de factura propia, tan hondamente melancólicas como aquellos versos que Gutiérrez pone en boca de su Lázaro:

"Gaucho el mundo me ha nombrado,
"y me arranca de su seno,
"como planta de veneno
"que mata al que la ha pisado..."

Fuera de esa tristeza infinita que trascendía de sus canciones, por lo regular monótonas y lastimeras como las de todos los seres rústicos que se abstraen en la contemplación de la naturaleza, el carácter del gaucho era expansivo y travieso. Traslucíase dentro de la vida diaria en sus ocupaciones favoritas, generalmente las de peón de estancia. El amor a su libertad individual hacíale "conchavarse" por un limitado tiempo o para la realización de una faena determinada, concluída la cual

(1) De inca, o sea la lengua quichua hablada por los indios peruanos del tiempo de la conquista. (Nota del autor).

regresaba a su rancho, si lo tenía, y si no buscaba forma de liquidar sus ganancias, para reanudar las ocasionales labores.

"*La ley civil o política no pesaba sobre él,*—dice el historiador Vicente Fidel López,—*y aunque no había dejado de ser miembro de una sociedad civilizada, vivía sin sujeción a las leyes positivas del conjunto*". No menos cierto es, también, que tampoco ley alguna le amparaba en su propiedad, aunque ésta fuese a veces discutible, ni existía tribunal ante el que pudiera hacer valer sus razones. El juez de paz era señor de vidas y haciendas en el partido de su jurisdicción. Imponía al gauchaje su arbitraria voluntad, acompañándola de una amenaza, cuando no de un castigo, las más de las veces influído por propósitos inconfesables, premeditados en aquella vida monótona de soledad rural, y que solían ser tanto la codicia de la "china" como el interés de "quedarse" con el parejero o las vacas del perseguido.

Y el gaucho pacífico, viéndose abandonado a la intemperie de las resoluciones tomadas en el juzgado como a la de los elementos de la Naturaleza, debía escoger entre dos extremos: la resignación absoluta y depresiva o la rebelión airada de su carácter independiente y sincero. Como en su temperamento algo había de esa impetuosidad nerviosa con que el potro salvaje recorre los llanos, optaba casi siempre por el último procedimiento. Acosado, defendía su vida, por ese instinto de conservación que prima hasta en los seres menos inteligentes. No mataba porque una predisposición sanguinaria lo impulsase al homicidio. Dice Martín Fierro:

"*Y sepan cuantos escuchan*
" *de mis penas el relato,*
" *que nunca peleo ni mato*
" *sino por necesidá;*
" *y que a tanta adversidá*
" *sólo me arrojó el mal trato.*"

Pero una vez que la *desgracia* sucedía, rotos los vínculos de sociedad con sus semejantes por razón de su situación misma, cambiaba de *pago,* andaba *a monte* o se internaba *tierra adentro,* huyendo de la persecución policial.

La vida nómada y penosa que se veía obligado a arrastrar,

trastornaba algunas veces su índole, volviéndole reconcentrado y huraño. Sentía el desapego moral por la vida que afecta a todos los seres que sufren. Y solía hacerse cantor como en otro orden de cultura el hombre triste suele sentir inclinación por la poesía. Peleaba, en vulgares desafíos con otros paisanos, rodeado por un corro de mirones, si se le provocaba, para demostrar su hombría y habilidad en el manejo del arma blanca, lo mismo que en las antiguas justas medioevales combatían los caballeros para darle "más lustre" al blasón.

Como bien dice Sarmiento, "*era necesario que estuviera muy borracho o que tuviese instintos verdaderamente malos o rencores muy profundos, para que atentara contra la vida de su adversario*." Contentábase con marcar a su antagonista con un tajo o dejarle herido. Pero si se le "iba la mano", trataba, antes de alejarse, de no dejar al muerto boca abajo, pues una superstición muy difundida le prenunciaba que tal hecho haríale caer en poder de la justicia.

La vaguedad de sus creencias religiosas inducíale a dar sepultura al "finado", para evitar que su alma anduviera penando. El espíritu del gaucho era sumamente supersticioso, y todas las consejas campesinas ejercían una influencia preponderante sobre los actos de su vida.

Martín Fierro se hinca y les reza un "bendito" a los muertos por su "facón", en la pelea con la partida, después de haberles enterrado, cavándoles la sepultura sobre el campo...

El más fiel compañero de todo gaucho era el caballo que montaba. Escogido con minucioso cuidado, por condiciones características que solamente su larga experiencia y su mirada de hombre de campo descubrían a simple examen visual, sobresalía su "pingo", casi siempre, por lo ligero, resistente y brioso, aunque no tal vez por su estampa.

Era su "crédito". Servíale tanto para el entrevero, en los encuentros con la "partida", como para el "aparte" en un "rodeo". "Rienda arriba" solía dejarlo días enteros o noches largas, junto al palenque de la pulpería, en la plena confianza de que el sufrido animal no se alejaría de allí mientras él asistía a la payada de contrapunto o se jugaba las "latas" de la esquila al "monte".

Las prendas del "recado" con que lo ensillaba constituían el lecho suyo, lo mismo en campo raso que bajo la vivienda

rústica. Los bastos o lomillo formaban la cabecera; iban por el suelo las caronas, encima de las cuales tendíase el cojinillo o felpudo, para hacer más mullida la cama; las ''matras'' o jergas servían de cobijas, igual que el poncho.

Nadie supo adiestrar a su caballo mejor que el gaucho; ni los indios, ni el "huaso" chileno, ni el "llanero" venezolano, ni los vaqueros de las praderas del Far-West. No se le concibe sin su "pingo" o "flete", de típica estampa, (redomón, cuando todavía no conocía bien la rienda), con el cual llegaba a realizar "super naturae'', la concepción mítica del centauro.

Y sobre el mismo desafiaba el choque con los "policianos'', enlazaba al novillo de más alzada en campo abierto, corría la sortija en alguna fiesta de estancia, salía victorioso en una carrera, "paleta a paleta'', o se "alzaba'' la mejor moza del pago.

El gaucho que se rebelaba contra la autoridad o se ''desgraciaba'' por una muerte, tenía que andar ''alzado'' o "a monte'', lo que equivalía a ''prófugo''. Con la diferencia de que en aquella época, dada la escasez de las fuerzas policiales, significaba andar dispuesto a pelear con la autoridad en cualquier momento, aunque a pesar de ello el ''matrero'' no dejara de frecuentar los sitios donde se reunía el paisanaje.

Cuando el amor, en la figura de una china de negras trenzas y expresivo mirar se le atravesaba en el camino, el corazón del gaucho sentíase herido por ardiente flechazo. Para tal mujer eran sus más sentimentales décimas y coplas. Amaba con honda sinceridad, y desbordándola en recatado idilio, suave como el aroma del trebolar húmedo, entreveía la felicidad en su más elevada acepción, cuando ofrecía junto con su cariño la promesa de un humilde rancho.

Y por una cruel exigencia de su destino la vida del hogar, con su cadena de horas plácidas, fué siempre efímera para él. Rara vez hubo de encontrarse en nuestras campañas rancho que fuera habitación tradicional de una familia. Sujeta a la instabilidad de los médanos la vida de sus moradores, los efectos de cualquier eventualidad sufrida por ellos recaían sobre la suerte ulterior del mismo. La ''leva'', el paso del malón en los parajes distantes, la ojeriza de un alcalde o juez de paz, cualquier desgracia, en fin, ocurrida al gaucho que allí residía, bastaba para que, una vez abandonado, por la misma acción del tiempo se fuera deshaciendo y trocando en "tapera'', inva-

dido por el cardal, la flechilla, y toda clase de yuyos silvestres.

Tomábanlo por refugio alimañas y aves agoreras—lechuzones y caranchos,—que erraban por la soledad pampeana. Las totoras eran aventadas, día a día, por las rachas del pampero. Los temporales abrían brechas en el adobe; caían los quinchos; y lagartos y culebras perpetuaban entre las ruinas su refugio.

La "tapera" daba pábulo a que la imaginación de la gente campesina, crédula por temperamento, fantaseara y se forjase una leyenda sobre aquella ruina. Solía quedar junto a ella, como reminiscencia del pasado, en muda y funeral compañía, el corpulento ombú de amplia raigambre y tupida fronda o el sauce llorón, plantado cariñosamente a su vera en el albor de los lejanos días felices. Las espadañas y los cardos con sus grandes flores de color violado, coronadas de espinas, iban conquistando, lentamente, sus alrededores, hasta que por lo general el esqueleto del rancho desaparecía, hundiéndose progresivamente en medio de aquella ascendente marea vegetal, como el viajero incauto que se aventura en ciertas landas traicioneras de Bretaña.

III

El gaucho ya no existe; ha ido desapareciendo de nuestra escena. Creer que todavía hay gauchos es un absurdo. Es confundir el efecto con la causa. Hay "gauchos" por acción refleja del pasado. Los que se denominan como tales son los "descendientes" de los gauchos. Y en algunos se conserva, felizmente, la herencia de sus mejores prendas.

Y si algunos ejemplares aislados del gaucho se encuentran todavía, con los cabellos y la barba nevados por los años, en algunas estancias lejanas del Sud o en ciertos puntos del interior del país, ello no permite suponer que el gaucho exista; son rezagos del tiempo antiguo, que ya no tienen del viejo poblador de nuestras pampas más que el perfil de la fisonomía típica, pero en el transcurso de los años y por una infrangible ley de evolución social no pueden servir de asiento a la afirmación extravagante de que con ellos persisten en común sus rasgos más característicos, sus cualidades, sus sentimientos y hasta sus costumbres. Esos gauchos viejos son apenas siluetas,

sombras de esa linterna mágica que se llama el Pasado. El verdadero hijo de la llanura, el prototipo que sirviera de modelo a Ascasubi y Hernández, el de la historia y la poesía, ese, ha amalgamado su idiosincracia nativa con los demás elementos sociales que contribuyen a la formación del futuro tipo nacional.

En el seno de aquella vida rudimentaria de las llanuras argentinas, donde el gaucho tuvo su escenario, la noción del progreso era desconocida. Por eso el gaucho fué siempre refractario, por naturaleza, a todo lo que tendiera a substituir lo que el uso inveterado consagrara. No creyó nunca en la bondad de lo moderno. Era ultraconservador por excelencia. Y cuando la locomotora empezó a correr sobre los campos, y las maquinarias rurales reemplazaron a las antiguas prácticas de trabajo, y los alambrados, como la tela inmensa de una araña invisible, fueron circunscribiéndole cada vez más, en aquella su pampa legendaria, a un reducido espacio, pequeño para sus ansias de libertad, el gaucho comprendió que había llegado la hora de su decadencia y se dispuso a morir. No desapareció de improviso; se fué alejando tierra adentro, amenazado por el conjuro poderoso del progreso, empujado por el aluvión de la inmigración que se extendía por todo el país, esfumándose en una lejanía brumosa... La originalidad de su espíritu nativo ha ido, en el transcurso del último cuarto de siglo, extinguiéndose con lentitud, como la lumbre de un candil falto de aceite, al confundirse y desnaturalizarse en la fusión.

Pero entre los distintos aspectos que la vida pintoresca del gaucho nos presenta, dentro de su evolución histórica, hay uno que tiene para nosotros, los argentinos por arraigo de varias generaciones, mayor valor y trascendencia: y es como soldado anónimo, "carne de cañón", en las luchas que dieron por resultado la independencia nacional y las que luego acrisolaron, aunque en contienda de hermanos, el decálogo de nuestra constitución definitiva. Así el gaucho, tipo embrionario, personaje psicológico sin mayor relieve, juzgado con el frío raciocinio de los que aplican, con la obsesión del determinismo histórico, un criterio cerrado, de economía política, al estudio de la evolución social de los pueblos, tiene, sin embargo, para los que hemos nacido en esta tierra y amamos sus tradiciones, un valor fundamental dentro de la historia del país, como factor concurrente y decisivo en el triunfo de nuestras conquistas institu-

cionales, a las que contribuyó con el esfuerzo de su brazo y el sacrificio de su vida.

Fué él quien, aunándose a los que defendieron a Buenos Aires con Pueyrredón, en la Defensa y Reconquista, trajo en el épico alarido de las campañas el primer celaje augural de la Revolución. Estuvo presente, sin duda, frente a los balcones del Cabildo, aquel día gris y nebuloso de Mayo, en que se afirmara por primera vez sobre el Plata la soberana voluntad del pueblo. Alistado a los primeros toques de generala, lanzados por los clarines de la epopeya, marchó con Balcarce y Belgrano al Alto Perú y al Paraguay, llevando en la punta de las bayonetas y los sables las proclamas de la Junta, coronándolas con el laurel de la victoria en los campos de Suipacha, Tucumán y Castañares. Sediento de esas auras de libertad a que lo acostumbrara la vida de las pampas, se despidió del rancho y la china, todo su haber bajo el cielo, trocó el chambergo por el morrión, cargó la mochila, empenachó de ideal sus sueños, y luego de afilar a piedra de molejón su sable en forma tal que, según dice Sarmiento, "*hallara siempre que le quedaba sabrosa la mano después de dar una cuchillada*", a las órdenes del primer capitán de América salió del campamento de Plumerillos para internarse en las invioladas soledades andinas, asombrando a las deidades tutelares de la cordillera con su heroismo en la cuesta de Chacabuco y tras la noche triste de Cancha-Rayada triunfar en Maipo, contribuyendo con su arrojo a la redención de sus hermanos de Chile. Inquieto y ávido de horizontes, con el espíritu henchido de entusiasmo, envuelto en la vorágine de gloria, se embarcó para el Perú,—la tierra sagrada de los Incas,—y se impuso a la admiración de sus contrarios en el llano de Río-Bamba y sobre los arenales de Moquehuá, acuchillándolos sin tregua bajo la luz del límpido cielo americano, en la gesta épica del grandioso presente que hoy gozamos.

Así rodó el gaucho nuestro, sumado al dinámico proceso de la redención surgida en Mayo y finalizada catorce años más tarde sobre la histórica pampa de Ayacucho.

Y todavía más: la patria, desangrada por sus luchas intestinas, yacía en la noche del dolor y la anarquía, sacrificada a la voraz lujuria de los viles apetitos del caudillaje; y el gaucho, el de la jornada de la libertad, el que aprendiera a amar los colores de su bandera nacional en los entreveros de las

batallas donde se jugaba entero por la independencia de los pueblos, sentó plaza en las filas del ejército grande de aquel legendario caudillo entrerriano que, al escuchar un día el lamento de las provincias oprimidas, rugió como el león cuando llega a dominar el horizonte desde un collado, y se lanzó a los campos de Caseros para desgarrar el estandarte sangriento de la tiranía, proporcionando a sus compatriotas el oxígeno que les faltaba para iniciar su marcha republicana.

Gauchos fueron los soldados de la Revolución; gauchos los Granaderos que combatieron por la independencia sudamericana; gauchos los que adelantaron, palmo a palmo, sobre las misteriosas y áridas regiones del desierto, en combatir incesante contra las tribus salvajes y feroces, refractarias a toda civilización, el lábaro celeste y blanco de nuestra religión cívica, que luciera siempre símbolo de la justicia y el progreso; gauchos, en fin, los que derramaron su sangre por el afianzamiento de nuestras instituciones, cuyos beneficios alcanzan hoy hasta aquellos que con alarde de ingratitud comen el pan de esta tierra hospitalaria.

Para sintetizar, aunque en forma alegórica, la acción épica y la grandeza de alma con que el gaucho contribuyó, heroica y desinteresadamente, al presente triunfal de la República, puede comparársele, en similar ideología, con aquellos paladines misteriosos que aparecían en los *Juicios de Dios* de la Edad Media, se proclamaban campeones de las santas causas o los seres débiles, luchaban, vencían, y se alejaban después, sin aceptar recompensas ni descubrir su incógnito, envueltos en el cendal de la luz rosada del crepúsculo.

Tal fué la actuación del gaucho en nuestras épocas de angustiosa expectativa, cuando aun no brillaba el sol con la pureza y el fulgor de los días actuales. Y, sin embargo, deslumbrados por el florecimiento magnífico, seducidos por la sirena fascinante del bienestar económicos, ebrios de porvenir y de esperanzas, nuestros hombres de gobierno dejáronle extinguirse, tristemente, en la añoranza de sus patriadas redentoras. Si hubiera tenido escudo de armas, pudiera haberle agregado como divisa, en el período de su decadencia, aquella frase que pronunciara Septimio Severo al morir: *"Omnia fui nihil prodest"*... ¡Fuí todo y no me sirvió de nada!...

Mayo 1920.



Dr. don Osvaldo Magnasco

CON EL DOCTOR DON OSVALDO MAGNASCO (1)

(Recuerdos y opiniones)

Para conocer a los hombres superiores, es casi siempre necesario irles a buscar en la soledad y el silencio de la vida privada. Tal es el ambiente propicio para todos aquellos que, zaheridos por la calumnia procaz, por la malignidad de los incapaces o por la ingratitud de sus conciudadanos, precisan reco-

---

(1) La franca amistad con que me distinguiera el doctor Osvaldo Magnasco, ministro de Instrucción Pública en la segunda presidencia del general Roca y uno de los ciudadanos de más talento y sólida preparación clásica que haya tenido la República en el último medio siglo, permitióme poco tiempo antes de su muerte, acaecida en 1920, obtener durante mis visitas a su estudio de la calle Cerrito, interesantes confidencias, que la sugestiva elocuencia de su palabra grabó hondamente en mi espíritu.

Sobre la base de apuntes tomados entonces para un art'culo y reproduciendo textualmente ciertas correcciones y agregados que sobre el mismo hiciera personalmente el doctor Magnasco, he dado forma al presente trabajo, considerando que es siempre interesante conocer por confidencia propia las reminiscencias e impresiones que de su vida pública y privada conservan en el sagrario de su memoria, aquellos hombres que alcanzaron destacada figuración en el escenario de su país. (Nota del autor).

gerse en la intimidad de su espíritu, como las águilas en inaccesibles alturas, en el deseo de atalayar con amplia visión en toda su plenitud la vida contemporánea, sin ciertos contactos que repugnan y sin convencionalismos que rebajan.

Allí, dentro de esos gabinetes a media luz, es donde suelen encontrarse cerebros que arden como un volcán, caracteres de integridad sin mácula, personalidades que parecen haber nacido predestinadas a perpetuarse en el bronce y el mármol de las estatuas.

Yo creo en la virtud del aislamiento para todos aquellos espíritus que no transigen con el sensualismo y la hipocresía de una época, como creo en el peligro de una subordinación moral para todos los ciudadanos dignos que un día, ante la falaz perspectiva del espejismo, se arriesgan por la resbaladiza pendiente de las concesiones mutuas...

Hace algunos días, visitando al doctor don Osvaldo Magnasco, eminente hombre público argentino que, consagrado a su estudio de jurisconsulto, vive aureolado por diez y ocho años de retiro y silencio, pensaba yo en la crisis actual de nuestra política interna y en la ausencia de inteligencias superiores, de caracteres de cuño patricio, que se nota en el escenario de la vida nacional...

Conversábamos de hombres y cosas, del pasado y del presente; el doctor Magnasco, en cuya austeridad y extraordinario talento subsiste la herencia moral de nuestras grandes figuras republicanas, definíame con palabra conceptuosa y elocuente ciertos acontecimientos del período de la organización argentina... Y yo, entre tanto, mentalmente, hacíame un balance retrospectivo de su biografía.

Imaginábale diputado nacional a los 25 años, el 90, estremeciendo con sus magistrales catilinarias aquel recinto donde tomaban asiento las más ilustres figuras parlamentarias de la época; veíale constituyendo con su oratoria formidable la sombra obsesora del Alcibíades de la política argentina, el doctor Manuel Quintana; me lo representaba en su memorable cátedra de derecho romano, exponiendo ante sus alumnos, con la autoridad de un Gibbón, de un Crevier, de un Walter Moyle, de un Mispoulet, el panorama histórico y filosófico y la vida institucional de Roma antigua; admirábale, en seguida, en el cultivo de los clásicos latinos, traduciendo, con más perfección

que los maestros italianos, a Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Lucrecio, Tíbulo, Propercio, Cátulo, Juvenal y el *Pervigilium Veneris,* de autor desconocido; escribiendo un trabajo en que negara carácter científico a la Filosofía, y refutando en otro las teorías de Lombroso en su "*L'uomo delinquente*"; y después legislando sobre los códigos de comercio y penal, dando lecciones de derecho internacional y constitucional, haciendo reformas legislativas y administrativas, interviniendo en las controversias políticas e internacionales, dirigiendo los ferrocarriles del país, organizando la justicia militar, redactando los códigos del Ejército, fundando los consejos de guerra y asesorando, como letrado, al Tribunal Supremo; y más tarde triunfando decisivamente en el célebre litigio con Chile, llamado *Cuestión del Norte*, trazando la línea de las altas cumbres, en medio de personalidades como Mitre, Roca, Uriburu, sobre los propios documentos chilenos, en oposición a las pretensiones de don Diego Barros Arana; y por último, en su fundamental y completa obra ministerial, de educación y justicia, durante el segundo gobierno del general Roca... Luego, confundiendo a sus detractores en su última aparición en el Congreso, fulminando la calumnia plebeya de los mediocres; y retirándose, dignamente, a la vida privada, para entregarse a la profesión y a la ciencia del Derecho...

¿Cómo, me dije entonces, el pueblo, que suele tener instantes de lucidez repentina, no ha hecho llegar aun su clamor, no ha venido en masa, hasta las puertas de este ciudadano excepcional, para pedirle su nombre y levantarlo como una bandera de combate en las horas de marasmo y desconfianza cívica?...

Dejando a un lado reflexiones, inicié mis preguntas:

—¿Desearía alguna referencia, doctor, sobre la iniciación de sus primeros estudios?

El doctor Magnasco hizo un paréntesis de reflexión, como si ordenara sus recuerdos, y luego repuso:

—Uno de los grandes establecimientos de educación existentes entonces, en esta ciudad (1865-72), era el Colegio llamado de San Luis, ubicado en la calle Esmeralda, entre Temple y Tucumán. A él acudían los hijos de las más distinguidas familias de la ciudad. No deja de ser grato y curioso a la vez que, a pesar de las profundas transformaciones sufridas por los barrios céntricos de la metrópoli, se halle todavía intacto el amplio

pero modesto edificio de ese gran colegio, convertido, desde algunos años ha, en casa de inquilinato... Cuando salgo a tomar aire, acabada la labor profesional del día, suelo pasar por ahí y me detengo a contemplarlo. ¡Me han venido unas ganas de entrar! Desde la calle veo bien la portería, el primer patio rodeado por las aulas—una de ellas la mía—; arriba, la improvisada capilla. Y allá, más lejos, diviso un retazo del segundo patio y sus aulas... Allí iban los Pellegrini, los Irigoyen; allí existían los bandos de *cartagineses* y *romanos*...

Yo tenía apenas seis años, y ya podrá presumirse las emociones que despiertan en mí esos recuerdos. El instituto era dirigido por los Padres Lazaristas, a cuyo frente se hallaba el P. Laveizier, fallecido el año 1871, de fiebre amarilla, y cuyo cadáver vi expuesto en el Hospital Francés de la calle Libertad y Córdoba. El vice era un P. Cabanel, del que conservo los más profundos y agradecidos recuerdos, pues fué él quien, a la citada edad, me inició en Fenelón, cuyo Telémaco tengo en muchas de sus hermosas páginas, en mi memoria. Cómo sería yo de niño que, cuando me corrigió una vez la pronunciación de la conjunción adversativa "*mais*", diciéndome que debía hacerlo abriendo un poco más la boca, le dije que la exacta pronunciación era *la del balido de los corderitos*. Y así era en efecto...

Pues bien; fué él quien enseguida me dió las primeras lecciones de Nebrija, con las declinaciones. También él me introdujo en el estudio de la gramática italiana, cuyo ejemplar poseo aún, y de la gramática francesa de Chapsal.

Aparte de las asignaturas ordinarias, había éste instituído una clase especial de recitación de trozos selectos franceses en prosa y verso. Muchos de ellos los sé desde entonces de memoria, singularmente las fábulas de La Fontaine, que tan eficaz influencia ejercían sobre el carácter. No olvidé mi latín porque mi madre, de severo espíritu religioso, me había hecho enseñar con los P. P. Lazaristas a ayudar misa y no sé por qué, contra la costumbre que he observado de los ayudantes que contestaban al sacerdote sin saber lo que decían, yo traduje todo mi "papel" y el del oficiante, lo que me dió el sentido de la estructura latina y me puso en camino a todo lo demás. En el año 1873 ó 1874 creo, el mismo actual cura rector de la iglesia del Socorro, canónigo Casas, fundió frente a la iglesia un colegio, al

que dió el nombre de "General Belgrano". Se hizo en él un curso especial de literatura para mí, siendo esa la primera vez que lo hice completo de acuerdo al texto de don Feliciano Fernández, profesor de la materia en la antigua Universidad de Buenos Aires. Nunca olvidé ya las reglas retóricas y sobre todo los ejemplos selectos con que eran ilustradas.

Lo que más impresión me produjo, junto con Fenelón, fueron los versos de Racine, sobre todo *"Athalie"*. Mi educación fué, pues, literaria, moral y filosófica, a estilo del tiempo. Cuando a los ocho años, cerrado ya el colegio San Luis, pasé al "Colegio del Parque" (calle Temple entre Talcahuano y Uruguay) dirigido por Mr. Alfonso Courtois, proseguí mis estudios literarios con el profesor Fontan.

En el año 1876, trasladado al colegio San José, cursé los tres años llamados de latín, y fué el P. Tounnedou, actual rector, quien dejó trazada para siempre mi vía en humanidades. El curso fué completo, desde *musa musoe* hasta las Elejías de Ovidio. Quedaba descubierto en toda su inmortal belleza el panorama de la Roma clásica. Fuí desde entonces ciudadano irrevocable de Roma. Al mismo tiempo cursé tres años de griego hasta traducir a Xenofonte, de acuerdo a los programas del instituto.

En 1878 ingresé en el Colegio Nacional para cursar los otros tres años de estudios preparatorios; debido a la diferente disposición del plan de estudios, tuve que repetir otra vez mi latín y mi griego con Hidalgo y sobre todo con el inolvidable Lewis, de Oxford. Este último, atenta mi ya avanzada preparación, me invitó a concurrir a su casa, en la que me dió más amplias lecciones de su materia. Leímos con él fragmentos de Tucídides, otras veces de Xenofonte, de Aristóteles, de Esquilo, algunos exordios de Demóstenes y los pasajes que él elegía del discurso de la Corona.

—Veo que conserva usted fresco, aún, el recuerdo de sus lecturas, dije.

—Las sé todavía de memoria. Cuando más tarde, siendo ya diputado nacional, el general Victorica, después de uno de mis discursos parlamentarios, me obsequiaba con una edición completa, en griego y en francés, de las obras del gran orador, yo me complacía en recordar los fragmentos que más habían despertado los entusiasmos comunicativos de Mr. Lewis...

Más tarde, los estudios de derecho romano (1882-83) constituyeron mi principal ejercicio del idioma. La paráfrasis de Teófilo, en el griego. No era, como no es, muy elegante, el latín jurídico, pero el continuo ejercicio resultó muy provechoso para mí. Fué entonces que *pulsé* por la primera vez a Cujas, a Vinnio y Heinecio. El primero no había de apartarse más de mi lado, consultado no sólo en su inagotable ciencia del derecho civil y canónico, sino aun mismo en el derecho público cuyos principios yo deducía de las magistrales exposiciones del derecho privado contenidas en la obra del para mí más grande jurisconsulto de todos los tiempos. Es lástima que los abogados no frecuenten este incomparable intérprete del derecho romano, al cual abrazó no sólo en las colecciones del Corpus Juris sino en las obras de todos los jurisconsultos más eminentes de Roma.

—A propósito de obras antiguas, ¿cuál fué de ellas la que mayor influencia ejerció sobre su psicología moral, entonces?

—No puedo vacilar—me responde súbitamente el doctor Magnasco—; las de Cicerón. Cicerón lo contiene todo: lo literario, lo político, lo jurídico, lo artístico y singularmente lo moral, bien que, es ocioso decirlo, haya en lo literario cuatro que no es posible leer sin recibir una perdurable impresión de grandeza: Virgilio, sonoro y grandilocuente; Horacio, dueño de la suprema pulcritud de la forma; Tácito, vivaz y límpido, y Salustio, el más elegante, vigoroso y movido de los narradores. De los más modernos, contenidos en la conocida colección Nizard, nada como San Agustín en su *de civitate Dei.* Lo recomiendo a los jóvenes...

Ya en tren de confidencias, avancé más en mis preguntas.

—¿Y su iniciación en la política, doctor?

—Los jóvenes de 1886 nos iniciamos en la vida política con la campaña presidencial del doctor Juárez Celman, senador nacional a la sazón. Teníamos alrededor de veinte años. Nuestro programa—al menos el mío, constante en un discurso de la Juventud Nacional—fué de principios. No podía ser de otro modo, tan ajenos éramos a las cosas de la política que podríamos llamar práctica o de influencia.

Mi vida pública responsable, de esa fecha, está toda en mis manifestaciones desde el aludido discurso hasta los de mi actuación parlamentaria en 1890-94. Al doctor Juárez Celman le tocó presidir una crisis política cuyas raíces alcanzaban a un

pasado muy distante de él. Y bien que, naturalmente, yo nunca tuve influencia alguna en su gobierno, acepto las responsabilidades que puedan caberme dentro de las explícitas manifestaciones personales a que acabo de hacer referencia. Creo que todas ellas me honran. En el archivo del doctor Juárez debe haber cartas mías del tiempo de mi diputación. Ellas hablarían de mi conducta política si fuesen exhumadas.

—¿Tuvo usted alguna vinculación con los hombres del Partido Radical?

—Durante el inmediato gobierno del doctor Pellegrini y después en el del doctor Sáenz Peña, muchos de los hombres llamados "*cívicos*" se entendieron conmigo. Están sus cartas en mi poder y fué el ministro doctor Del Valle quien, por intermedio del secretario del Senado, doctor Benigno Ocampo, me solicitó una entrevista—la que tuvo lugar en el escritorio de don Vicente Casares—y respecto de cuya materia y resultados deberé algún día escribir unas líneas. Me parece que yo era entonces presidente de la Comisión de Negocios Constitucionales o de la de Legislación.

Debo decir aquí que conservo especial cariño por la memoria del doctor Juárez Celman que, como presidente fué el gran editor responsable de errores propios y, sobre todo, ajenos; senador nacional irreprochable y gobernador de Córdoba de los más destacados por el impulso que imprimió a los progresos de la provincia, escogiendo sus colaboradores con mayor acierto, sin duda, que lo hizo después en la presidencia de la Nación...

Arriesgué una pregunta insólita, que, sin embargo, fué contestada.

—¿Cuál es su filiación dentro de la actualidad política, doctor?

—Estoy deliberada y completamente alejado de ella,—me respondió el doctor Magnasco.—He dicho ya en distintas ocasiones que no puedo volver a la actuación de esa clase, y la resolución, que hice al abandonar el ministerio, fué para cumplirla y no para quebrantarla. Son razones personales las que me obligaron a adoptarla y desde entonces me veo forzado a dar penosas negativas a las frecuentes solicitaciones que vengo recibiendo desde que dejé ese ministerio. Todo ello no me impide manifestarle que mi mayor deseo cívico es y ha sido siempre, ver constituído y organizado un gran partido político, como lo que-

ría Mitre y se había propuesto Avellaneda. Tarda en venir ese gran progreso nacional.

Cambié el curso de la conversación, y en el deseo siempre de obtener declaraciones interesantes, le pregunté:

—¿Por cuál de los argentinos ilustres del último cuarto de siglo siente usted más admiración y cariño?

—Entre los más grandes, ninguno ofrece un conjunto más realmente digno de imitación que Mitre. Pienso que todavía no se le ha estudiado bien, sobre todo en la firmeza inalterada de su conducta con relación a los principios que eligió como norma de su vida pública. No hay un solo acto de él que no responda a ellos, desde el sitio de Montevideo a su postrer fulminación contra los adoradores de Caxias. Avellaneda preguntaba todos los días al levantarse: "¿qué dice Mitre?"... ¡Tal era su concepto del gran ciudadano. Hay otros que, actuando en su tiempo, han llevado a cabo actos aislados de incomparable magnitud y trascendencia: Urquiza, Caseros y la Constitución; Alberdi, el ambiente científico constitucional; Vélez, la consolidación del derecho civil argentino; Sarmiento, la educación popular; Avellaneda, la capital definitiva; Roca, la integración territorial de la República; Don Torcuato de Alvear, el espíritu urbano de civilización, etc. Pero, nadie es como Mitre un ejemplo. En todo: como ciudadano, como hombre de gobierno y de partido, como dueño de las más extensas ideas generales, como inteligencia flexible y de genial adaptabilidad, como amor al saber, como *self made man* y como energía intelectual y sobre todo moral. Ningún hombre, en toda la amplitud de nuestra historia, ha podido sostener su prestigio tan largamente como él. Eso es un signo de su positiva grandeza... También tuve gran cariño por don José Manuel Estrada—tipo de patriarca—cuyo curso de Instrucción Cívica debiera ser leído siempre por los argentinos.

Continuamos hablando de distintas cosas, algunas sin mayor importancia. Ayudado por un giro de la plática, traté nuevamente de sondar las opiniones del doctor Magnasco sobre un tema oportuno: nuestra literatura.

—Muy delicado es el asunto,—me dijo.—Ya sabe usted aquello de *genus irritabile vatum*, de Horacio. Yo pienso que no hay por el momento verdadera literatura nacional, a no ser en transición, aun cuando haya producción literaria, y con exce-

so, muy buena en parte. Creo que su más perceptible deficiencia está, en general, en la falta de solidez. De ahí que las obras y trabajos que se dan a la publicidad tengan, como es notorio, una vida efímera. Acaso nos sobre la predisposición y aún el genio, pero nos falta la escuela y las severas disciplinas que ella impone. Y, como siempre me gusta invocar el pasado, lea usted otra vez el "Pro Archyas", de Cicerón, y recordará cuánto exigía el eximio maestro para ser un hombre de letras de verdad. Lo que hace falta, pues, es el carril, el cauce y, sin duda, el filtro. Usted me pide que le cite nombres propios. Tarea enojosa por lo que ya le dije con Horacio y porque en una conversación como ésta, ¡ cuánta omisión podría afectar de injusticia el recuerdo!... Bunge es, en mi sentir, una de las más vigorosas mentalidades de actualidad; Lugones, el temperamento más genial, es asombrosa su imaginación, tanto que el freno que le pone no le basta; "*La Gloria de Don Ramiro*" ofrece exquisitos pulimentos; pero, ¿ es obra nacional nada más que porque sea de Larreta?... Joaquín V. González, aparte de sus demás conocidas condiciones, es un notable escritor: bien se notan en él los frutos de su perseverancia literaria, disciplinada y firme; de Rojas habrá que decir todavía muchas cosas buenas; número de importancia es Ingenieros; pero, ¿no lo encuentra usted algo movedizo y a veces contradictorio? Pero en todo ello—y acaso defecto de ambiente—¿ cuál es la figura genuínamente literaria comparable, por ejemplo, con la de Miguel Cané? ¿ Dónde está, en los últimos lustros, la producción poética que viva y perdure como la de Obligado? ¿ Quién, en la actualidad tiene el extenso e íntimo conocimiento de la literatura de la madre patria como Oyuela? Y sobre todo, ¿por qué han sido olvidadas las letras clásicas de Francia, España e Italia? ¿ O se puede creer que el conjunto de la producción literaria moderna vale lo que la precedente como modelo de inspiración, de arte y por consiguiente como factor educativo o de superior cultura? Estimo que el más sensible defecto de las sociedades modernas en general, y especialmente en lo literario, está en el exceso de emancipación respecto del pasado, cuando bien sabido tenemos que no lo hemos proseguido o sustituído siempre con ventaja ni siquiera con paridad en muchas cosas fundamentales. En letras y filosofía, al menos. Y no hablemos de política y de moral. La universal subalternización es notoria. Esperemos, sin embargo, nue-

vos como somos, que la profunda y prolongada conmoción actual nos vuelva la vista hacia arriba, hacia los ideales, oscurecidos por las doctrinas utilitarias con las que algunas naciones de Europa tienen envenenado al mundo desde antes de mediados del pasado siglo y, entonces, operada la reacción franca a favor de las cosas del espíritu, hemos de volver a dar a la inteligencia su ambiente propicio y panoramas análogos a los que tuvo en las épocas que, hoy más que nunca, podemos llamar con el nombre histórico de "edades de oro", al menos de la literatura, de la filosofía y de la ciencia. Pero, hoy por hoy, ¿qué puede esperarse de inmediato? Lo único: ¡que Dios nos dé a nosotros y a nuestros hijos inmensa paciencia!...

La mirada del doctor Magnasco pareció nublarse ligeramente; y mientras yo adivinaba en su espíritu la íntima ansiedad patriótica de los ciudadanos superiores, él me extendió su mano, con un silencio significativo...

Y yo creí entrever en ese silencio aquella frase de Norman Macleod, cuando realizaba su gran propaganda moral en la baronía de Glasgow:—*¡Necesitamos hombres, realmente! ¡Pero no sus libros o su dinero o su popularidad, sino a ellos mismos!*

1918.

IN MEMORIAM

Oración fúnebre, pronunciada en el sepelio de los restos del eminente jurisconsulto y hombre de letras argentino, doctor Osvaldo M. Magnasco. (5 de mayo de 1920).

Señores: Ante la tumba de los grandes ciudadanos, cualquier hombre del pueblo, capaz de hacerse intérprete del sentimiento colectivo, tiene derecho a hacer uso de la palabra.

No traigo representación de institución alguna, pero si ello pareciera objetable diría que me arrogo una representación muy elevada: la del dolor de esa inmensa y anónima muchedumbre de argentinos que hoy llora, apenada, la muerte de este ilustre varón, ante cuyo cadáver la República, envuelta en luto, siéntese desgarrada por la pérdida de uno de sus más dignos, acaso el más preclaro, de sus actuales hombres de talento.

¡Osvaldo Magnasco se ha ido!... Y al decirlo, parece que de improviso le faltara a nuestra patria una piedra angular en el basamento de su cultura...

¡Valía mucho, en el silencio de su retiro político, ese ciudadano de sanas y rectas inspiraciones, cuya personalidad de inconfundible relieve era solicitada siempre en la consulta jurídica de interés nacional, a la que aportaba no sólo el concurso de su integridad y patriotismo sino también el dictamen de una erudición e inteligencia superiores!

¡Se ha ido, sí, señores, una de las figuras más representa-

tivas de la intelectualidad argentina!... ¡Osvaldo Magnasco, el hijo de la gloriosa Entre Ríos, que un día llegó a iluminar con los relámpagos de su elocuencia tribunicia el hemiciclo parlamentario de la capital más ateniense de América!

Ninguno como él, en el instante de sus arrebatos cívicos, supo volcar la idea en el molde candente de una frase, sellándola con el troquel de su estilo oratorio, para que ella quedara como perpetuo timbre en los anales de nuestra vida democrática.

Es que Magnasco tenía la talla intelectual de los hombres geniales, y era uno de esos caracteres austeros, forjados en una sola pieza, no como los que describe Teofrasto o pinta La Bruyére, sino como los que él mismo citara muchas veces, refiriéndose a los tiempos de la Grecia clásica o de la Roma antigua.

¡Aguila del pensamiento, — cóndor argentino, — de nuestro modo de ver y de sentir las cosas, y que logró remontarse hasta el más alto nivel de la cultura universal, eso fué Osvaldo Magnasco!

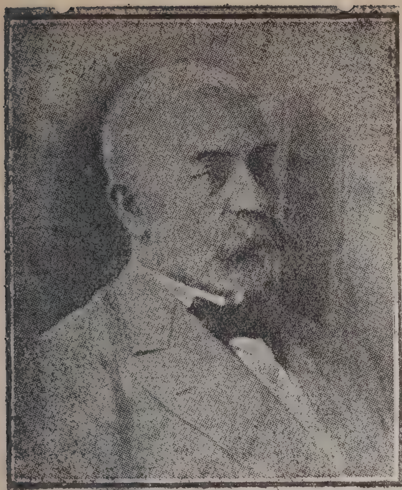
Y por eso, merced a su privilegiado talento, investigando las fuentes del Derecho Romano, poseyendo con sólida erudición el conocimiento de la ciencia jurídica y dominando con profundidad de criterio la filosofía de la historia, pudo ser maestro de maestros en el Parlamento, el Foro y la Cátedra, a la edad en que Cicerón,—la expresión superior de la conjunción del genio latino con el genio griego,—aun no había obtenido su consagración cívica por la aclamación unánime del pueblo.

Muchas brillantes páginas quedan para los argentinos del futuro,—si ellos saben recogerlas,—del eminente ciudadano caído en plena madurez intelectual... Guardo la satisfacción de haber sido su amigo y su discípulo, y de haber aprendido a venerar el pasado griego y romano bajo la influencia de su palabra grave, cálida, e inspirada siempre por el soplo soberano de la civilización antigua, cuya evocación a través de su espíritu superior solía aparecer como un renacimiento prodigioso de conceptos morales, ya olvidados, por la indiferencia contemporánea, entre las páginas de los "Anales" de Tácito o de las "Vidas Paralelas" de Plutarco...

¡No has de morir del todo, eximio traductor de Horacio!

En esta joven República del Plata, cuya nacionalidad se está plasmando en el crisol del progreso, el panteón de los varones ilustres no se ha construído todavía... ¡Pero lo suple, mien-

tras tanto, el corazón del pueblo, urna sentimental donde la patria deposita el recuerdo de sus más nobles, más virtuosos, más grandes hijos, para que las aguas malditas del Leteo no lo arrebaten y algún día pueda ofrecerlo a los hombres del futuro, como ejemplo y luminar de su pasado histórico!



Dr. don Joaquín V. González

UNA VISITA AL DOCTOR DON JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

(Impresiones y confidencias)

Detrás de las pintorescas barrancas de Belgrano, en una mansión sencilla y moderna, tiene su "home" el doctor Joaquín V. González; esa es "la escondida senda" del talentoso autor de *Mis Montañas y La Tradición Nacional.*

Allí fuí a verle, días pasados, y mientras esperaba su persona en el interior de un pequeño gabinete de estudio, mi vista empezó a vagar por el moblaje y la habitación... Dos cosas me llamaron la atención, un busto broncíneo de Voltaire, sobre el escritorio, y la ventana que, frente a éste, dejaba penetrar la luz de la calle.

¡Voltaire!, me dije... ¿Por qué Voltaire?... ¿Será el doctor González un íntimo admirador de la doctrina de aquel genial filósofo escéptico?... Yo sé que no se tiene impunemente un busto de Voltaire encima de una mesa de trabajo: hace años que tuve uno, en tal sitio, y sufrí el contagio de su sonrisa sarcástica hasta el punto de que por ahí anda un artículo mío titulado *Fuentes perdidas,* en que es bien visible la influencia del rictus volteriano sobre mi ánimo.

Pasando a la ventana, ¿a que no sabéis qué extraña reminiscencia vino hasta mí, desde el fondo de añejas lecturas de la infancia? ¿Y qué original relación de ideas me sugirió el recuerdo?... Pues, la siguiente: cuentan crónicas de infolios medioevales, que en Cangas de Tineo, a principios del siglo XV,

el célebre marqués de Villena era tenido por hechicero entre las gentes de la comarca, por la razón de que la ventana de su habitación en el castillo dejaba ver luz encendida a altas horas de la noche... Y yo pensé (!): en este pacífico barrio de Belgrano, cuántas veces el transeunte retrasado, al enfrentar por la noche la ventana del escritorio del doctor González, quien indudablemente trabaja hasta muy tarde, dada su vasta y múltiple labor intelectual, sentirá cierto supersticioso respeto y se dirá entre sí:—¡El doctor González analizando la política argentina!... Como antes se decían: ¡El Marqués de Villena estudiando la magia y sus conjuros!...

A esta altura de mi divagación, entró el doctor González en el gabinete: vestía una *"robe de chambre"* y su persona tenía todo el aspecto de quien se levanta de dormir... Era la una de la tarde.

Y con la parsimonia que es característica en el ilustre senador riojano, se inició nuestra conversación; rodó ésta sobre tópicos diversos, al principio... No es el doctor González de aquellas personas de locuacidad natural: pesa las palabras, mide el sentido y alcance de todas ellas.

—Nací en la aldea de Nonogasta—dijo, respondiendo a una pregunta mía,—al pie de la gran sierra nevada del Famatina, famosa por sus minerales, el 6 de marzo de 1863.

—¿Podría usted referirme alguna anécdota de su niñez?

—Mis recuerdos escolares están llenos de anécdotas que he referido en parte en el libro "Mis Montañas", en "Cuentos" y en "Historias". Los demás serían largos de contar ahora en esta conversación, y acaso motiven libros de Memorias, después.

—¿Cuál fué su primera vocación, doctor?—interrogué a continuación, alentado por la buena disposición, visible, en el doctor González.

—Mi primera vocación infantil—respondió—fué la poesía, y sigue siendo mi pasión... infantil. Me pasé muchos días vagando solo entre las viñas paternas de Nonogasta y Chilecito, recibiendo revelaciones de la naturaleza, algunas de las cuales sólo ahora voy comenzando a comprender. Una vez había escrito unas estrofas largas, es decir, muchas; y como mi madre me las descubriese, me dijo: *Muéstraselas a tu padre, que le va a gustar*... Temblando de miedo se las mostré una tarde muy

apacible, sentados en el enorme patio de casa. Cuando acabé de leerlas, mi padre y mi madre, que conocían mi inclinación prematura por una de mis primitas, la cual tendría los mismos ocho años que yo, se rieron entre satisfechos y burlones, y yo no paré de correr hasta hallarme debajo de un manzano de la finca, distante dos cuadras, lo menos, del sitio de mi primera lectura.

—Seguramente, en sus lecturas de entonces, primarían las obras literarias?

—En mi primera juventud, que ha sido muy larga porque empezó muy temprano, leía mucho a Chateaubriand, *El Genio del Cristianismo,* y los clásicos españoles,—los poetas del siglo de oro,—y en mis años de colegio intensifiqué mucho la lectura de clásicos latinos y griegos, historia, y mucho Macaulay y otros historiadores. Muy pocas novelas, salvo aquellas inevitables por lo famosas, y Lamartine, Walter Scott, Zorrilla, Hugo, y también los poetas indios, y la Biblia y los libros sabios de la antigüedad.

—¿Cuál fué la tesis con que usted obtuvo el título universitario de doctor?

—Rendí mi tesis en la Universidad de Córdoba, en 1885, con una disertación escrita que se titula *Ensayo sobre la Revolución,* 179 páginas, que quedaron después de suprimidos dos capítulos, por consejo de censura, y unas buenas páginas más de asunto religioso; todo lo cual, reunido y precedido de una introducción de ahora, hará un volumen de 300 páginas lo menos,—en breve,—cuando se reimpriman, como Chateaubriand reimprimió su *Estudio sobre las revoluciones antiguas,* después de hacerse católico; con la diferencia de que yo aparecí liberal entonces y... ahora no me siento cambiado...

—¿Cuándo empezó su actuación pública?

—Me inicié en la vida política en Córdoba, mientras estudiaba Derecho; y bajo los auspicios de la política liberal y civilizadora de la primera presidencia del general Roca. Escribí primero en un diario, *"El Progreso"*, donde me ejercité a todo trapo, y después en cuanto papel público se fundaba y se fundía en la docta ciudad. El movimiento político para la presidencia del doctor Juárez Celman me hizo salir del incógnito de mi insignificancia para ser alguien.

En cuanto a anécdotas de esta época, las tengo también en

abundancia, pero el *dejo* que *dejan* no es grato al paladar contemporáneo... Las contaré después. Algo hablé de este tiempo interesante en mi prólogo a la obra del doctor Angel F. Avalos, titulada *"Pensamiento y Acción"*, y que reinserté en la página 301, de mi obra titulada *"Hombres e Ideas Educadoras"*; libro casi inadvertido aquí, pero juzgado con singular simpatía en *"The South American Times"*, del 27 de mayo de 1913.

—¿Por cuál de sus obras siente usted preferencia?

—Con la salvedad de que el autor es el menos indicado para hacer su juicio, le citaré las que los críticos han indicado como las mejores: "Mis Montañas", "Historias", "La Tradición Nacional", "El Juicio del Siglo", "Política Espiritual", "Bronce y Lienzo" y "Manual de la Constitución Argentina".

—¿De las personalidades argentinas de los últimos tiempos, cuál le inspira mayor admiración y respeto?

—Nuestro país no está aún en edad cultural para producir el *hombre admirable,* si bien puede dar y ha dado muchos que tienen mayor o menor número de cualidades, fases o rasgos dignos de admiración. Así (hablo dentro del período de los últimos cincuenta años) Urquiza, Mitre, Sarmiento, Gutiérrez (Juan M.), Alberdi, Avellaneda, Roca, Quintana, del Valle, Estrada, Pellegrini, y otros más, tienen estos varios o singulares aspectos *admirables* de su personalidad, o bien reunen una mayor suma de condiciones, que los colocan en la categoría de los *hombres dignos de admiración.* Además, yo he estudiado mucha historia antigua y moderna, y me resulta difícil, en nuestra época, calificar así, netamente, de *hombre admirable,* sino a muy pocos en el mundo. Luego, la condición de *admirable* para los espíritus como el mío, rara vez se halla en la política, y sí me es más fácil encontrarla en el arte, la poesía, la elocuencia, la filosofía, la literatura, en fin, y también en la política, siempre que un fondo y una orientación ética y estética, definan la personalidad y su acción.

—¿Qué opina usted, doctor,—insinué,—de la actual crisis política interna?

—Que es una honda crisis de valores políticos e institucionales, que contribuirá a afirmar el concepto de nuestra historia y de nuestro régimen constitucional, para... después.

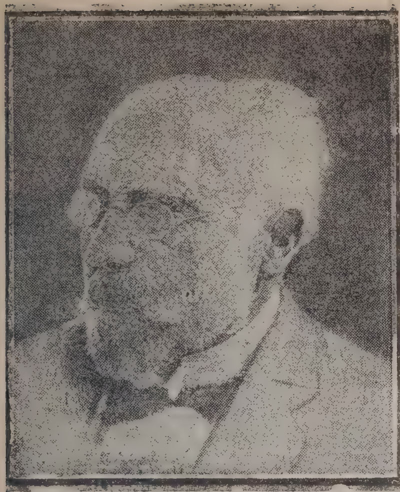
—¿Y cuál es, según su criterio, entonces, la misión del futuro presidente de la República?

—Gobernar con la Constitución, — repuso gravemente el doctor González,—restaurar la cultura, la educación política y el legado de progresos heredados de las generaciones anteriores, reafirmar el orden, el crédito y la autoridad nacional, levantar de la humillación y postración a las provincias, simplificar las administraciones federal y provinciales, y desarrollar la producción y las industrias propias de la Nación y de las provincias, restablecer nuestra política externa tradicional, sobre las bases de nuestro mayor valimiento nacional y solidario en América y en Europa, y acentuar el valor moral, intelectual y político de nuestra democracia, acercándola a los destinos de las más avanzadas democracias de América y Europa; arreglar sobre bases firmes para el progreso y la paz de la Nación, el problema social...

Me levanté para retirarme; el doctor González se puso de pie, cortésmente. De nuevo, recobró su habitual actitud de modorra y ensueño... Yo pensé en las características que el común de la gente le atribuye y me pareció que al irme de allí, el doctor González tornaría, probablemente, al lecho...

Pero la sonrisa del busto de Voltaire me sugestionó de improviso; el rostro irónico del gran pensador parecía decirme: —*¡Es falsa la conseja; este ciudadano, de quien todo el mundo dice que siempre duerme, es, felizmente para la patria, uno de los pocos que velan por sus destinos!*

1916.



El poeta Pedro B. Palacios. "Almafuerte".

MI OPINIÓN SOBRE "ALMAFUERTE"

No es mi propósito definir en estas breves líneas la personalidad literaria de "Almafuerte", que goza de un prestigio popular tan grande en el país, ni mi pluma es la más indicada para trazar apologías. Me limitaré, por lo tanto, a exponer ligeramente mi opinión personal sobre dicho poeta, el más original y vigoroso que se destaca en nuestra literatura contemporánea.

Ardua y compleja es la tarea: el criterio peligra entre dos abismos: el más mínimo desequilibrio pasional puede originar el fracaso de la tentativa. Una fulguración que deslumbre, un instante de debilidad humana, pueden ser lo suficiente para caer en la sugestión del concepto general o en la mezquindad egoista. He de aventurarme, sin embargo, por el peligroso camino, sin temor en el espíritu y con intenciones puras en el ánimo.

Todo el mundo conoce, más o menos, fragmentariamente, su notable y trascendental obra poética. Su nombre se aureola, dentro y fuera del país, con una popularidad inmensa y un justo prestigio. Y las palmas del triunfo han rozado más de una vez, en el camino, su frente de inmortal.

Sin embargo, de acuerdo con la sinceridad y conciencia de mis convicciones, he de declarar que, si bien admiro el talento

y la personalidad de Almafuerte en su aspecto lírico, no comparto con la generalidad de sus devotos el concepto superlativo de la clarividencia profética, el apostolado evangélico y la talla genial, que casi todos ellos se obstinan en encontrar en su vida y en su obra.

Porque a veces la exageración se colma, y una personalidad sufre cuando se desvirtúa su concepto intrínseco. Se ha pretendido con antojadizo criterio, identificar la vida privada del poeta, sus hábitos característicos, su extraño temperamento, con la práctica de una doctrina espiritual fundamentada en sus poemas, idealizada en su mente y religiosa, escrupulosamente, santificada en el vivir cotidiano con una austeridad cenobial.

Nada más absurdo que tal leyenda. Efectivamente, Almafuerte fué siempre irregular en su vida, pero no porque se rigiera por extraños principios de una filosofía "ad libitum", sino por su carácter individual y su psicología anormal... Hace muchos años, un conocido escritor americano, — Arturo A. Ambrogi, — que le visitara, decía en conciso estilo: *"Almafuerte, vigoroso poeta que vive encastillado en su orgullo y su altivéz como en un Olimpo..."*

En *"Trémolo"*, una de sus vibrantes composiciones, después de haberse desmoronado sobre su corazón todas las angustias de muchas esperanzas fallidas, aspiraciones truncadas, idealidades desvanecidas, se condensa el grito final de la impotencia humana ante esa divinidad ciega en que los he enos representaban el Destino: y exclama el poeta.

"Yo he de ser el que cae, el que gravita,
yo de ser el Satán, el no feliz,
yo he de ser el rosal que se marchita...
¡porque te place a tí!"

(Y conste que estoy en situación de poder asegurar que conozco, como pocos, en sus detalles más particulares, la vida privada del poeta, por haberle ligado a mi familia una antigua y constante amistad, que se remonta a su adolescencia, cuando su vocación era el dibujo y todavía no había salido de ensayos en sus vuelos líricos. Conservo en su redacción original, con defectos que más tarde aparecieron corregidos en los postreros manuscritos del poeta, algunas de sus composiciones).

poeta desorientado. Por un egotismo y una egolatría justificable hasta cierto punto en hombres de una cerebración superior que han debido luchar, aislados, contra un ambiente hostil, alimentó desde temprano la ambición de culminar en forma extraordinaria. Y por eso, dentro de la escala de su transfiguración poética, lo vemos aparecer soberbio, unas veces como Juvenal, otras como Isaías, ya como Jesús, o como Job, o como Salomón, o como San Pablo (por el que manifestara muchas veces, en privado, una profunda admiración), pero sin dejar de ser por un solo instante el mismo: esto es, "Almafuerte"... Esa idea que rondara su espíritu fué la "*nube que cruzaba callada la extensión indefinida*", el "*ideal deslumbrador, como nimbo de rocío con que amanece la flor*" de sus versos.

Y él mismo, en "*Milongas clásicas*", define así uno de sus estados de ánimo:

..."O de tanto cerebrar
me circundo de visiones,
que me muestran direcciones
salvadoras al azar."

II

Poeta extraordinario, porque apesar de ser heterogénea su labor intelectual ha conseguido unificar todas las producciones en torno de una idiosincrasia típica, revelada en sus versos. Y ha logrado, de un enmarañado conjunto de poemas magníficos, aunque sin unidad de pensamiento, incoherentes y contradictorios en sus ideas, y recargados de metáforas y vaguedades como una selva virgen de frutos silvestres, hacer surgir una personalidad literaria singular, portadora de un nuevo blasón para las letras americanas e iluminada por los centelleos de su fiebre lírica como por los relámpagos de un Sinaí.

¡Ha triunfado Almafuerte!... Entonces, es lícito discutirlo; no para pretender empañar su gloria ni para restarle méritos, que fuera tarea alevosa, sino para que los hombres, al esculpir idealmente en la imaginación su figura de poeta, no le atribuyan proporciones distintas a las reales...

¿Por qué razón Almafuerte, a pesar de ser el más original de todos nuestros poetas nacionales, no llega, sin embargo, a ocupar el primer puesto en esa legión? ¿Por qué no podemos llamarle el gran poeta, el bardo, de nuestra nacionalidad en embrión?...

Sencillamente, por su pesimismo, hondo, arraigado, definido.

La inspiración de Almafuerte es extemporánea.

Los pueblos nuevos necesitan poetas que tengan la videncia de los profetas y el optimismo de su futuro. Y si colocáramos en el pináculo de nuestra literatura nacional, como un símbolo del pueblo argentino, la obra literaria de Almafuerte, nuestro espíritu la admiraría pero la rechazaría nuestro patriotismo, por no ser la neta expresión de sus sentimientos.

Y sabido es que en la vida de los pueblos, el factor más poderoso de su progreso y grandeza es el respeto cívico por sus tradiciones e instituciones; y cuando el escepticismo se propaga y el ideal se debilita, las naciones,—ha dicho un pensador moderno,—pierden todo lo que constituía su cohesión, su unidad, su fuerza.

En la civilización gastada de la decadencia de Roma, Almafuerte hubiera sido tan grande como Dante en el medioevo. Pero en la nación argentina no trasuntan sus poemas la gran visión de los ideales patrióticos, de las aspiraciones colectivas, de las saludables conquistas de una suprema moral doctrinaria; ni sus anatemas pueden vibrar lógicamente sobre un pueblo como el nuestro que apenas cuenta sesenta años de vida constitucional, y que tendrá vicios de organización política pero no morbosidades y corrupciones atávicas como para azotarlo con la fusta de Juvenal, pese a todos los teóricos y reformistas extravagantes.

Si Almafuerte hubiera seguido siendo el cantor de "*La sombra de la patria*", hubiese llegado a culminar, con su poderosa inteligencia, en el Tabor de nuestra vida histórica. Hoy sería nuestro vate gigante... Pero cuando, en el ocaso de su vida, en medio de su país que le ensalza, le venera, le arroja laureles, escribe:

"*Yo el errante, yo el postrero,*
YO EL SIN PATRIA, *yo el sin nido...*"

Ese grito del alma, en que se evidencia la irrupción de quien sabe qué despecho íntimo, y que no tiene razón de ser, borra su nombre de los altares consagrados a la deidad tutelar de este pueblo...

III

Hermosa es la obra de Almafuerte. Juzgándola en conjunto, sobre el campo de la literatura universal, aparece como una de las más valientes rebeldías del espíritu humano, en sus anhelos de regeneración inmensa, de vida sana, de purificación sublime, aunque quizás con excesivo idealismo y ambiguas teorías.

Por eso cuando se estudie serenamente la obra y la personalidad de Almafuerte (sin relacionar ciertas anomalías de carácter, basadas en quién sabe qué fortuitos azares de su existencia o rarezas psicológicas, con la doctrina espiritual fundamentada en sus poemas), todas las paradojas en que se ha sintetizado su vida y su labor serán hojarasca que el tiempo disperse: ni el patriotismo primordial, claudicado luego, ni la glorificada chusma donde al apoyar su planta el poeta encontró la ingrata y traicionera realidad de las marismas, ni el egotismo disecado en la desesperación del misionero, clamando ante una jauría de pasiones, ni la crucifixión propia del *Yo* en el candente motivo del "*Trémolo*", quedarán en otro sentido que el alegórico. Y nunca más grande que entonces la personalidad del heteróclito creador de "*Jesús*" y "*La Inmortal*".

Almafuerte, poeta, artista, hombre, aparecerá tal como él mismo se define:

"*Yo soy el negro pinar*
cuyo colosal ramaje
como un colosal cordaje
no cesa de resonar."

...¡Y allá, en el fondo de sus poemas, como latiendo en medio de ese pinar sombrío, un corazón noble, generoso, lleno

de humanidad, sediento de una felicidad imposible, sublimizado por el dolor... agostándose en el ensueño estéril!

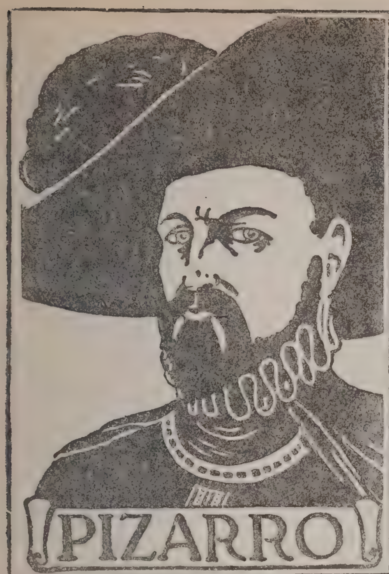
IV

Almafuerte es un singular poeta. No seré yo quien lo niegue. Su producción es majestuosa, original, única en su género, dentro de la literatura nacional. Pero no vayan más allá sus exégetas y apologistas...

¡Porque en América, tierra de porvenir, mundo de aurora, vida de esperanza, preciso es afirmar que, hasta ahora, la inspiración luminosa de Andrade, sigue representando el Aconcagua del numen poético argentino, y que sus cantos de vibración augural, como los de los bardos celtas bajo las encinas sagradas, son los únicos que iluminan con luz de sol, — hoy por hoy, — el alma de nuestras generaciones en marcha!

1916.

OFRENDA A ESPAÑA



LA VISIÓN HEROICA

Al Dr. don Fermín F. Calzada

Hay un célebre cuadro del gran pintor prerrafaelista Millais, en cuyo argumento pudiera simbolizarse la España de la Conquista. Llámase "El Caballero Errante". Dos figuras centrales llenan el lienzo: una hermosa doncella, a quien manos perversas han atado, desnuda, a un roble secular, y un paladín armado de punta en blanco, que atraído por las quejas de la joven, al atravesar el paraje, se apresura a cortar tan crueles ligaduras con su tizona. Ambos personajes resaltan contra el fondo verdinegro del bosque, iluminados por la débil luz de la mañana que, llegando desde el confín, realza la belleza de la prisionera y corre en suaves reflejos de aurora por la armadura de su libertador.

Tal se le representa a mi mente la España guerrera y conquistadora del siglo XVI—la de Fernando el Católico y Carlos V...—Armada de todas armas, aventurada al azar como un caballero andante, en la alborada de una civilización hermosa, por entre la selva del fanatismo y la ignorancia de la Edad Media, más sombría que el bosque de la pintura, libertando—iluminada por la luz del lejano descubrimiento—al espíritu humano, prisionero y atormentado por los rígidos principios de la escolástica y de las disciplinas místicas.

¡Cuán interesante resulta, en realidad, contemplar a aquella España, la de las "tres mil setecientas batallas" en la vega granadina, cruzando la soledad procelosa del Atlántico, rumbo a las Américas!... Traía la espada y la cruz como elementos de conquista y civilización; venía en viejas carabelas, que casi siempre desarbolaban las borrascas, y en galeones mal calafateados, cuyas máscaras de proa parecían simbolizar las pasiones de la muchedumbre aventurera que se hacinaba en el entrepuente y las crujías; encauzaba hacia las tierras nuevas, doradas por el espejismo, todas sus energías y aspiraciones, todos sus intrépidos soldados de Flandes y las guerras de Italia, y entre el tumulto venían también los hidalgüelos sin fortuna, los plebeyos audaces, los que tenían cuentas pendientes con la justicia, gente codiciosa en su mayoría, ávida de mandobles que reportaran fama y honra y de oro, para adquirir solar y privilegios. "Fué aquello—dice Lummis,—el más grande comienzo de la libertad humana, la primera vez que se abría la puerta de la igualdad... Y no hubo nadie, por pobre o ignorante que fuese, que no pudiera entonces crecer hasta alcanzar la plena estatura del hombre que dentro de él había".

Azuzaba al tropel de los argonautas—como la bocina de caza a los lebreles—el misterio de lo desconocido y los relatos fantásticos en boga, que acentuaban con su antinomia los contornos trágicos de la agonía feudal en que se debatía la Europa del Medioevo. Y sobre la osadía y alucinación de las empresas, fluctuaban—como murciélagos espantados por la luz celeste del Renacimiento—todas las vulgares supersticiones de la época, que desde la recóndita casucha del alquimista y el antro de la gitana bruja habían cundido, cristalizando fábulas prismáticas, en las conciencias plenas de fe y de esperanza...

Pero lo que más asombro causa es observar la transfiguración repentina de aquellos nobles aventureros y soldados mercenarios, al arribar e internarse en las tierras vírgenes que los siglos habían velado tras la sombría incógnita oceánica. De hombres transformábanse en héroes, actores de hazañas nunca vistas. Resplandecían en ellos las más altas cualidades de la estirpe. Sus individualidades, absorbidas por la misión épica, pasaban a sumarse en el esfuerzo común, integrando una entidad preeminente: la España de una epopeya grandiosa, sin parangón en la historia humana. Por eso, aunque un porquerizo de Trujillo

llegase a ser el gran conquistador Francisco Pizarro, o el arrogante Hernán Cortés se apoderase de todo un imperio, o el soldado-poeta Gaspar Pérez de Villagrán igualara a un paladín del Romancero, o el sin par Alonso de Ojeda hiciera chispear su arrojo en cientos de aventuras y combates, una vez terminado su cometido eclipsábanse, dejando paso a nuevos héroes, a otras figuras bizarras, que a su vez desvanecíanse luego, no sin que cada una de ellas prestara más brillo a esa colosal y gloriosa síntesis que se llama: la conquista y exploración del Nuevo Mundo por España.

El soplo de la creación, que aun debía circular por las regiones de mundo tan maravilloso, parecía agigantar a aquellos adalides e infundirles el vigor preciso para arrostrar los peligros y sobreponerse a los sufrimientos. Todo presentábaseles salvaje, agreste, hostil, amenazador. Las selvas, tenebrosas, eran el recinto de la muerte; fatales a su intrusión, en la flora, los frutos la fauna y las fiebres; y asilo de los indios, siempre felinos e indómitos. Las llanuras y los ríos tenían las mil asechanzas de la naturaleza violada y vengativa. Y, sin embargo, esos puñados de españoles, errantes y desamparados en la inmensidad de estas Américas, sembraron y abonaron con su sangre y sus sacrificios, en la soledad de los páramos, la simiente de las grandes y prósperas naciones que hoy son orgullo del continente... ¿Hizo más Alejandro el Grande con su "falange"? ¿Las campañas de Julio César, con sus legiones, fueron más profícuas?...

Malas versiones, propagadas durante largo tiempo, acumularon cargos injustificados contra los españoles de la conquista. Historiadores y novelistas, mal documentados, ofuscaron con sus juicios erróneos el criterio de muchas generaciones americanas y hasta de gentes impresionables de Europa, alimentando una creencia que, felizmente, ya se va extinguiendo. Esos escritores no supieron nunca remontar la vida histórica de los pueblos hasta el tiempo del descubrimiento de América, compenetrándose de la psicología y las ideas morales que predominaban entonces en Europa. Y al censurar a los conquistadores y presentarles como fascinados por el incentivo de las leyendas corrientes, no consideraron que tanto los mitos de "El Dorado", "las montañas de plata del lago Parime", "el oro de las tribus de Meta", como el de "la fuente de la Eterna Juventud", no

eran sino derivaciones de la fiebre de la Crisopeya y de la quimera de los filtros de amor, con que la Edad Media había mantenido su encanto espiritual y el heroico romanticismo de la caballería.

Citemos, nuevamente, al notable erudito norteamericano Lummis: "españoles—dice—fueron, los primeros que vieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos; españoles los que por vez primera vieron el Océano Pacífico; españoles los primeros que supieron que había dos continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo. Eran españoles los que se abrieron camino hasta las interiores lejanas reconditeces de nuestro propio país (Estados Unidos) y de las tierras que más al Sud se hallaban y los que fundaron sus ciudades miles de millas tierra adentro"...

"Y no solamente fueron españoles los primeros conquistadores del Nuevo Mundo y sus primeros colonizadores, sino también sus primeros civilizadores. Ellos construyeron las primeras ciudades, abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías; y trajeron los primeros misioneros"...

¡Yo he bañado mi espíritu en las fuentes historiales de esa epopeya y lo sé!... Por eso, cuando me abstraigo en meditaciones sobre la grandeza y la prosperidad de América, paréceme que en el fondo de su luminosa civilización actual, allá en lo más profundo de la infancia de estas naciones resplandecientes de progreso y porvenir, se agitan—contra un crepúsculo indefinido—vetustas siluetas épicas, en confusos tumultos de combates; y aunque las medias tintas no me dejan apreciar con exactitud la fisonomía de las cosas, oigo el chocar de las armas que me dicen de la lucha española, del concepto de una raza superior y extraordinaria, en su esforzada contienda por el porvenir de un mundo... ¡Y me invade la misma melancolía que a los pescadores de las costas de Bretaña cuando escuchan tocar a gloria las campanas de la ciudad de Ys, y la imaginan sumergida para siempre bajo el mar!...



Los molinos de viento, en la llanura, eran gigantes para la mente alucinada del ingenioso Hidalgo...

LA GÉNESIS MORAL DEL "DON QUIJOTE"

A don Casimiro Prieto Costa.

"Miguel de Cervantes Saavedra nació para escribir el Don Quijote", dijo en cierta ocasión su comentarista Unamuno. Y en verdad, la compleja y azarosa vida del glorioso escritor, presenta particularidades tan curiosas que singularizan, en alto grado, su existencia y parecen señalarle como un predestinado.

Su personalidad, sumamente característica dentro de la época en que floreciera, no tiene simil en ninguno de los contemporáneos. Le vemos, desde su adolescencia hasta su muerte, luchando a brazo partido con el infortunio, la miseria y el medio en que actúa. Carlyle lo cita por tales razones, en su estudio sobre "El héroe como hombre de letras". La malevolencia se encarniza en él. Los grandes le olvidan o le desprecian; los pequeños se arrastran en su redor para clavarle el ponzoñoso colmillo. Pero un estoicismo ejemplar mantiénele erguido y sereno en las contrariedades. Una idealidad perenne le hace levantar, siempre, la vista más arriba del horizonte en todos los momentos difíciles de su tránsito por el escenario pintoresco y tumultuoso del sixlo XVI. Y esa dignidad sentimental, de la

que jamás claudica, la hallaremos después reflejada en el fondo de las hazañas de su inmortal protagonista.

Nació Cervantes en un tiempo eminentemente épico, lleno de resabios de la Edad Media feudal y de espejismos de la andante caballería. La espada al cinto y la galantería en las costumbres continuaban siendo prendas típicas del ambiente. En cambio había degenerado la idea del honor. La vida aventurera triunfaba en todas partes y el fin justificaba los medios según la doctrina de Maquiavelo.

El Renacimiento y la Reforma, provocando un choque de tendencias y abriendo ancho campo a una concepción más real de la vida, dejaban al descubierto muchos puntos ridículos del ciclo caballeresco, en los que todavía se apoyaban, sin embargo, multitud de creencias vulgares y fantasmagorías literarias.

Por extraña coincidencia, el mismo año en que naciera Cervantes,—futuro demoledor de los relatos de maravillosas aventuras caballerescas,—aparecía en España una de las más famosas novelas de caballerías, titulada: "*Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra, hijo del rey do Duardos: y de sus grandes proezas: y de Floriano del Desierto, su hermano: con algunas del príncipe Florendos, hijo de Primaleón*". Obra ésta que Cervantes creyó compuesta por un rey de Portugal, y cuyo verdadero autor se ha comprobado que fué don Luis Hurtado de Toledo, cura, en esta ciudad, de la parroquial de San Vicente.

La primera edad de Cervantes se presta al bosquejo rápido. Nace en un hogar lleno de privaciones. Sus padres, gente de rancio linaje y escaso haber, viven en confraternidad con la cotidiana angustia del mañana. Las entradas del cirujano don Rodrigo de Cervantes, jefe de la familia, son muy exiguas. Y junto con el aumento de la prole iníciase el éxodo, en procura de mejor fortuna. De Alcalá pasa la familia Cervantes a Valladolid, de Valladolid a Madrid, de ésta a Sevilla; de la ciudad andaluza, tras varios años, otra vez a Madrid.

En estos frecuentes viajes y estadías en lugares distintos es indudable que el niño Miguel va recogiendo un valioso caudal de observaciones. En Valladolid contempla, con la precocidad de su ingenio infantil, la vida castellana, vida intensa al sol, en calles y plazas, con el sello típico del lenguaje arcaico

y la nota original de los hidalgos tiesos, graves en el andar y más graves aún en el decir.

Preséntasele la oportunidad de oir a los ciegos y oracioneros que recorren las tierras de Castilla, de feria en feria, cantando romances de gesta o narrando leyendas de blasón. Y de ahí, de su anhelo por saturarse de aquella poesía épica, con sus reyes magnánimos, sus enamoradas princesas, paladines, magos, encantamientos y combates, nace, quizás, su inclinación a "ir recogiendo por las calles", según él mismo dice, "los girones de papelillos desperdiciados". Se ve, pues, clarear una luz en el horizonte de su adolescencia.

Dos veces cruza Miguel la desolada llanura manchega, en su ida y vuelta de Sevilla: la primera vez a los dieciseis años, la segunda a los diecinueve. En el primer viaje el muchacho va alucinado por las relaciones heróicas de los romancistas. La extensión árida de la Mancha es, como bien la definiera una inspirada poetisa gallega, doña Rosalía Castro de Murguía:

"¡Planura e sempre planura,
deserto, e sempre deserto!"

Y en el llano inconmensurable, entre las polvaredas doradas por el sol, Miguel ve resplandecer el hacha de fuego de Esplandián, revolverse hipógrifos y alfanas, destellar lanzas y armaduras; el trote de cualquier caballería se aureola como el galope de un corcel de batalla; las nubes en el ámbito inmenso fingen polícromas torres de castillos lejanos; y el mozuelo peregrino "repasa en su memoria"—según uno de sus biógrafos—"no ya los latinados adalides de los poemas clásicos, sino los duros barraganes del romancero; y con la crudeza y asperidad del terreno le crece el hambriento corazón".

Al regreso de Sevilla, por la misma ruta, tropieza nuevamente Cervantes con aquella región; "suelo sin caminos, y que, sin embargo, todo él es camino; tierra sin direcciones, surcada por las veredas del acaso y de la aventura", al decir de Pérez Galdós. Pero ahora la impresión es diversa. Alborean los veinte años. La vida en la ciudad del Guadalquivir es escuela de intenso realismo. El hampa sevillana que circula, día y noche, por las angostas calles, exhibiendo sus ardides, hablando en jerga, deslizando sus uñas en las bolsas, traficando con la mancebía más

descarada, solucionando sus "negocios" a cuchilladas y rodando de vicio en vicio y de delito en delito hasta parar en manos del verdugo, ha revelado al entendimiento de Miguel, espectador andariego de la villa, una variedad de tipos y aspectos del vivir humano que desconocía. Las representaciones de Lope de Rueda, nuevo Thespis del teatro español, que ridiculiza los hombres y las cosas de su tiempo con la carcajada sardónica de su farándula, le han originado un dejo de ironía en el espíritu. Y al repasar por la Mancha, Cervantes ya es otro. Sus grandes ojos alegres, en aquel campo propicio a las ficciones de los poemas caballerescos que infestan España, ven en sus verdaderas proporciones y naturaleza todo lo que pareciérale extraordinario en el primer viaje. Más, todavía descubre en esos lugares "donde,—dice un viajero,—todo tiene un mismo matiz: el suelo, los edificios y la tez de sus moradores", el grotesco anacronismo que encarnan los demacrados hidalgos de provincia, con su perfil anguloso y pobre vestir, ensoñando legendarias proezas de Tirante el Blanco o Florisel de Niquea, en sus desmantelados caserones solariegos.

Es, entonces, cuando la risa de Cervantes brota sonora y fresca, como un manantial cristalino. Y tiene esa intuición que —según expresa felizmente Pompeyo Géner—"divide en dos la humanidad, de un solo tajo". El mundo de lo ideal y el mundo real quedan separados por el rayo de luz que ha iluminado su cerebro. Y los hombres preséntanse, a su imaginación, en dos muchedumbres, distintas en vida y esencia. De un lado los ilusos, los eternos visionarios del bien, la justicia sublime y la moral perfecta, vistiendo las extravagantes armas de sus teorías utópicas y arremetiendo contra molinos de viento que se les fingen gigantes; del otro el realismo material, el sentido práctico, la ignorancia satisfecha, los que cruzan el mundo a lomos de pollino, con el ánimo apocado, sin ideales en la mollera y con el egoísmo de los intereses propios enroscado al corazón como una víbora. Esta es la arcilla que servirá algún día a Cervantes para modelar las figuras humanas de Don Quijote y Sancho; a las que dará vida su poderoso ingenio, con tanta fuerza de expresión que más de una vez se llegará hasta discutir su existencia positiva.

Desde este momento adivínase ya la juventud de nuestro escritor; el ávido recogimiento con que escucha las lecciones

de su maestro de humanidades, López de Hoyos, en Madrid; su ansia de ilustración y su interés por las tareas literarias; la preocupación con que se inicia, escribiendo sus primeros epitafios, sonetos, redondillas, romances y el poema pastoral titulado "Filena"; y su gozo ante el comentario general, que le favorece y estimula.

La clara percepción de las cosas y el arrojado espíritu con que Cervantes entra en la vida le convierten en un enamorado de la libertad individual. Al salir de las fronteras de su patria, según Morán, perseguido por ciertas heridas causadas, en Madrid, a un tal Antonio de Sigura, siéntese incómodo entre la servidumbre del cardenal Acquaviva; las "funciones casi domésticas", que desempeña no se avienen con su carácter, y sienta plaza en la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente a las tropas españolas que operan en Italia. Su vocación es ya manifiesta: las letras; pero en el tiempo en que vive hay otra carrera que arrastra a los hombres valientes, ansiosos de vida libre y peregrina, y que puede seguirse sin desmedro de la primera: las armas.

La sangrienta batalla naval de Lepanto le cuenta entre sus héroes. Allí recibe, entre otras heridas, en el calenturiento arrojo de su fiebre de gloria, el arcabuzaso que manca su mano izquierda, como si el destino quisiera significarle que le basta la diestra para inmortalizar su nombre fuera de los combates.

Las armas dieron a Cervantes solamente fatigas, quebrantos y decepciones. Su valor y servicios no obtuvieron recompensa alguna, salvo los pocos miserables escudos sobre la paga ordinaria, durante su convalescencia. Y después de varias campañas, con licencia obtenida, decidió el regreso a su patria.

Pero, nuevamente en la senda sin ventura de su vida, se aparece la fatalidad como una empusa. Los corsarios de Argel apresan la galera en que va con su hermano Rodrigo, y junto con él es arrojado en las obscuras mazmorras del renegado Dalí-Mamí. Al entrar en aquella adversa tierra africana, cargado de cadenas, con el torturante "pie de amigo" bajo la barba, la chusma hostil apostrófale, igual que a los demás cautivos, con gritos de odio, sobresaliendo entre la algarada, como estribillo que destierra sus últimas esperanzas, este monótono canto de los chiquillos, entre la multitud.

Don Juan non venir,
Don Juan non venir,
Non rescatar, non fugir,
Acá morir, perro, acá morir,
Don Juan non venir.

Efectivamente, Don Juan de Austria no fué, y Cervantes pasó cinco años, aherrojado, entre los moros. Las infructuosas tentativas de libertad que su voluntad indomable realizara hicieron más pesada todavía su esclavitud. Después del dificultoso rescate, existe en el alma de Cervantes una desorientación, propia del hombre que en la madurez de su vida encuéntrase sin recursos, y sin haber llevado a término ninguna de sus aspiraciones. Y otra vez, aunque lisiado, se alista como soldado, y asiste a la conquista de las islas Terceras. En este tiempo traba relación con una dama portuguesa, doña Ana Franco, y de sus furtivos amores con ella nace una hija, que después recoge y adopta; la única flor que embalsamó con su perfume la desventurada existencia de Miguel, y que se llamó doña Isabel de Saavedra.

El casamiento de Cervantes viene luego: retrata en una novela pastoril,—la "Galatea",—los encantos físicos de su prometida y se casa más tarde con ella: doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, joven hidalga de Esquivias, que nunca comprendió el talento genial de su esposo.

Aquí empieza la consagración de Cervantes a la literatura. Apremiado por necesidades domésticas, escribe varias obras teatrales, entre ellas, "Tratos de Argel", "La Numancia", "La Confusa", "La gran turquesca", "La batalla naval", "La Amaranta o la del Mayo", y otras, que representa en los corrales y que "recibidas sin la ofrenda de pepinos ni otra clase de proyectiles vegetales, llegan al final sin tumultos ni silbidos", es decir triunfantes.

Pero su gran obra, la que lo inmortaliza, la que compendia todos los desvelos, pesadumbres, cavilaciones y estudios de su vida, es "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha". Ella constituye la realización de un anhelo que gravita en el cerebro de Cervantes desde la adolescencia, y que solamente, allá por el año de 1598, lleva a la práctica. Es en una ahora amarga de su vida, quizás la más melancólica, cuando se decide a escribirla.

Encuéntrase encerrado en la bodega de la casa de "Medrano", obscuro alcalde de Argamasilla de Alba. Los vecinos, a quienes apremia por el atraso en el pago de sus diezmos al gran Priorato de San Juan, álzanse contra él y le meten en aquel sótano, al cual se baja por siete escalones; improvisado calabozo de seis varas de largo por cuatro de ancho, ''donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación''.

"Largos días y trasnochadas,—dice en una carta célebre,—me acosan en esta cárcel o más bien cueva''. Entonces, para matar la tristeza y el hastío, concibe su genial novela. El tema llévalo, hace largos años, como una lámpara encendida, en el fondo de su mente. Las costumbres contemporáneas, chocantes con la realidad entrevista por su espíritu, hánle creado el deseo de combatir el pernicioso incremento de los libros de caballerías. "Inútil fué,—dice, hablando de la época, un escritor—que contra tales obras alzasen su autorizada voz Fray Luis de Granada, Melchor Cano, Diego Gracián y otros moralistas... Inútil fué que las Cortes de Valladolid instaran la prohibición de ellas, para la península, solicitando además que se recogiesen y quemasen cuántas había. Inútiles fueron en fin, los clamores de sabios moralistas y los anatemas de los legisladores, estrellándose todas las providencias contra la afición y el delirio por tales lecturas, que ni el recto juicio, ni el desengaño, ni la ciencia, ni el temor, pudieron contrarrestar''. ¡Pero ya está Don Quijote limpiando sus armas, en un obscuro lugar de la Mancha, y al aparecer en la escena, adarga en brazo y lanza en ristre, no se volverán a imprimir más novelas caballerescas!...

Apasionado por el asunto, idea Cervantes la composición de la obra y su experiencia le facilita elementos preciosos para el argumento. No es aventurado suponer, aunque hipótesis tan lógica tenga muchos adversarios, que pensando en un personaje devorado por el ensueño de los timbres de nobleza y la caballería en boga, se le venga a las mientes el rostro flaco del hidalgo que se opusiera a su casamiento, y que quizás influye en la dureza de su prisión; los habitantes del lugar llámanle por mote ''Quijada'', él busca un derivado y crea a Don Quijote. ¿Y el escudero, representación del hombre vulgar, del materialismo grosero, cómo se llamará?... Sancho es el hombre que mejor le cuadra... ¿No es ese nombre personificación del pueblo rústico y campesino? ¿No lo cita como tal el marqués de Santillana,

en la colección de refranes que decían las viejas a mediados del siglo XV, en estos proverbios: "A buen callar llaman Sancho; Fallado ha Sancho el su rocín, y Con lo que Sancho sana, Domingo adolece?" Todo esto es hipotético, pero tampoco cabe negarlo rotundamente. Por otra parte lo accesorio nada resta a la originalidad y al noble fin de la gran obra. ¿Qué pierde el ingenio de Cervantes si hubiera llamado a su ínsula "Barataria", por que este nombre le llegará envuelto en alguna reminiscencia? Se conserva en la iglesia de Santa María de Mur, antiguo monasterio de agustinianos, una escritura hecha en 1168, en que consta la donación hecha por el conde de Pallás a Juan de Mur, de unas tierras "in ínsula quoe est in Barataria".

Don Quijote crece: Cervantes adapta episodios de su vida a la relación novelesca; busca en su memoria nombres, tipos, lugares, impresiones. Y a medida que la narración avanza, su hidalgo se va agigantando; recorre los caminos, caballero en Rocinante, desfaciendo agravios y enderezando entuertos; reta a todo lo que le parece provocable, y "en la visera de su grosero casco", dice Paul de Saint Víctor, "lleva escrito este desafío al mundo exterior: ¿Qué hay de común entre vos y yo?"

Dijo Montesquieu que los españoles sólo tenían un libro, y era el que hacía burla de los demás. El "Don Quijote" consagró la gloria de su autor y dió honra y prez a España; pero Cervantes murió desamparado y pobre en la misma calle en que Lope de Vega vivía en la opulencia. Enterrado sin una lápida que recordase su nombre, sus huesos perdiéronse en la cripta del convento de las Trinitarias Descalzas, donde algunos días antes de su muerte tomara el velo su hija doña Isabel de Saavedra; y fué necesario que trascurriese más de dos siglos para que tuviera una estatua.

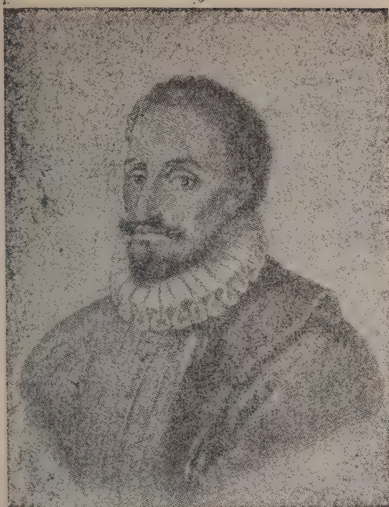
Mas, su carcajada irónica, simbolizada en la locura del caballero andante, atraviesa los tiempos, vibrando siempre; y sus personajes, reproduciéndose infinitamente, en el doble aspecto de la existencia humana, inmortalizan la péñola sin par que a tanta altura dejó colgada Cide Hamete Benengelí.

... ...

¡Hay, en la ciudad de Baden-Baden, a orillas del Rhin, un antiguo castillo, en el castillo una histórica ventana, y en

esa ventana un arpa eólica, suspendida. Sus cuerdas, al pasar de los vientos, producen notas extrañas que suelen resultar melodiosos arpegios. El alma humana, suspensa en el vacío de sus eternas abstracciones, cuando la conmueve el soplo de elevados y generosos ideales, produce también, muchas veces, con igual misterio que el arpa sus sonidos, Quijanos locos que suelen resultar Quijotes sublimes!

Buenos Aires. 1915.



Don Miguel de Cervantes Saavedra

LA VIDA AZAROSA DE CERVANTES

Al Dr. don Luis Méndez Calzada

Las más notables obras de la literatura universal, con raras excepciones, ocultan en las fuentes de su concepción genésica una misteriosa suma de dolor.

Boecio escribe en una prisión su pequeño libro *De consolatione philosóphica,* que le inmortaliza; Dante, proscripto, forja durante las veladas tristes del destierro, su viaje por los dominios de Plutón, y nace la *Divina Comedia;* es en la cárcel donde Campanella idea su *Civita Solis,* y Buchanán, el poeta latino, pule su *Paráfrasis de los Salmos;* Milton, anciano, pobre y calumniado, dicta a sus hijas, sumido en la noche profunda de su ceguera, los magníficos cantos de *El Paraíso Perdido;* el inmortal autor de *Lusiadas,* Luis de Camoens, perfecciona las páginas de su poema en Macao, viviendo miserablemente y deportado por un virrey irascible; y por último, para entrar en nuestro tema, vemos a Cervantes crear el libro más genial y la joya más pura de la literatura española, *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* encerrado en una obscura cueva por los exasperados vecinos de Argamasilla de Alba. *¿Qué es, pues,* dice Helps, *lo que produce en la raza humana más pensamientos profundos? No es la ciencia; no es la conducta de los negocios; no es tampoco el impulso de los afectos; es el*

sufrimiento y sin duda por eso es que se sufre tan o en este mundo."

Quizá para ningún escritor fué tan adversa la vida como para Cervantes. El camino por donde había de llegar a la inmortalidad aparece sembrado de espinas. Se le ve, siempre, errar como un peregrino sin ventura, dentro y fuera de su patria. Cuando niño, rachas de veleidosa fortuna le llevan, con los penates de su hogar, de villa en villa, como una embarcación sin brújula. Cuando joven, viste los arreos militares; cae en Lepanto, herido de tres arcabuzazos y con la mano izquierda destrozada; presta servicios en muchas campañas; se distingue por su valor; y al hacer balance, tras penosos años, se encuentra con la misma ropa de soldado que vistió al ingresar en la compañía del capitán Diego de Urbina. Los piratas de Argel le toman cautivo.

Cinco años y medio de cruel esclavitud nievan sus horas, lentamente, sobre aquella frente pensativa, clarividente y genial, y solo cuando el cáliz de tanta amargura rebalsa con la última gota del sufrimiento, llega el suspirado rescate que le devuelve a la vida de hombre libre. Y así después. Y así siempre. La suerte, con argucia felina, pareció en ciertas ocasiones rendirse a sus plantas, como domeñada por su infatigable espíritu, como vencida por la sarcástica sonrisa que subía a flor de sus labios, pero luego, abiertas de improviso las zarpas, desgarróle el pecho con alguna nueva contrariedad. No cejó, por eso, el glorioso manco, en su perseverancia. Prosiguió, sereno, el andar; cada vez, eso sí, más melancólicamente irónico; cada vez auroleado por una soledad más inmensa y ungido por una resignación más noble.

La literatura en boga influenciaba los ánimos con el relato de caballerescas aventuras, y tal vez ella, como falaz sirena cantó a su oído haciéndole dejar el servicio de monseñor Acquaviva y sentar plaza en las tropas pertenecientes al tercio de don Miguel de Moncada. Mas, desde tal día empezó su vía crucis. Como en ese extraño y terrible suplicio en que el condenado recibe una intermitente gota de agua que ha de horadarle, fatalmente, el cráneo, el dolor, desde entonces, empezó a destilar sobre su corazón, igual que pesadas gotas de veneno, toda clase de sufrimientos y decepciones, sin que tal tormento cesara hasta el día en que la muerte cristalizó sus pupilas.

¡Cuántos hombres hubieran quedado destrozados con lo que Cervantes sufrió durante la juventud solamente!

Sin embargo, el noble hidalgo quedó siempre erguido, entre el derrumbe de sus esperanzas. Desde que el mundo le abrió sus puertas, vió proyectarse en su sendero la sombra de una horrible cabeza de Gorgona: era la fatalidad, en acecho de su pasaje.

La poesía acarició su cerebro de adolescente; pero en la dorada lontananza de entonces el espejismo de la vida marcial tenía más esplendores y más belleza, Cervantes reincidió en las armas, aunque de ellas ningún provecho tuvo. Fué desorientación, quizás. En cambio las letras, aunque en la juventud se desviara de ellas, conserváronle el codiciado sitial de príncipe y la corona de oro de la inmortalidad.

Cuando la preocupación interna que animara su vida en los primeros albores pesó sobre su conciencia. entonces Cervantes dejó las armas para siempre, como quien abandona a una querida infiel. Comprendió que había equivocado el rumbo. Y el sufrir pasado y los anhelos marchitos aguijonearon su sentimentalismo, reconquistándole para la literatura. En esta época el amor pasa como un relámpago por su alma. Un doble idilio llena dos capítulos de su existencia. Entre ellos hay breve paréntesis. El primero es fugaz, lírico; tiene el perfume sutil de esos pequeños jazmines de Arabia que languidecen al primer rayo de sol. El segundo ostenta la hermosura de las dalias; pero ¡ay!, como a ellas, le falta el aroma; proyecta, sin embargo, una claridad beatífica hasta el final de la vida de Cervantes.

Del amor que muere, quédale una hija, como el desprendido pétalo de una flor. Del amor que vive, conserva la *Galatea,* que es ofrenda ante una visión nupcial. Su ingenio busca el teatro para volcar en él todo el caudal de impresiones que lleva en la mente. Pero como el dolor gravita sobre su corazón cuando se abstrae en reflexiones, su primera pieza, *Los tratos de Argel,* es una relación del cautiverio pasado. La pluma sigue corriendo sobre las cuartillas de papel; sus obras pasan por el tablado escénico; y sus éxitos, aunque medianos, le crean émulos y envidiosos.

Vuelve a bajar la sombría tristeza en su vida interior. Su sosiego, así mismo, tiene alternativamente flujos y reflujos como el mar. Cuatro veces, durante los empleos y las ocupaciones que le obliga a aceptar la necesidad, se encuentra envuelto en cuestiones judiciales, acusado de malversador de fondos, de homicidio y de otras inculpaciones injustas. Caen sobre él fríos

desengaños de familia. Halla en su esposa un temperamento sin afinidades con el suyo. Sufre el desprecio de quienes no le comprenden, y la humillación de los poderosos que no recuerdan sus servicios o desdeñan la dedicatoria de sus obras. Y la malevolencia de los unos, la sátira zoilesca de los otros, el vacío del hogar, las esperanzas fracasadas y el dejo de los pesares añejos, abren en su pecho llaga profunda, viva y dolorosa. De ella brota como una maravillosa flor simbólica, en la humedad y en el silencio de una prisión, el *Don Quijote*...; ¡la inmortal novela que Heine encontrara esencialmente romántica, contra todas las opiniones vertidas, hasta entonces! Si los obstáculos según Michelet, son grandes estímulos, también debemos convenir que las obras de los seres que han sufrido mucho están sublimizadas por el dolor. Y por eso son tan bellas. Y tan grandes. Refiere Prescott en sus *Ensayos,* que en una visita del arzobispo de Toledo al embajador francés en Madrid, allá en los principios del siglo XVII, varios caballeros que pertenecían a la embajada comentaron elogiosamente el *Don Quijote* y a su autor, a quien dijeron deseaban conocer. Cuando supieron que Cervantes había sido soldado y que se encontraba anciano y en la pobreza, uno de ellos exclamó: —"*¿Cómo, el Sr. Cervantes no tiene una buena posición? ¿No tiene una pensión de los fondos del Estado?*"

—"*¡Que el cielo nos preserve,* fué la respuesta, *de verle jamás al abrigo de la necesidad, si es ella la que le impele a escribir! ¡su pobreza es la que hace al mundo rico!...*"

Cuando Cervantes escribió la segunda parte del *Don Quijote,* no se por qué, para el que conoce su biografía, parece que hubiera condensado en ese hondo desencanto final que precede a la muerte del caballero andante, un sollozo inmenso que él llevaba entre sí. Y por eso es que ningún escritor ha conseguido igualarle en el epílogo. "*Sólo Shakespeare,* dice uno de sus comentaristas, *puede mirar con ojos serenos esta gloria superior a las demás humanas, porque solo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en una sonrisa, ésta en una carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva a ser sollozo.*"



La nao "Santa María", según reconstrucción efectuada en España el año 1892, en homenaje al cuarto centenario del descubrimiento de América.

COLÓN, ESPAÑA Y AMÉRICA

Al Sr. don Juan B. Mignaquy

A medida que los años pasan y los siglos se alejan, los contornos de las obras magnas van adquiriendo dimensiones maravillosas, y así vemos que la humanidad no advierte el sentido real de las proyecciones de un suceso extraordinario o de la acción destacada de un gran hombre, sino cuando media un inmenso espacio de tiempo entre aquellos hechos y el presente; como si por una extraña ley de perspectiva, fuera necesaria la disatncia para poder apreciar, en su conjunto, la grandeza moral y verdadera de los pueblos, los hombres y los acontecimientos.

Tanto los europeos como los americanos se han detenido poco a estudiar el significado trascendental que, para todos los órdenes de la vida humana, tuvo sobre la Europa del siglo XV el descubrimiento de un nuevo continente habitado, en medio de una época sombría, llena de prejuicios, en que los pueblos se debatían en luchas estériles de predominio y de rapiña y los hombres, aherrojados por la conciencia y por su invalidez social, parecían sombras náufragas de un gran cataclismo, a merced del flujo y reflujo de las pasiones bastardas y de los intereses mezquinos de aquel tiempo.

La Edad Media había degenerado hasta en el espíritu caba-

lleresco y la fe religiosa, que fueran en un principio el fundamento y el baluarte de la sociedad feudal. La vida de los municipios, ahogada bajo el secular despotismo de la nobleza, carecía de fuerza moral para el desenvolvimiento libre de las aspiraciones ciudadanas; necesitaba ideales, que no acertaba a definir en el ambiente viciado de la época. Y por todas partes, tanto en España como en Francia, en Inglaterra como en las repúblicas italianas, el guerrear era el oficio de más lustre, y fuera de ello todo lo demás aparecía secundario y extemporáneo, tal como si la humanidad sin brújula, carente de polo magnético para fijar su derrotero, no encontrara más finalidad en su camino que los goces de la vida práctica y el triunfo de sus ambiciones y egoísmos.

Es, en medio de ese torbellino de pasiones opuestas y de persecuciones políticas y religiosas, cuando aparece por los polvorientos senderos de España el mendigo inmortal, cuyo descubrimiento de un mundo nuevo había de revolucionar la vida entera de Europa, sus instituciones, sus ideas sociales y filosóficas, sus costumbres, su tráfico comercial, sus conceptos de la historia y el derecho, aportando una nueva luz, un nuevo espíritu de libertad e independencia, y contribuyendo a formar la conciencia colectiva de cada nación, que hasta entonces no existiera sino como especulación vaga de una teoría ancestral.

Ni la invención de la pólvora, ni el descubrimiento de la imprenta, que los chinos reivindican para sí con mucha anterioridad de siglos, hubieran llegado a sacar a Europa de la vida contemplativa y del estancamiento espiritual en que yacía. Sus pueblos vivían de reflejos históricos, faltos de dinamismo creador, empeñados en la destrucción mutua o iluminados por el falaz espejismo de las santas causas. El concepto jurídico de las leyes, falseado por el uso y abuso de los privilegios de la nobleza y el derecho divino de los monarcas, era interpretado casuísticamente por quienes administraban justicia, en desmedro de los fueros civiles y como permanente conminatoria para temor del pueblo.

Entonces fué cuando España, y más bien que España Isabel la Católica aconsejada por su confesor, prestó a Colón la protección y ayuda requeridas a fin de encontrar el camino occidental a las Indias, donde las fantasías de la imaginación contemporánea fijaban el Zipango de las deslumbrantes relaciones

del viajero Marco Polo, insigne embustero por otra parte, que hoy figura entre los santos de la China.

Dos cosas me admiran sobremanera en el origen y desarrollo de esa epopeya grandiosa que se llama el descubrimiento y la conquista de América; y son, a saber: la unidad de ideas, de sentimientos y de acción, que se revela en la vida y en la obra de Cristóbal Colón, en sus energías, en sus investigaciones, en su perseverancia y en esa ansiedad de realizar grandes fines aunque carente de medios y de recursos, hostigado por la miseria, por el desamparo y por el sarcasmo y la mofa de los pretendidos sabios del siglo; y otra, el espíritu heroico y aventurero que envuelve de improviso a España como una ola gigante, arrebatándole en el vértigo de lo maravilloso, de lo desconocido, de lo misterioso de aquellas tierras vírgenes y salvajes, la flor de la juventud hidalga, los ejemplares selectos de la raza, los hombres fuertes y osados, capaces de las arriesgadas y estupendas empresas que abrieran picadas en la maraña de las selvas de América, para que penetrara la luz del sol, despejando las masas caliginosas de vapores, y pudieran verse los horizontes del porvenir, plenos de arreboles augurales como en los días genésicos de la creación.

Dice Fernando Colón, en la historia de su padre escrita por él, que la vida de los hombres predestinados a realizar grandes obras está siempre rodeada de algún misterio; efectivamente, y en ningún caso más a propósito se evidencia esa observación que al soñar la figura del navegante genovés, saliendo de la penumbra de su época y recorriendo las cortes como nimbado de una aureola, ofreciendo inagotables tesoros a cambio de unos barcos miserables. Los reyes le despreciaron y los sabios se rieron. En España prendió la chispa genial y el pábulo de la fe logró que se encendiera la llama; y el viaje se hizo y el Nuevo Mundo surgió de entre las brumas del ignoto Occidente, confirmando todas las profecías y supersticiones antiguas.

Desgraciadamente Colón no consiguió la gloria de darle su nombre, como hubiera debido ser por justicia histórica. Él continente fué denominado América en lugar de Colombia, haciéndose aplicable el ya famoso verso de Virgilio:

"*Sic vos non vobis nidificatis, aves*".

Pero tampoco es de creer que ese derecho le fuera usurpado por Américo Vespucio; recientes investigaciones, hechas por el sabio francés Pinard, y basadas en las obras de Gerolamo Benzoni y José Parini da Bosisio, comprueban que sobre las riberas del Brasil existía antiguamente la ciudad comercial de los indios de América, denominada Ameracapanna; y que las gentes de Santo Domingo empezaron a llamar así, por extensión, a toda la región continental. Estoy más de acuerdo con esta hipótesis, por encontrarla más fundada y más lógica, que con lo que se refiere sobre la ingratitud de Vespucio y lo de las cartas publicadas por su editor.

Yo soy un convencido de que ningún país, en aquel tiempo, se encontraba en condiciones mejores que España para llevar a cabo la magna empresa de la Conquista, pese a todos sus detractores. Cierto es que España sacó pingües beneficios de aquel esfuerzo colosal; pues sin el descubrimiento de América no hubiera existido durante dos siglos el poderoso imperio de Carlos V y de Felipe II, cuya magnificencia y poderío surte efectos extraños sobre otros pueblos de Europa, acusando su influencia, por acción refleja, en la corte esplendorosa del rey Sol, Luis XIV, la que a su vez deslumbraba a Pedro el Grande de Rusia, inclinándole a buscar en la civilización europea una fuente de inspiraciones nuevas que ya no encontraba en el Asia.

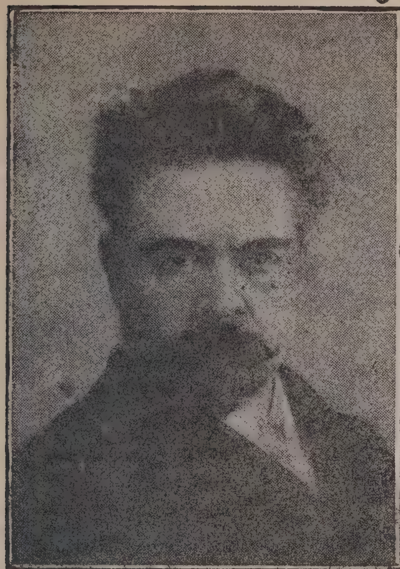
Tras los españoles vinieron los bajeles de las demás naciones, ávidas de riquezas, de expansión territorial y de hegemonía comercial. Las vías de navegación al Nuevo Mundo se vieron tan concurridas, luego, que hasta algunos pueblos, como Portugal, como Holanda, llegaron a disminuir su tráfico con el Oriente, encontrando más provechosa y más directa la travesía al Occidente que la ruta peligrosa y larguísima descubierta por Vasco de Gama.

Vemos, así, cómo se encadenan dentro de la evolución histórica, efectos y causas que a simple vista no se determinan, pero que una vez precisados y expuestos dan la razón fundamental de los grandes cambios que sufre la vida humana, en su camino de civilización y de progreso.

Un obscuro marino, Cristóbal Colón,—héroe inmortal de la más sublime leyenda, más tarde,—arriba con sus naves a un mundo desconocido, lleno de inmensas riquezas naturales: Es-

paña, pues ella representa lo guerrero y esforzado, le acompaña en su descubrimiento y realiza, iluminada por el fervor de la época y por los relámpagos de las espadas, la tarea, siempre grandiosa, de sembrar en las tierras nuevas los gérmenes de la civilización futura; Europa recibe, como bienhechor oxígeno, las brisas que le llegan de aquellas regiones nunca dominadas por prejuicios como los que carcomen su vida institucional, y siente que una poderosa vitalidad se infiltra en su gastado organismo, que la invaden anhelos de libertad y de amor a la naturaleza, no soñados hasta entonces; parécele que se despierta, en una palingenesia extraña, de un marasmo que ha durado largos y tenebrosos siglos... Y así es como el espíritu de la Revolución Francesa empieza a circular por los campos y las ciudades de Francia, preparando el día de la proclamación de los derechos del hombre: y así es como Inglaterra respira con más amplitud, y el liberalismo penetra en el alma de sus ciudadanos y se impone al respeto y a la admiración del mundo por su tolerancia y las garantías civiles que principian a reinar en su suelo... ¡Y así es como llega un día en que ese mismo espíritu de libertad y democracia, después de haber depurado la vida europea, regresa a América, acrisolada en la especulación filosófica de los más ilustres pensadores del Viejo Continente, para sublevar las multitudes coloniales y vibrar en un poderoso clamor de independencia!

HERMANOS DEL URUGUAY



D. Juan Zorrilla de San Martín

CON EL POETA ZORRILLA DE SAN MARTÍN

"*La República Oriental posee un verdadero poeta: ave rara en tierra americana*". Así escribía, en 1883, refiriéndose a Zorrilla de San Martín, el ilustre crítico, actual director de nuestra Biblioteca Nacional, don Pablo Groussac. El tiempo confirmó su juicio. Hoy, a través de treinta y tantos años, el nombre de Zorrilla de San Martín fulgura sobre la tierra uruguaya con la luz con que ciertos astros, en noches estivales, brillan sobre las serenas aguas de un río.

Yo había soñado, desde mi infancia, su alma lírica y sutilmente melancólica, de gran poeta, por una extraña transparencia de sus versos. Veíala reflejarse en ellos como la verde y lánguida fronda de los sauces en el cristal de la laguna. Otras veces, del fondo sombrío de las estrofas, surgía ante mis ojos la visión del poeta, envuelto en blanco manto, con la sagrada aureola de los bardos celtas, sentado sobre una colina, dominando el tiempo y el espacio; la lira de hierro en sus rodillas vibraba notas elegíacas de un poema inmortal, y el Uruguay, serpenteando su corriente de plata entre el misterio de la noche,

acompañaba con el rumor de las ondas aquella música solemne que volaba al infinito...

Mi espíritu tuvo siempre por el eminente poeta la más alta veneración: allá, cuando niño, complacíame en oir referir a mi padre esa anécdota, tan conocida de todos, de aquel 25 de agosto de 1879, que en el pueblo de allende el Plata no se olvidará jamás. Fué en ese día, que Zorrilla de San Martín, joven uruguayo que acababa de llegar de Chile, y empezaba a destacarse por sus brillantes poesías, quedó consagrado, al pie del monumento a los héroes de la Florida, en el poeta de las glorias nacionales. Innecesario es relatar aquel episodio, que de tan comentado llegó a ser vulgar; baste decir que allí abrió sus pétalos, como una flor luminosa, "*La leyenda patria*", y la personalidad de Zorrilla de San Martín se elevó sobre sus contemporáneos.

Aún resuena, en la memoria de los escasos sobrevivientes de aquella época, el verso inicial:

"Es la voz de la Patria... Pide gloria...
Yo obedezco esa voz..."

Aquel poeta nuevo, envuelto en su juventud como en una toga pretexta, que enunciaba con tan augustas frases su canto, era el bardo que la patria presentía en sus horas de esperanza. Y la leyenda gloriosa de los héroes brotó como manantial de luminosa corriente, de sus estrofas entusiastas y radiantes de libertad.

El doctor Aurelio Berro, ministro de Gobierno en aquel entonces, el poeta Salterain y otros, laureados en el certamen de ese día, al terminar su lectura el joven autor de la épica leyenda, desprendieron del pecho sus medallas y las prendieron en las solapas del nuevo poeta que así se revelaba, aclamado por una multitud frenética.

Hablando de aquel suceso con el inmortal creador de "*Tabare*", en una reciente entrevista, decíame:

—*¡Hace treinta y ocho años!... Hoy tengo sesenta. Fíjese usted; yo era un adolescente... ¡Si recordaré tan nobles rasgos!*

Y revolviendo su canosa cabellera, que peinaba nerviosamente hacia atrás con la diestra, hundía su mirada en una vaga

e inmensa selva de recuerdos, donde su espíritu parecía internarse, desandando una ruta anterior en alas de la gloria...

Tuve la satisfacción de estrechar su mano en Montevideo, hace quince días. Habiéndome anunciado que se trasladaba por una temporada a su quinta en Punta Carretas, apresuré mi visita.

Le encontré en su gabinete de trabajo. Al verle cuajó en mi alma toda la emoción contenida, y me descubrí con el mismo respeto que si entrara en un santuario. No describiré físicamente a Zorrilla de San Martín; es el mismo que los retratos publicados en revistas y libros han divulgado por todo el mundo. Unicamente los años, al pasar por su frente, han ido aumentando las hebras de plata en sus cabellos, pero el espíritu, la visión, la inteligencia, han llegado en él al período de su más intensa vibración, de su más elevada plenitud.

—*Usted me disculpará*—me dice al recibirme,—*pero estoy con toda la casa revuelta. Mañana me voy con la familia a Punta Carretas, donde tengo una pequeña quinta, un rancho, cuya única ventaja es la de estar frente al mar. Por eso, todos los veranos, paso allí unos meses...*

Y familiarizado ya por la conversación, continúa agitadamente:

—*¿Conoce usted Punta Carretas? Es un lugar delicioso. Le invito a visitarlo. Allí me encontrará usted. He hecho construir, en este último tiempo, una especie de torreoncillo almenado donde paso días enteros.*

Y sonriéndose, agrega:

—*Unos buques de guerra extranjeros, de los que rondan los mares con motivo de la actual contienda europea, estuvieron unos días a la vista por aquel paraje: por eso, y por precaución, hícele poner almenas al mirador de mi quinta.*

—Es una medida que se impone en estos tiempos—respondo, siguiendo el tono de la plática.

—*Por allí suele pasar frecuentemente el presidente de la república, doctor Viera*—continúa el poeta;—*va en su automóvil. Yo le he pedido que se llegue hasta mi choza, que será para mí un placer inmenso recibirle; y creo*—agrega en confidencia—*que como amigo me disculpará si no le puedo obsequiar más que con un mate amargo y una copa de caña.*

Esta naturalidad en sus palabras pinta de cuerpo entero a

Zorrilla de San Martín, pues su conversación tiene todo el sabor de esa vida antigua, tan noble y tan pura, en medio de la cual formóse la patria en ambas riberas del Plata. Carece, el ilustre uruguayo, del atildamiento en la frase, como de los exagerados convencionalismos protocolares en el trato urbano. Todo, en su modo de pensar, de sentir y de expresarse, rebosa sencillez, franqueza, espiritualidad. No ha pasado por su cerebro el desvanecimiento del triunfo, que suele convertir a muchos intelectuales de prestigio en pavos reales humanos.

—*Estoy entregado a la tarea de corregir y anotar una nueva edición de "La Epopeya de Artigas", que publicará una casa de Barcelona*—me dice.—*Es un trabajo que no me da descanso, pues tan pronto como echo pruebas corregidas al correo, me llegan nuevas para arreglar. Y a propósito de cuestiones históricas, estoy asombrado de la actividad que se despliega en la Argentina, en este último tiempo, sobre tal materia. Están revelando correspondencias inéditas, desempolvando documentos. Las publicaciones del archivo del general Mitre, hechas por "La Nación", las del Archivo Nacional, las bibliotecas que dirigen Rojas e Ingenieros, y tantas obras y revistas que se editan en Buenos Aires, acusan una laboriosidad extraordinaria.*

—Realmente, se trabaja mucho en mi país, en ese sentido. —Y queriendo devolverle sus gentiles conceptos, agrego:—Lo mismo se piensa allá de Montevideo, y se estima la actividad literaria de los uruguayos. Y más aún la obra de aquellos que como usted ya constituyen una gloria americana...

—*Eso sí no le acepto*—me interrumpe.—*Nunca un hombre, en vida, puede constituir una gloria: le falta el fallo definitivo, el de la posteridad... Y además*—prosigue, luego de una pausa en que parece reconcentrar su pensamiento, mientras lía un cigarrillo entre sus nerviosos dedos,—*¿qué es la gloria?... Todos los hombres tienen un concepto distinto de ella. ¿Es el espíritu o el corazón quien la presiente? ¿Y ese anhelo que tenemos todos, de ser conocidos por personas a quienes no conocemos ni conoceremos jamás?... ¿Ese afán de que el nombre vaya a otras latitudes, a ser juzgado por otros espíritus?... ¡Quién sabe si eso no es, también, la gloria! ¿Quién puede decirlo?... Si las circunstancias no empujaran a los hombres hacia otros, cuántos, aun sin conocernos nunca personalmente, nos respetaríamos y conoceríamos lo mismo por medio del pensa-*

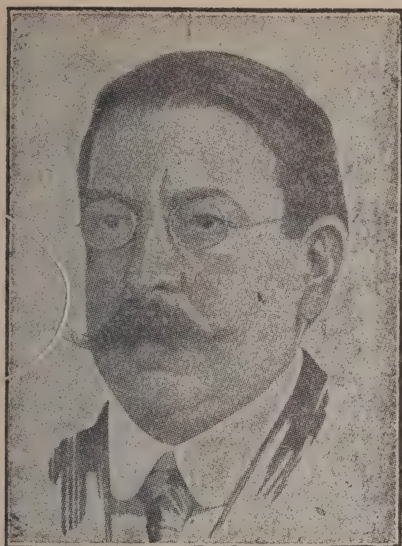
miento, que vuela y se comunica y se une en las regiones de la vida superior...

Observo al poeta mientras habla; al gran poeta de la tierra tapizada por el trébol y exornada por los sarandíes y los ceibos; el bardo de *Tabaré,* que en el misterio de la selva virgen sabe el idioma de los insectos y las flores, de las piedras y las aguas, de las fieras y los pájaros; que descifra los alfabetos rúnicos de las fibras vegetales en las hojas y parafrasea el rumor argentino de los ríos y la música del viento entre las ramas. Le contemplo con admiración, como a un mago de la poesía...

Queriendo, no hace mucho, la municipalidad de Montevideo, honrar una de las calles principales de la ciudad dándole el nombre de Zorrilla de San Martín, éste se negó terminantemente a ello, alegando que tales homenajes debían ser dedicados a los hombres ya consagrados por la historia. Pidió, en cambio, vista la voluntad hacia su persona, se denominara *Tabaré,* nombre del héroe de su célebre poema, a un callejón que no alcanza a dos cuadras, abierto por él en los lindes de su quinta en Punta Carretas. Accedió la municipalidad, por no contrariar la modestia del poeta ilustre. Y hoy, cuando éste se pasea por aquel paraje, contemplando con hondo goce espiritual en las placas municipales el nombre del indio amado, quizá recuerda y murmura aquellos versos con que infundiera la vida a su creación artística, diciéndole:

...¡Palpita y anda,
forma imposible de la estirpe muerta!

Bs. Aires, 1916.



Rodó, el gran maestro de la juventud americana.

MI ENTREVISTA CON EL GRAN RODÓ

I

Rodó es un escritor europeo nacido en América. Todos los lineamientos de su personalidad literaria acusan al típico hombre de letras de la Europa contemporánea: vigor y concisión en la idea; idealismo clásico en el estilo; belleza, ritmo y sonoridad en la frase: tal Jacqueville, Taine, Fouillée...

Pero Rodó ha nacido en Montevideo. Y América tiene, por lo tanto, el derecho de gloriarse de tal hijo.

Un día corrió el mundo de nuestro idioma un folleto nuevo; chispa ígnea que incendiara el armazón vetusto de un sistema dominante y malsano. Alarmó a los rutinarios. Descorazonó a los que medraban a tal sombra. Los ídolos de barro destrozáronse en su caída. Y sobre la tapa de ese libro cinco letras, tan sólo, formaban el título. Pero esas cinco letras decían —ARIEL—... o sea la luz, la verdad, la justicia; que era lo que América necesitaba y lo que Rodó, en su libro le ofrecía.

Ariel llenó una misión muy elevada. El panamericanismo, tan explotado por los Estados Unidos, en sus anhelos de dominio continental, vióse detenido en sus embates por una repentina barrera, la conciencia, adquirida de improviso, por los

pueblos hispano-americanos, del camino fatal. Y era Rodó quien se les presentaba, con su antorcha encendida, para señalarles el verdadero derrotero, clarividente del porvenir.

¿Quién era entonces y quién es hoy, José Enrique Rodó?... Antes de publicar *Ariel,* su famosa crítica de la obra de Rubén Darío habíale dado renombre en cierta parte de América, y hasta en España, mas sin la consistencia suficiente para consagrarle inmortal. *Ariel* trájole una guirnalda inmarcesible.

Liberalismo y Jacobinismo, El mirador de Próspero y Motivos de Proteo, frutos sucesivos de su inteligencia, se agotaron después rápidamente, al poco tiempo de aparecer: — ¡que mejor arco triunfal!... Bajo él marcha hoy, rumbo a la gloria. El pueblo uruguayo, le llevó a una banca del Congreso, y al ocuparla renunció su cátedra de literatura en la Universidad. Había derramado, desde esa tribuna, fecunda semilla que hizo florecer en el alma de las nuevas generaciones el anhelo de espiritualizar la vida, el ansia de encontrar las fuentes de la verdadera moral...

Un intelectual joven, de la capital vecina, me decía una tarde, hablando del escritor aludido: —¡*Rodó no nos quiere! ¡Nos rehuye! ¡Nos niega el estímulo de su palabra y la enseñanza de su talento!... ¡Es un intelectual egoista!...*

Cuando pregunté a Rodó sobre la verdad que había en esos reproches corrientes, me respondió:

—No hay nada de eso. Antes desempeñaba una cátedra. La renuncié por decoro personal, pues hay incompatibilidad entre los cargos de profesor y diputado. Si, después de abandonar la diputación, no me han vuelto a ofrecer la cátedra, no es culpa mía; por otra parte, nunca niego un consejo a los jóvenes literatos que me lo solicitan. Muchos de ellos podrán atestiguarlo. Han tenido siempre franca la puerta de mi casa.

Creo en la sinceridad de estas manifestaciones.

Sé que en la vida privada Rodó es sumamente irregular. El mismo me lo ha asegurado. Mas también sé que se preocupa y sueña en la orientación de la juventud que se levanta. Y si su amor hacia ella es discutible, tal vez proviene de la cautela con que su espíritu lo guarda, ávido de no trastornar el honesto silencio de su retiro, pero arde perpetuamente en su interior, como la llama de los clásicos altares paganos.

De su retiro he dicho, y no me rectifico. El ilustre Rodó vive, en pleno Montevideo, desterrado, por voluntad propia, de los círculos en que domina esa farándula rumorosa que lle-

na las crónicas de la vida social. No es desapego, tampoco misantropía como algunos creen; yo lo considero lógico sistema de quien tiene un concepto tan elevado de la vida, como el maestro creador de *Próspero.*

Y alegrémonos de esa norma excéntrica. El silencio y la soledad son los genios familiares de los grandes pensadores y los que más colaboran en la unidad de su obra. Un nuevo libro está ya listo sobre la mesa de trabajo de Rodó.

El será néctar y bálsamo para todas las almas que se remontan sobre el mundo de la medianía. *Nuevos motivos de Proteo,* que, con su enjambre de parábolas, afirmarán la celebridad de su autor.

Quizá el crítico que más haya preconizado la libertad en el arte y la belleza de la poesía haya sido Rodó. En uno de sus fragmentos literarios decía hace quince o dieciseis años: "*Tengo una fe profunda en la eficacia social y civilizadora de la palabra de los poetas; pero creo, ante todo, en la libertad, que Heine proclamó "irresponsable", de su genio y de su inspiración.*" Y escribía casi al mismo tiempo: "*Alaben otros, ¡oh, poeta!, la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu poesía sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu verso tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.*"

Quise saber si seguía siendo la misma su opinión sobre la poesía, y a este respecto pedísela en una entrevista reciente.

—*Nunca he exigido,* — díjome, — *otra cosa que "belleza" en la obra del poeta. Cuando nos hace gracia de ese don, vale decir cuando su obra es verdadero poesía, el poeta es irresponsable y sagrado. Ello no quita que le agradezcamos también el bien y la verdad, si no los da por añadidura.*

—Y a propósito de poesía y arte, ¿qué rumbo cree usted que tomará la literatura europea, después de la guerra?, agregué entonces.

—*La guerra traerá, seguramente, la renovación del ideal literario, como consecuencia de profundas modificaciones en el orden social y político. Pero nada espero menos que el advenimiento de una literatura guerrera, de una literatura épica y marcial.*

Es posible que asuma este carácter la producción literaria posterior a la guerra, pero de modo efímero y sin inspiración surgida de las hondas entrañas de la conciencia colectiva. En

los albores del siglo pasado los guerreros de la Revolución y del imperio precedieron a una de las más radicales transformaciones literarias que recuerde la historia.

Pero esa transformación fué el romanticismo: literatura nada guerrera ni triunfal; literatura en que predominaron la intimidad y la melancolía. Si la influencia guerrera actual ha de manifestarse directamente en el arte, creo que será más bien para dar expresión a su inmenso legado de dolor, de culpa y de protesta, que para interpretar sentimientos de gloria marcial y de orgullo de raza... Creo en una literatura de tono espiritual y grave.

El optimismo de Rodó es una flor misteriosa, que emerge de sus disertaciones filosóficas como el loto sagrado sobre la transparente superficie de los lagos. Es respetable porque nace de una convicción profunda, de una fe extraordinaria en el porvenir, de una esperanza vivificante como la luz del sol.

El ideal de una moral más noble y más digna del hombre civilizado mana de las páginas preceptivas de Rodó como la linfa de un manantial subterráneo. El cansancio que gravita sobre la especie humana, como resultado de enormes caudales de energía malgastados, disípase al abrevar el espíritu en esa fuente maravillosa de salud.

Parece que el vivir adquiere una solemnidad inusitada. Que presidiera la armonía de nuestras ideas una divinidad de fisonomía helénica como la "Atenea" majestuosa que coronaba el Partenón.

Y nos sentimos invadidos por una ola de sentimientos desconocidos, en los que prevalece el anhelo de la justicia; arrastrados por ráfagas espirituales y poderosas, que son las alas de Ariel desplegadas como a conjuro en nuestros hombros. Tal es el milagro de la filosofía idealista del pensador uruguayo: ¡nave empavesada por la gloria, que nos lleva, del mundo material, hacia el reino celeste de la luz y la belleza! De Rodó, en Montevideo, y sin que ello sea irreverente para su persona, suele decirse que es un hombre huraño, desdeñoso y grave, que esquiva las visitas y establece una muralla glacial entre él y el pueblo, con sus modalidades. Yo contesté a uno de los que tales reproches hacían, que también las águilas son taciturnas y enemigas de la asociación; que viven en las rocas áridas y escarpadas, como en perpetuo ensueño; que vuelan solas porque tienen confianza en sus alas; y que tal como ellas en el mundo de las aves, suelen ser las águilas de la inteligencia en el

mundo moral de los hombres... ¡conquistadoras de un imperio solitario!...

II

La más alta personalidad de la crítica filosófica y literaria en la América latina, es actualmente, sin ninguna duda, José Enrique Rodó. Lo reconocemos sinceramente los argentinos; lo justifica el concepto extranjero; lo saben todos los uruguayos. Montevideo, dentro de su perímetro urbano, guarda con él una gloria continental. Por eso sus compatriotas, cuando hablan de él, olvidan todo antagonismo político, y lo hacen con respeto, con cierta unción, con legítimo orgullo nacional.

Y, sin embargo, el gran Rodó de ahora, cuando apareció en la arena literaria, hará unos veinte años, acorazado con sus flamantes ideas filosóficas, provocó muchas resistencias. Fué desconocido; fué censurado. Sintió arreciar las diatribas en torno suyo. La mediocridad ambiente intentó sojuzgarle y deprimirle. Rebeláronse contra su prédica idealista todos los cerebros embargados por una concepción utilitaria de la vida. Al condenar lo que él llamó *la nivelación de la democracia bastarda,* muchos creyeron que su obra era de efectos retroactivos y que su autor naufragaría con ella en el vacío moral que la época había de crearle. No sucedió así, y la justicia se impuso. Y el escritor triunfó. Los ecos de su admirable *Ariel* propagáronse en vibraciones intensas y sonoras por todo el Nuevo Mundo. Vitalizaron un ideal incógnito de armonía espiritual, que yacía en el corazón de la juventud americana como un ruiseñor dormido en el fondo del bosque. Sus páginas doctrinarias, semejantes a un espejo ustorio, condensaron toda la luz y el calor de la vida moderna de nuestro hemisferio, proyectándolos sobre un nuevo derrotero de amplia justicia, de perfeccionamiento individual, de fe y esperanza en el porvenir humano.

La consagración de Rodó no se hizo esperar. Tenía que venir de Europa. De aquellas latitudes, cuyo cielo inspirara a Descartes, a Pascal y a Vico las más altas especulaciones de su filosofía. Y fué en España donde resonó la voz potente que proclamaba el advenimiento del nuevo pensador. Y fué Clarín quien anunció en *Los lunes de El Imparcial,* la intelectual figura del genial filósofo uruguayo. Y hoy, aunque sus ideas susciten

siempre la polémica, lo que ya nadie discute es su positivo valer, la eminencia magistral de su pluma, la soberanía de su talento.

Tuve la satisfacción inmensa de visitarle últimamente en Montevideo. Una misión periodística me llevaba a esa ciudad. Debía, de acuerdo con ella, entrevistar a los más prestigiosos intelectuales de la república vecina. Empecé por Rodó.

Encontrándome en el hotel, al día siguiente de mi llegada, un sirviente trájome varias cartas. Llamó mi atención, particularmente, un sobrescrito, por los trazos sutiles de su menuda caligrafía. Pronto desgarré la incógnita, leyendo una tarjeta que decía: *José Enrique Rodó saluda muy atentamente,* etc., etc., *y le participa que mañana lunes, a las 6 p. m., le espera en esta su casa, sino hubiese inconveniente alguno de su parte.*

Fuí a verle. Tenía grandes deseos de conocer personalmente al autor de *El mirador de Próspero* y *Motivos de Proteo.* "En la calle Cerrito, me habían dicho, vive Rodó. Es una calle cercana al puerto. Tenga cuidado con el hombre. Es poco accesible. Probablemente no conseguirá usted más que contestaciones evasivas y monosílabos enigmáticos. Por una singular antítesis, el escritor que elogia tanto la luz del sol y las bellezas de la vida plena, se recluye en su gabinete de estudio períodos enteros, en los que se substrae a todo contacto social, abstraído en sus meditaciones íntimas."

La impresión de tales advertencias gravitaba en mí, cuando llamé al domicilio particular del creador de *Ariel.* Amplia portada y cancel me facilitaron el acceso a una escalera bilateral, que otra central substituía en el primer descanso, en invertida dirección, con doble y maciza baranda de cedro.

—*¿A quién busca? ¿A don José?*—me pregunta una criada que acude.

Y tras mi contestación afirmativa, retiróse a efectuar el anuncio doméstico. Quedéme solo, en un vestíbulo semiobscuro, rodeado de altas puertas color de caoba. La ausencia de ciertos detalles que suelen destacarse en la residencia de los literatos ilustres, me induce a encontrar en el aspecto de la casa no sé qué tinte de vida puritana.

Una puerta que se abre a mi derecha oblígame a volver el rostro. Veo aparecer en el umbral a un hombre de alta estatura, que realza el correcto jacquet. En su hosco semblante, bajo grandes párpados, observo dos ojos penetrantes que me

examinan a través de los lentes. Es Rodó, el genial hombre de letras. Me recibe con una atencioso saludo y, sin declinar el porte circunspecto, invítame a pasar al saloncito de recibo.

La media luz que reina en la habitación y la gravedad que mantiene el dueño de casa, me hacen pensar si en realidad, el gran literato, será ese personaje lúgubre y huraño que me describiera el comentario de mis contertulios. Pero, luego de iniciada la plática, cambio de opinión, en lo que a mi modo de ver respecta. Hallo en Rodó una afabilidad extrema, tal vez poco visible bajo su absorbente preocupación interior. Descubro la nobleza superior de su espíritu cuando me habla con admiración de la Argentina, cuya cosecha intelectual le suscita elogios. Se ocupa, con especial interés de "*La Nación*", órgano eminentemente representativo de la prensa americana; me cita a "*Caras y Caretas*", que ha alcanzado tanta popularidad y circulación; y tiene un concepto de parabién para las bibliotecas de obras nacionales, que actualmente se editan en Buenos Aires.

Nuestra conversación se generaliza sobre diversos temas, y aprovecho la oportunidad para formular preguntas, a fin de obtener declaraciones interesantes para mi artículo.

—¿Qué podría decirme usted de su iniciación en las letras?

—*Escribí desde la infancia,*—me responde el joven maestro. Después, como coordinando sus ideas, agrega:—*Pero mi iniciación literaria pública la hice—sin contar algunos ensayos anteriores—en la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales", que fundamos en 1894 con Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil. Fué un tiempo de gran animación literaria. Por entonces, la presencia de Rubén Darío en Buenos Aires había suscitado allí también un movimiento muy interesante. Mi estudio sobre la obra poética de Darío extendió mi reputación por América y España. Luego, con "Ariel" entré en el período de mi reputación definitiva.*

—¿Cuáles obras ejercieron mayor influencia en su espíritu, durante la adolescencia?

—*Mis lecturas se difundieron, desde el principio, por todo cuanto hube a la mano. Procuré verlo todo... Pero el centro, el núcleo de mis lecturas fueron—y han continuado siendo—lo moderno francés y lo clásico de nuestra lengua. Acaso en el consorcio de este doble orden de influencias pueda encontrarse la génesis de mi estilo.*

—¿Creáronle obstáculos las ideas expuestas en sus primeras obras?

—*Cuando publiqué mi "Ariel", todavía predominaba, en el espíritu americano, la tendencia positivista, el sentido utilitario, de las ideas de la segunda mitad del siglo XIX. Predominaba también cierto desvío de las tradiciones de raza, cierto pesimismo respecto de la genialidad latina, a la que era común considerar herida de irremediable decadencia, oponiéndole, en todo y para todo, la superioridad del modelo anglosajón. Por eso mi libro, aunque se abrió paso por su estilo, en cuanto a las ideas desentonó, al principio, en el ambiente, y no faltó quien lo tildase de "reaccionario".*

—Sin que lo fuera—interrumpo.

—*Estaba lejos de serlo,*—continúa Rodó;—*era, por el contrario, una de las primeras manifestaciones americanas de una renovación ideal que universalmente prospera, con la decadencia del positivismo. Hoy el espíritu que infundí en aquellas páginas es, en lo fundamental, el de las generaciones que se han formado desde entonces. El sentido idealista de la vida y la idea y el sentimiento de la raza son hoy rasgos característicos de la fisonomía intelectual de nuestra América.*

Paso a hablar, con motivo de este giro, sobre cuestiones de orden continental, e interrogo a mi ilustre interlocutor, respecto al ideal político y moral que, según su elevado criterio, debe ser el norte de los pueblos americanos.

—*Creo,*—me dice,—*que el magno problema a que deben atender los pueblos hispano-americanos es el de formar una "conciencia nacional", una personalidad colectiva, propia y característica, que se refleje en su cultura. En los pueblos del Río de la Plata, donde la inmigración ha desgastado más que en el resto de América el núcleo nativo, y donde, además, pueden considerarse relativamente superadas otras dificultades de la infancia social, el problema a que me refiero tiene aun más actualidad e importancia que en los otros. Debemos esforzarnos por llevar al espíritu de todos la persuasión de que ni la fuerza material, ni la riqueza, ni la civilización prestada, suplen en los pueblos la ausencia de esta energía soberana: ser algo propio, tener una personalidad.*

—A propósito, ¿qué países americanos cree usted que se destacan al presente, por una literatura más vigorosa y por un temperamento más artístico?

—*Haciendo abstracción de mi país, sobre el cual el juicio mío carecería de imparcialidad, creo que en el período literario de los veinte años últimos, la Argentina, Venezuela y Cuba, son los que han mantenido una actividad intelectual más intensa y continua. No me refiero a la obra de tal o cual personalidad excepcional, sino a la actividad literaria como obra colectiva.*

—¿Le parece a usted que en estos países debiera existir y sería posible establecer un ministerio de Artes y Letras, que tendiera a nacionalizar la producción?

—*Entiendo que, en los pueblos de nuestra América, esa institución sería prematura; no estaría justificada por la capacidad de nuestro ambiente cultural. Pero creo que la obra de estímulo a que usted se refiere, podría ser atendida por los gobiernos, sin necesidad de crear un organismo administrativo aparte.*

Aquí la conversación sufre un desvío.

—*Ustedes escriben mucho*,—me dice Rodó, refiriéndose a los argentinos.—*Tienen más posibilidades de hacerlo. El ambiente es propicio. Sus centros de cultura cuentan con el apoyo oficial.*

Rectifico esta apreciación. Se me vienen a las mientes ciertas quejas que, en confidencia amistosa, oyera en Buenos Aires a los doctores Carlos Malagarriga y David Peña, fundadores, respectivamente, del Ateneo Hispano-Americano y del Ateneo Nacional, sobre la marcha dificultosa de tales instituciones.

—Es un error muy extendido, error de óptica,—digo,— el creer que el Gobierno argentino se ocupa del fomento de las letras. Nada hacen, en la Argentina, ni el Presidente de la República ni las cámaras legislativas, por la literatura nuestra. Los intelectuales vegetan sin ningún estímulo oficial. El Ateneo Hispano-Americano gozaba de una miserable subvención y le fué suprimida. El Ateneo Nacional no logra que el Congreso le despache un subsidio solicitado. Y esto en un país donde se tiran los millones...

Hay un breve silencio. Observo que el maestro se ha quedado pensativo. Una ligera pronunciación de sus hombros, que sólo ahora descubro, me hace presumir largas y fatigosas jornadas de estudio y de labor intelectual, sobre el pupitre.

—Quisiera de usted,—digo, renovando nuestro diálogo,—

un juicio sobre la misión del periodismo, desde el punto de vista de su influencia educativa en la vida de los pueblos.

—*Siempre he pensado,*—me contesta,—*que la parte más trascendental del periodismo, la que hace de él un órgano absolutamente insubstituíble de la vida moderna, no es la que tiene apariencias de más grande y selecta: la de doctrina y propaganda, sino la que el concepto común juzga más trivial: la información. Por la información, más que por el comentario, es la prensa un medio de comunicación y simpatía social.*

No queriendo abusar de la benevolencia del escritor uruguayo, terminé la entrevista con una última interrogación.

Tuve la curiosidad de saber qué pensaba Rodó de la guerra europea, del ideal que reinará, después de establecida la paz, sobre los pueblos combatientes.

—*Creo*—repuso a mi pregunta—*que el triunfo de las naciones aliadas en la lucha contra el imperialismo alemán determinará la tendencia a un orden internacional más justo, más amistoso y más estable. Pero, como usted comprenderá, no creo en resultados de paz y justicia internacional absolutos y definitivos; no creo en paraísos restaurados para siempre sobre la tierra, por obra y gracia de la paz que haya de firmarse. Pienso que no serán perdidos los sacrificios de esta guerra espantosa si de ella sale fortalecida la esperanza de llegar algún día a la realidad del derecho internacional.*

...Al despedirme del prestigioso crítico, prometiéndole visitarle en otro viaje próximo, díjome con manifiesta emoción, estrechándome la mano:

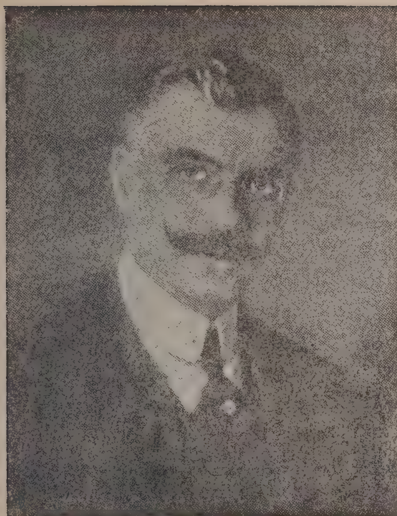
—*Dígales a los argentinos que sigo con afecto cordial su desenvolvimiento literario; son tantas mis tareas, que a veces carezco del tiempo necesario para acusar recibo de los libros que se me envían; pero los leo, y aprecio su contenido y el mérito del autor...*

... ...

Cuando salí a la calle, las medias tintas del crepúsculo se desvanecían, tenuemente, sobre el confín marino, entre la descendente paralela de los edificios. La iluminación artificial empezaba a acentuar los relieves arquitectónicos de las casas.

Y me alejé pensando que Montevideo bien puede estar orgullosa de las dos eminencias que la destacan, actualmente, al viajero: la orográfica y la intelectual; el cerro y José Enrique Rodó.

Montevideo, febrero de 1916.



Dr. don Víctor Pérez Petit

CON EL DOCTOR PÉREZ PETIT

Abogado, poeta, novelista, dramaturgo, crítico de arte, periodista y otras cosas más, tan dignas como aquéllas, ha sido y es en su patria el doctor Víctor Pérez Petit. Facultado de una inteligencia poliédrica y de una ilustración superior ha sobresalido en la ramificada consagración de su vida, y el triunfo ha acariciado su frente en plena labor y pleno ensueño.

Nombrarle, en Montevideo, equivale a denunciar el motivo de la conversación: las letras. Tan relacionado está su nombre a la literatura uruguaya.

Pérez Petit se inició en aquella generación descollante que produjo a Rodó y a Roxlo, allá por el año 1893. Escribió mucho en su juventud. Publicó el libro de crítica "*Los Modernistas*", que engendró una jauría de canes furiosos, los que arremetieron contra el autor. Por entonces también aparecía un volumen de cuentos suyos con el título "*Gil*" y su traducción de las "*Odas*" de Horacio, al castellano. Después, durante veinte años, su pluma fué fusta y pincel, vara mágica y escalpelo, plectro y buril. La obra adquirió vastas proporciones y en ambas orillas del Plata se comentaron sus producciones, con elogios...

Encontrándome en Montevideo, fuí a visitarle en su casa de la calle Agraciada. El autor de "La Rondalla" y "La rosa

blanca",—piezas teatrales que tuvieran muchas noches de éxito en Buenos Aires—es un hombre joven, aun cuando sus cabellos pongan una orla seminevada sobre el semblante fresco y vivaz... Tuvimos una hora de interesante conversación en su estudio. Paredes llenas de libros nos rodeaban; sobre una sección lateral de la biblioteca la cabeza de Artigas modelada con una unción que revela proceder de alma uruguaya, hacía "pendant" con otro mármol, un busto de Garibaldi, obra de Querol.

El teatro argentino

Hablábamos del teatro argentino, de la forma en que tendía a desenvolverse la producción nacional; y le pedí su opinión, ya que la colaboración uruguaya ha sido siempre valiosa en nuestra literatura teatral.

—*Es lamentable,*—me dice Pérez Petit;—*se está haciendo comercio antes que arte, salvo contadas y meritísimas excepciones. Así como antes se escribían obras "de medida" para Pablo Podestá, ahora se le corta un traje al público con gracias de arrabal y chocarrerías de sainete. Aquella tendencia sana y honesta que se inició en el "Nacional" de la calle Corrientes con Payró, Pagano, Sánchez, Laferrére y algunos otros (si usted me lo permite me incluiré yo por la buena voluntad que puse en "La Rondalla" y "Claro de luna"), hoy no es continuada sino por unos pocos autores, a los cuales, desdichadamente, el público no "lleva el apunte". La culpa es un poco de todos: del público heteróclito, de esa anónima población flotante, incolora, que va al teatro a hacer la digestión; de los autores complacientes, que sirven de lacayos al público rico y analfabeto; de los actores, que se morirán sin saber que hay una dignidad para los que suben al tablado, y acaso, también, de la crítica que se empeña en celebrar todo lo extranjero y en desprestigiar todo lo nacional, con una falta absoluta de justicia, de patriotismo y de comprensibilidad.*

—¿Qué vicios o tendencias falsas señala usted, principalmente en las obras teatrales?

—*Ya lo he dicho: el predominio de lo grotesco, de lo arrabalero, de lo melodramático y de lo anodino. Yo no digo que se haga teatro de tesis, ni que cada autor nos aburra con elucu-*

braciones filosóficas. Me contentaría con que se preocuparan de hacer verdadero arte, cada uno a su modo; pero con sinceridad y con acendrado amor.

...Recordé una pregunta que hice, vez pasada, a Rodó, y me interesó saber lo que pensaba Pérez Petit, al respecto.

—¿Cree usted,—le dije,—pasando a otro tema, que en nuestros países debiera crearse un ministerio de Artes y Letras, cuya finalidad fuese nacionalizar la producción intelectual y artística?

—*¡Claro que sí que lo creo!,*—me responde—*y por creerlo muy convencidamente, he escrito cuando era director de "El Tiempo" de Montevideo, una serie de editoriales en ese sentido. Pero, no bastaría crear el Ministerio; sería menester después que se buscara el ministro, no entre los profesionales de la política o entre los que se traen las mejores tarjetas de recomendación para los gobernantes, sino entre esos hombres de fe y de trabajo, que aman el arte, que creen en su virtud educadora y que son tan noblemente patriotas que se enorgullecen con "el triunfo de los otros" cuando esos "otros" son hijos del propio terruño. Después... no hay que olvidar que las repúblicas americanas, no obstante su comunidad de raza, de idioma, de intereses e ideales, han vivido y viven cada cual, encerradas como por una triple muralla china. Excepción hecha de unos pocos, ¿qué sabe un venezolano de un argentino? ¿qué un uruguayo de un hondureño? Nosotros conocemos y admiramos a los escandinavos, a los rusos y aun a los artistas y poetas del Extremo Oriente; pero de los demás hermanos de nuestro continente, de los que al par nuestro trabajan por el mismo ideal en un rincón querido de esta América, que es nuestra madre común, lo ignoramos todo.*

El periodismo moderno

Platicamos, luego, de la necesidad imperiosa de un intercambio intelectual americano. Convinimos en que la prensa americana es el único órgano de vinculación entre los países de América, bajo el punto de vista literario. Pérez Petit que es periodista de larga actuación en Montevideo, me dió su autorizado juicio en estos términos:

—*Si las personas que para el público escriben diariamente*

en las hojas volantes del periodismo tuvieran una noción exacta y precisa de su ministerio, pondrían en sus campañas y propagandas más verdad y menos apasionamiento, más fe y menos improvisaciones, más amor y menos virulencias y diatribas. La letra de molde, para la inmensa mayoría de los lectores, tiene una virtud mágica: lo que ella expresa es la verdad revelada. Hay gentes que no tienen criterio propio; que piensan por intermedio de su diario. Hay muchas otras que, no desprovistas de juicio, concluyen por amoldarse al juicio de su periódico. Nadie se para a considerar que el autor de un suelto o artículo es acaso un joven imberbe, sin experiencia de la vida, sin mayor caudal de lecturas, y a veces sin ideas precisas y sin propósitos definidos. Es el diario quien habla: sus redactores se anulan detrás de él; y siendo el diario quien formula tal o cual sentencia, no hay más que hablar. Hay que creerle y seguir su consejo. Cristo mismo no pudo tanto.

¿Se advierte ahora cuánta es la responsabilidad e influencia del periodista? De las palabras que deja correr por las puntas de su pluma—las más de las veces inconsideradamente, en el ardor de la improvisación—depende muchas veces la salud moral de la sociedad. Una frase imprudente o falsa puede extraviar la caravana de lectores que busca la ruta de la verdad, de la dicha, del progreso; una sola palabra, un mísero vocablo, puede originar los más duros errores, las más irreparables injusticias, las más enconadas odiosidades; y un fallo impremeditado puede endiosar a una medianía o descalificar a un hombre recto, inteligente y bueno.

¿No convendría meditar un poquito más en estas cosas y repetirse a sí mismo que los crímenes más nefandos no son los que se cometen contra la persona física, armados de un revólver o de un puñal? ¿No convendría que fuéramos, todos los que para el público escribimos, más tolerantes y más meditativos, menos apasionados y menos improvisadores?

Pérez Petit habla sin énfasis, pero con la precisión de quien desborda convicciones íntimas y arraigadas. Fácilmente, su erudición le permite trasladar el motivo de la conversación a los más diversos temas, pues todos ellos los domina con la naturalidad corriente de quien ha alimentado con intensos estudios su espíritu...

Preguntándole después por su actual labor literaria, me

confesó la próxima publicación de varios libros, entre ellos "Hipomnemo" y "La ciudad del espíritu", y algunas obras de teatro, ya terminadas.

—Es una fecundidad de conejo—agregó—que me hace ruborizar; pero para hacerme cesar en mis desaguisados sería preciso que me diesen un palo en la cabeza, como a los gatos...

Me llevé la convicción de que Pérez Petit es un valiente campeón del arte literario, y que sus libros son lanzas que rompe en pro de elevados ideales, como un moderno caballero andante de esta América nueva y todavía misteriosa.

1916.

A MODO DE EPILOGO

LA SIEMBRA INMORTAL

(PARABOLA, PARA LOS HOMBRES DE GOBIERNO)

I

Eran tres hermanos; los tres jóvenes, fuertes, animosos. Llamábanse Agenor, Hiparco y Filodemo.

Habían nacido en la colonia de un gran reino; su padre, hombre de fortuna, costeóles esmerada educación y al morir lególes sus bienes, repartidos en tres partes equivalentes. El mayor recibió la suya en dinero; el segundo, en valores, títulos y propiedades; al menor, Filodemo, tocóle el solar de la familia, campos adyacentes y haciendas.

Cuando se vieron frente a la vida, sin su progenitor y con independencia económica, resolvieron cada cual realizar sus anhelos.

Habló Agenor...

—*Con profundo sentimiento,*—dijo,—*me separo de vosotros, hermanos míos. Deseo ir a conocer el mundo, instruirme, estudiar las necesidades sociales de la época. Después tomaré parte activa en la política de la capital. Aspiro a ser algo y a dejar una obra perdurable.*

Hiparco le sucedió en la palabra...

—*También mi resolución está tomada. La carrera de las armas ha sido siempre mi ensueño. Considero la misión más gloriosa el defender el honor y la integridad territorial de la patria. En consecuencia ingresaré en el ejército.*

Filodemo callaba.

—*¿Y tú?*—interrogaron los otros;—*¿qué piensas hacer?*

—*¿Yo?*—repuso aquél,—*quedarme aquí. Quiero conservar esta casa y estas tierras, que fueron propiedad de mi padre. Además, las gentes de la vecina aldea necesitan que haya un hombre de recursos, interesado en su progreso. Tomaré tal puesto. Por lo pronto, para beneficiarlas, les daré trabajo en el cultivo de estos campos. Y también estableceré una escuela, en la que dedicaré parte de mi tiempo a instruir los niños, inculcándoles los conocimientos necesarios para la lucha por la vida.*

—*¿Tú, maestro de escuela?*—exclamó Hiparco, con sonrisa irónica.—*Eres demasiado modesto.*

—*Piensa despacio tu resolución, hermano,*—dijo el mayor, —*porque puedes arrepentirte algún día de haber perdido así la juventud.*

—*¡Lo he reflexionado bien, y no cambiaré de propósitos!* —contestó lentamente Filodemo...

A través de las ventanas del comedor veíase la llanura, vagamente azulina en el confín por la claridad de la tarde. Allá, abajo, un pequeño campanario, grupos aislados de miserables casuchas y una veintena de bueyes que pacían, daban la noción de la aldea, como el humo que salía de algunos tejados asociaba la idea de los hogares humildes.

En el silencio de aquellos tres hermanos que iban a separarse, parecía revolotear, como una gran mariposa de alas doradas, la quimera luminosa del porvenir...

II

Largos años transcurrieron sin que volvieran a verse.

Filodemo seguía en la colonia; Agenor residía en la lejana capital del reino; Hiparco andaba en campaña, pues el país había entrado en guerra con un estado limítrofe.

Agenor era el político del día, el tribuno de las reformas atrevidas, el "leader" de una mayoría respetable. Una crisis en el gobierno llevóle hasta un ministerio.

Igual éxito tenía Hiparco en las armas. Conceptuábasele el mejor táctico del ejército. Obtuvo grado tras grado en la guerra emprendida.

Sin embargo, en el desvanecimiento de sus triunfos, no dejaban de recordar con cariño al hermano menor.

Y Agenor, el ministro, le escribía... "No me conforma la

modestia con que vives. Haz un esfuerzo de voluntad, querido hermano, y deja esa vida rural que te aprisiona en la sombra. Vente acá y te nombraré para un alto cargo, en el que se aprecien mejor tu talento y tus virtudes. Así harás, como yo, una obra útil al país.''

Hiparco, el general, decía en su carta... ''Te escribo desde un campo de victoria. ¡Si conocieras la gloria de la vida militar abandonarías tu soledad y tu inercia para acompañarme! ¿Por qué no haces un viaje hasta aquí? Muchas veces te recuerdo, cariñosamente, y me duele que te pierdas en el anónimo. Aquí, entre el son de los clarines y bajo nuestra hermosa bandera, tengo un lugar para ti si quieres. Formarás parte del ejército como mi secretario de campaña.''

Filodemo respondía a Agenor... ''He leído tu carta, gozoso de saber que la fortuna te sonríe. En cuanto a tu ofrecimiento, lo agradezco pero no lo acepto.''

Filodemo respondía a Hiparco... "Admiro tu patriotismo, pero la gloria de que me hablas, no me seduce.''

III

Pasaron muchos años más... ¿Muchos años? ¡Una ráfaga apenas en la historia!

Y ya la política del reino había cambiado radicalmente. Nuevos tribunos, nuevas ideas, nuevos partidos, se disputaban el poder. Aquella ''gran mayoría'' que apoyara a Agenor, habíase esfumado como una nube matinal de primavera. Nadie acordábase del antiguo ministro, a no ser para arrojar saetas contra su pasado político. Sus tan discutidos proyectos de otrora ni se comentaban siquiera. Los partidarios de antaño habían desaparecido. Su vida pública terminaba en el aislamiento.

Y ya la paz hacía mucho tiempo que aureolaba otra vez al país. El tratado que pusiera término a la guerra nada dejó de beneficio a ningún beligerante. Quedaron únicamente las huellas de los horribles estragos, de los odios, de las matanzas, de las ruinas... Las ideas adversas al militarismo empezaron a elevarse y el pueblo las aclamó... Hiparco, retirado en su hogar, parecía algo inútil; sus galones resultaban anacrónicos, su espada semejaba un instrumento maldito.

Y ya los cabellos de Hiparco y de Agenor estaban blancos, su vista era débil, sus bríos se habían apagado... Cuando un buen día sintieron deseos de visitar a su hermano menor, tan lejano; el "*maestro de escuela*", como le decían en familia... ¡Tántos años sin verlo!... ¡La vejez sólo es dichosa cuando, como la hiedra al muro, se abraza al pasado!

Juntos emprendieron el viaje a las distantes colonias, en un vapor... "Se deslumbrará, el pobre, decíanse entre sí, al conocer nuestra vida, tan agitada, tan gloriosa..." Y como quien recuerda algo que pasó en un día de invierno, hace muchos años, pensaban en la casa antigua de su infancia, allá lejos, frente a la humilde aldea, entre los campos incultos...

El día de la llegada del vapor, Filodemo acudió al puerto... Instantes después los tres viejecitos se abrazaban, llenos de lágrimas los ojos, entre el risueño comentario de los demás pasajeros.

Luego el tren llevóles hasta la casa solariega. Era de noche cuando arribaron a ella. La familia de Filodemo los esperaba con la mesa tendida... Durante la cena, que fué alegre, se animaron los espíritus y se pasó a las confidencias. Hiparco y Agenor relataron su vida, llena de riesgos y de triunfos, los homenajes recibidos, los títulos conquistados, la fama adquirida... Todos escuchaban con atención... De improviso, Agenor dijo:

—*¡Ya ves; si hubieses venido con nosotros!*

El semblante de Filodemo pareció nublarse con el recuerdo, pero enseguida se iluminó y sus labios no respondieron...

...Al siguiente día, temprano, los tres viejecitos salieron a recorrer las inmediaciones. El sol esplendía... ¡Y cuál no fué el asombro de Hiparco y Agenor cuando, en lugar de la miserable aldea, contemplaron un pueblo floreciente, más bien una ciudad, con sus hermosas avenidas y construcciones, que se extendía al pie de la colina!... Centenares de chimeneas de ladrillo arrojaban el humo negro, indicio de laboriosidad industrial; fábricas, talleres, población, todo era numeroso... Y por doquier campos de cultivo, trigales que empezaban a madurar, arboledas y plantíos magníficos, abundantes de frutos... Los labradores y las gentes de la ciudad descubríanse y saludaban a Filodemo con singular respeto y estimación.

—*Esta es mi obra,*—dijo entonces, éste, a sus hermanos.—

He cultivado los campos y las inteligencias. Todos esos hombres que veis, los que han levantado esas fábricas, esas usinas, esos edificios, los que trabajan en ellas, los que aran y siembran y recogen las cosechas, todos han sido discípulos míos. En mi escuela formé sus espíritus, nutrí sus cerebros, discipliné sus energías. Ellos me quieren como a un padre y su inteligencia constituye mi orgullo... Mientras vosotros os entregábais a la política y a la guerra, yo sembraba... sembraba la tierra, sembraba el amor al trabajo, sembraba el ideal de una vida más bella y más fecunda...

La faz del viejo maestro tenía cierta aureola misteriosa; sus pupilas parecían ver más allá del horizonte...

Y ante aquella realidad brillante, pletórica de progreso y porvenir, sus dos hermanos, el militar y el político, sintieron un gran vacío moral en su pasado: y lloraron, interiormente, todos sus esfuerzos estériles, todas sus esperanzas malogradas, todos sus ensueños desvanecidos...

INDICE

DEL TIEMPO HEROICO

MARMOL Y BRONCE

OFRENDA A ESPAÑA

HERMANOS DEL URUGUAY

A MODO DE EPILOGO

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN LOS
ESTABLECIMIENTOS GRÁFICOS
DE PORTER HERMANOS
EN BUENOS AIRES
1583-ENTRE RIOS-1585
DURANTE EL MES
DE OCTUBRE DEL
AÑO 1926



